

FRAY PEDRO DE GANTE,
MAESTRO Y CIVILIZADOR DE AMÉRICA

Por Ernesto DE LA TORRE VILLAR

SEMBLANZA DE FRAY PEDRO DE GANTE

... no sólo vive un hombre bueno con la vida natural suya, que se le desgasta viviéndola, sino con la que da a cuantos, por eso, lo aman. Por eso sigue viviendo en nosotros Fray Pedro.

Ezequiel A. CHÁVEZ

Domingo in Albis de 1572, luminoso y radiante como el alma del fraile que dos o tres días antes falleciera rodeado de sus indios que le amaban más que a un padre, admirado por sus hermanos de religión, para quienes siempre fue un ejemplo, y respetado por los hombres todos de la Nueva España. Cuenta Mendieta que los indios de México pintaron su retrato para venerarle y “cuasi en todos los principales pueblos de la Nueva España lo tienen pintado juntamente con los Doce primeros fundadores de la Provincia del Santo Evangelio”.

Cincuenta años antes, en las octavas de Pascua de 1522, del convento franciscano de Gante, partían rumbo a un mundo nuevo y lejano tres religiosos franciscanos: fray Juan de Tecto (Juan de Toict o Johan Dekkers); fray Juan de Aora o Ayora (Johan Van der Auwera); y fray Pedro de Gante (Pedro de Mura, Peter Van der Moere, de Moor, o de Muer). Acompañaban a su emperador Carlos V, nacido en Gante el 24 de febrero de 1500, quien iba por segunda vez a España, tierra de sus abuelos, ya no a ser proclamado y vitoreado, sino a contener la rebelión de los comuneros que turbaba la paz de la península. Media centuria había transcurrido desde aquella blanquecina mañana en que en medio de transparentes brumas perdieron para siempre de vista las levemente onduladas campiñas de Flandes, en las que la primavera preludiaba, en tiernos retoños de álamos y tilos. La suave luminosidad de los

países del norte europeo, había ido cambiando a medida que el monarca y su cortejo tocaron Inglaterra, y luego en el Cantábrico, Santander. Después fueron las incendiadas mesetas castellanas, las coloreadas y escarpadas tierras de Extremadura y como término la cálida Sevilla, en donde el 1° de mayo de 1523 embarcaron los tres frailes rumbo a Nueva España. Villa Rica de la Veracruz les recibió el 13 de agosto de ese año y de ahí, conducidos por soldados e indios auxiliares, arribaron de sorpresa en sorpresa al altiplano.

La imperial Tenochtitlan, conquistada dos años antes por Cortés había sido arrasada. El conquistador alojábase de preferencia en Coyoacán y desde ahí trazaba planes de expansión y reconstrucción. Fue el mismo año de su llegada que Pedro de Alvarado salió hacia el sur para conquistar Guatemala, en donde destrozó los centros *quichés* y *katchiqueles* que habían alcanzado como los aztecas un alto grado de civilización.

Auténtico estadista, Cortés sentaba las bases de un futuro país cuyo destino vislumbraba luminoso, pero cuyo derrotero estaba erizado de espinas y amarguras. En el séquito del conquistador había nobles, hidalgos y rufianes, muchos hombres de empresa, pero pocos espirituales. El cuidado de las almas estaba confiado a uno que otro religioso y clérigo no muy en orden. La llegada de tres franciscanos flamencos, con licencia directa del emperador debió asombrar a Cortés y sus hombres. Como flamencos no deben haber simpatizado con los españoles, pero eran enviados del monarca, con quien había que congraciarse, y eso era suficiente. Resolvían en parte el problema de la asistencia espiritual de los conquistadores y podían iniciar una labor que Cortés veía como imprescindible y urgente, la evangelización de los indios, para la cual pedirá insistentemente el envío de numerosos religiosos de probada y santa vida.¹

¹ El conquistador, extremadamente religioso, apoyó de acuerdo con lo que fray Pedro señala, la evangelización de los indios. Él mismo en varias de sus *Cartas de relación*, la primera y la cuarta, y en otras epístolas que enviara al emperador, solicitó el envío de religiosos para cristianizar a los indígenas. En su cuarta carta de relación nos dejó un párrafo que muestra a perfección su pensamiento: "Todas las veces que a Vuestra Sacra Majestad he escrito, he dicho a Vuestra Alteza el aparejo, que hay en algunos de los naturales de estas partes, para se convertir a nuestra Santa Fe Católica y ser cristianos; y he enviado a suplicar a Vuestra Cesárea Magestad, para ello mandase proveer de personas religiosas de buena vida y exemplo. Y porque hasta agora han venido muy pocos, o quasi ningunos; y es cierto, que harían grandísimo fruto lo torno a traer a la memoria a Vuestra Alteza, y le suplico lo mande proveer con toda brevedad, porque de ellos Dios Nuestro Señor será muy servido, y se cumplirá el deseo, que Vuestra Alteza en este caso, como Católico tiene. E porque con los dichos procuradores Antonio de Quiñones y Alonso Dávila, los Concejos de las Villas de esta Nueva España, y yo, enviamos a suplicar a Vuestra Majestad, mandase proveer de Obispos, o de otros Prelados para la administración de los oficios y culto divino; y entonces pareciónos que así convenía: y agora,

En tanto en México se establecía la primera iglesia, a estos tres franciscanos les instaló Cortés en Tezcoco, capital de sus aliados, en la cual podían morar con cierta comodidad. Al año siguiente, encabezados por fray Martín de Valencia llegaron doce religiosos españoles, fundadores de la Provincia del Santo Evangelio, recibidos con todo género de honores por don Hernando. A ellos se sumaron fray Pedro y sus compañeros. Cuando Cortés emprende, en 1524, su desastroso viaje a las Hibueras, lleva consigo a fray Juan de Tecto y a fray Juan de Ayora. Queda en Tezcoco y, posteriormente, en Tlaxcala y México fray Pedro, quien habiendo iniciado en Tezcoco el aprendizaje del náhuatl, lo continúa e inicia su labor de apóstol y civilizador.²

mirándolo bien, hame parecido, que Vuestra Sacra Majestad los debe mandar proveer de otra manera, para que los naturales de esta parte más aína se conviertan, y puedan ser instruidos en las cosas de Nuestra Santa Fe Católica; y la manera que a mí en este caso me parece que se debe tener: es, que Vuestra Sacra Majestad mande, que vengan a estas partes muchas personas religiosas, como ya he dicho, y muy zelosas de este fin de la conversión de estas gentes: y que de éstos se hagan casas y monesterios por las Provincias que acá nos pareciere que convienen, y que a éstas se les dé de los diezmos para hacer sus casas y sostener sus vidas, y lo demás que restare de ellos sea para las iglesias y ornamentos de los pueblos donde estuvieren los españoles, y para clérigos que las sirvan; y que estos diezmos los cobren los oficiales de Vuestra Majestad, y tengan cuenta y razón de ellos, y provean de ellos a los dichos monesterios y Iglesias, que bastará para todo, y aún sobra harto, de que Vuestra Majestad se pueda servir.”

Hemos consultado las Cartas en la edición de Francisco Antonio Lorenzana, *Historia de Nueva España, escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés*, aumentada con otros documentos y notas por el Ilustrísimo Señor Don... México, Imprenta del Superior Gobierno, del Br. D. Joseph Antonio de Hoyal, 1770 [22]-XVI-400[16]-p. Ils. mapas, pp. 389 y ss.

² Fray Pedro en su carta de 27 de junio de 1529, escribe: “. . . aportamos a Villa Rica el 13 de agosto [de 1523], de donde vinimos a México, quiero decir donde estaba México que ahora está en poder de cristianos. De allí pasé a otra provincia llamada Techcucu, en la cual moré tres años y medio. Mis compañeros se fueron con el gobernador a otra tierra, donde murieron, habiendo padecido inmensos trabajos, por amor de Dios. Quedé yo solo, y permanecí en estas regiones con algunos frailes venidos de España. Estamos repartidos en nueve conventos, viviendo en las casas de los naturales, separados unos de otros siete millas o diez, y aun cincuenta. Así trabajamos en la conversión de estos infieles, cada uno según sus fuerzas y espíritu.”

Respecto a las cartas conocidas de fray Pedro, éstas son cinco: la primera lleva el título siguiente: *Epistola alia eiusdem argumenti, fratris Petri de Gante, alias de Mura, cuius in priori Epistola D. Episcopi mentio (Zumárraga) facta est, scripta ante priores binas litteras, anno videlicet Domini 1529 mensis iunüe vieesima septima, quam ex idiomate hispánico in quo scripta erat, in latinum verti curavimus, ad laudem Domini Nostri Iesu Christi, et oblectandos ex-*ea* Christianorum animos. Missa autem fuit generaliter ad patres et fratres Provinciae Flandriae et teteros in vicinis locis commorantes.*

Traducido es: *Otra carta acerca del mismo asunto, escrita por fray Pedro de Gante, llamado también de Mura, de quien se hace memoria en la carta anterior del reverendo obispo (Zumárraga); hecha antes que las dos precedentes, es a saber, el 27 de junio de 1529. La cual hicimos traducir de la lengua castellana en que vino, a la latina, para loor de Dios y recreo de las almas cristianas. Fue dirigida en común a los padres y hermanos de la provincia de Flandes, y a los que moran en sus contornos.*

Esta carta fue publicada por vez primera en latín, por el padre Amando de Zierikzée, en su *Chronica compendiosissima ab exordio Mundi usque ad annum Domini millesimum quingentesimum trigesimum quartum*, Amberes, 1534. De la traducción se hicieron dos ediciones francesas, una por M.

Ternaux-Compans, *Voyages*, en el t. x, y la otra por el P. J. F. Kieckens, *Les anciens missionaires Belges en Amérique: Fray Pedro de Gante*, Bruxelles, 1880.

De esta obra hizo una versión al español, José H. González, México, 1880. Otra versión, hecha por Enrique Cordero y Torres que tuvo como consultor a Remi-André, apareció en Puebla con el título siguiente: F. Kieckens, *Fray Pedro de Gante, religioso flamenco, primer misionero de Anáhuac*. México, 1523-1572, Puebla, Nieto, 1948, 103 pp. (Los antiguos misioneros belgas en América). Con posterioridad apareció otra edición de esta obra, en la cual ni en la portada ni en el forro se menciona a su autor. En la "Breve explicación", se dice es obra del padre Kieckens, traducida por el profesor Enrique Cordero y Torres, tomada de la revista *Compendios Históricos*, París, 1880. Su registro es como sigue: *Biografía de Fray Pedro de Gante*, Puebla, Imprenta Universitaria Benito Juárez de la Universidad Autónoma de Puebla, 1966, 106 pp. (Ediciones del Centro de Estudios Históricos de Puebla, A. C., núm. 20).

Quien primero la publicó en español, mencionando debía la información y la copia de este notable documento a don Ángel Núñez Ortega, fue don Joaquín García Icazbalceta en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI* y la cual ha sido reproducida en la segunda edición de esa monumental obra preparada por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 581 pp. IIs., pp. 100-104. En la obra de García Icazbalceta la versión es correcta, como lo es en la que publicó el padre fray Fidel de J. Chauvet, quien con esmerado cuidado reunió en pequeño y precioso fascículo las cinco cartas de Gante, *Cartas de Fr. Pedro de Gante, OFM. Primer educador de América* (compiladas de diversas obras). México, Talleres Fr. Junípero Serra, Provincia del Santo Evangelio de México, 1951, 52 pp. IIs, facs. La primera pp. 11-19 en sus dos versiones.

La segunda carta es la siguiente: *Carta de Fray Pedro de Gante al Emperador D. Carlos, exponiéndole sus trabajos en la Doctrina e instrucción de los Indios*. México, 31 de octubre de 1532.

Esta carta fue publicada por vez primera en las *Cartas de Indias*. Publicálas por primera vez el Ministerio de Fomento. Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1877, XVI-877 pp. IIs., mapas, facs., pp. 51-53. Es el documento o carta VIII. El padre Kieckens y sus seguidores, la publican en retroversión, la cual da lugar a malas interpretaciones. El padre Chauvet, *op. cit.*, pp. 21-23, sigue la versión de las *Cartas de Indias*.

La carta tercera: *Carta al Emperador anunciándole el fallecimiento del Ilmo. Zumárraga*. México, 20 de julio de 1548. Fue publicada inicialmente en el *Código Franciscano. Informe de la Provincia del Santo Evangelio al visitador Lic. Juan de Ovando. Informe de la Provincia de Guadalajara al mismo. Cartas de religiosos, 1533-1569*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1889. LIII-307 pp., pp. 197-198. La reproduce fielmente F. de J. Chauvet, *op. cit.*, pp. 25-26.

La epístola cuarta: *Carta de Fray Pedro de Gante al Emperador Don Carlos, exponiéndole el sensible estado a que tenía reducido a los indios el servicio personal*. De San Francisco de México, 15 de febrero de 1552.

Reproducida primeramente en las *Cartas de Indias*, pp. 92-102. Es el documento o carta núm. 18. Chauvet, la reproduce entre las pp. 27 a la 37 de su obra mencionada. Kieckens la reproduce imperfectamente.

La quinta carta: *Carta de Fr. Pedro de Gante al Rey D. Felipe 11*. De San Francisco de México junio 23 de 1558. Fue recogida en su versión principal y en el duplicado en el *Código Franciscano*, pp. 220-284. Chauvet la reproduce entre pp. 39-52. Don Alberto María Carreño publica el duplicado de esta carta en su artículo: "Una desconocida carta de Fray Pedro de Gante", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, Correspondiente de la Real de Madrid*, t. xx, 1961, pp. 14-20. Señala que ese testimonio se encuentra en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Nosotros transcribimos en los apéndices todas esas cartas, tomadas de las *Cartas de Indias*, de la obra del padre Chauvet, y de Icazbalceta.

Al meditar fray Pedro, humilde lego del Convento de Gante, en su destino, muchos pensamientos encontrados debieron perturbarle. Todo aquí para él resultaba diferente y extraño: clima, ambiente, hombres, costumbres, lenguas.

Ante un mundo diferente que le maravilla, no sólo en su naturaleza sino en sus hombres, y que le va a ganar minuto tras minuto, exclama: “Esta tierra en que estamos, aventaja a todas las demás del mundo, porque no es fría ni caliente en demasía, y en cualquier tiempo se siembra y se cosecha por ser tierra de regadío.” Si admiró y estimó la naturaleza que le circuía y que le hizo menos duro el vivir, la condición humana le conturbó. Extrañas para él fueron conducta y formas de vida de los americanos. Saturado como estaba de profunda y tradicional –al modo europeo– cultura y sensibilidad, y de una espiritualidad cristiana quintaesenciada por la mentalidad de los más rigurosos intérpretes de la luz evangélica, impregnados a su vez de un sentimiento de transformación social y política que les llevaba a ansiar nueva edad dorada de la cristiandad, fray Pedro no podía menos que sorprenderse al encontrar un pueblo regido más por el temor que por el amor, más por el castigo que por el premio o el desinterés. Su pensamiento no aceptó las formas religiosas de estos pueblos, de ahí la urgencia de cumplir eficazmente su misión, de convertir a los naturales a la fe cristiana, a la religión de amor.³

La descripción que dejó en su carta de 1529, cuando llevaba ya seis largos años de convivir entre los indios, cuando ya había aprendido su lengua y olvidado la materna, es lo suficientemente explícita de su pensamiento, de su actitud. Así, al describir su diferente religión, dice:

Los demonios de esta tierra tenidos por dioses eran tantos y tan diversos, que ni los indios mismos podían contarlos. Creían que para cada cosa había dios, y que uno regía ésta, otro aquélla. A uno llaman dios del fuego; a otro del aire; a aquél de la tierra; a uno llaman culebra, a otro mujer de culebra; a éste siete culebras, a aquél cinco conejos, y así una infinidad según su oficio, pero la mayor parte tienen nombres de culebras y serpientes. Unos había para los hombres, otros para las mujeres; unos para los niños, otros para todos en común. A ciertos de ellos sacrificaban corazones de hombres, a otros sangre humana; a cuales sus propios hijos; a algunos codornices; pájaros a otros, o bien a varios incienso, papel, la bebida que aquí usan, y muchas otras cosas a este tenor, conforme a diversos ritos y ceremonias que los demonios mismos pedían, y según eran los dioses; porque los había negros, amarillos y pintados de otros colores. Y tenían entendido que de no ofrecerles lo que pedían, serían muertos por ellos y consumidos en cuerpo y alma. Creyendo tal, sacrificaban a sus dioses, que no eran sino demonios, no por amor sino por

³ Carta del 27 de junio de 1529. *Vid. Apéndice 1.*

miedo, y querían aventajarse unos a otros en ofrecer dones y sacrificios, para librarse con eso de la muerte.⁴

Esta infraestructura religiosa que condicionaba mentalmente sus estructuras políticas y sociales imponíase indefectiblemente según Gante, a los hombres de estas regiones. Por ello era necesario hacerlos cambiar, variar sus formas de conducta, su mentalidad para que procedieran en otra forma. Fray Pedro como educador, como apóstol, predicaba la palabra nueva cuyo valor y virtudes eran indiscutibles. Había que aceptarla por su propia fuerza, por su valor intrínseco. Frente al error estaba la luz que era la salvación y la verdad. No aceptaba fray Pedro la coacción, la fuerza para imponer la religión cristiana, eso lo rechazaba su mentalidad liberrísima, su espíritu profundamente cristiano. La libertad para creer postulaba el principio de su acción y toda su conducta estuvo orientada en ese sentido. Convencido de su verdad, la difundió como San Pablo y no transigió en sustentarla así. No fue fray Pedro un científico, un etnólogo como Sahagún, que trató de penetrar en la *ultima ratio* del mundo indígena para de ahí fundamentar la evangelización, sino que frente a ese mundo extraño, que consideró distinto al suyo y menos valioso, se propuso cambiarlo.

No se puede decir que haya desestimado el valor de las culturas indígenas ni menos de sus portadores, de quienes se expresó siempre con elogio y, aún más, trató de entenderlos para convertirlos, para constituir con ellos una comunidad nueva, operante, modelo de cristiandad, renuevo de una religiosidad ecuménica abierta a los aportes más valiosos del mundo occidental. Que penetró en el fondo de esos hombres, en sus motivaciones últimas más arraigadas, percibiendo cómo esa estructura mental se apoyaba más en el castigo y en el temor que en el amor, nos lo revela el comentario que hace a sus hermanos de Flandes en la misma epístola de 1529, relativo a la naturaleza humana aquí encontrada y que en cierta manera es no sólo justa, sino que, podríamos afirmar, configura aún el sentimiento religioso-político de buena parte de los mexicanos. La primera parte, que citaremos también más adelante, muestra su optimismo ante sus posibilidades óptimas de seres convertibles y civilizables:

Los nacidos en esta tierra son de bonísima complexión y natural, aptos para todo, y más para recibir nuestra santa fe –y agrega una reflexión que no los condena, sino que los explica, pues ella en el fondo es positiva–, pero tienen de malo el ser

⁴ *Ibidem*.

de condición servil, porque nada hacen sino forzados, y cosa ninguna por amor y buen trato; aunque en esto no parecen seguir su propia naturaleza, sino la costumbre, porque nunca aprendieron a obrar por amor a la virtud, sino por temor y miedo.⁵

Al penetrar fray Pedro en la autenticidad del hombre americano en su condición última, en su naturaleza prístina, considera que ella es íntegra, limpia, capaz de percibir bien y mal. Jamás estimó el lego flamenco, aun siendo hombre del norte, que los indios americanos fueran incapaces de incorporarse, de asimilar los valores occidentales, religiosos e intelectuales. En su mente no hubo jamás idea ninguna de superioridad anímica o intelectual, ni albergó nunca sentimientos de desestimación por razones de raza u origen. Creyó que los aborígenes sustentaban un conjunto de valores extraños, y que sería la cultura europea quien los cambiaría. La diferencia única existente era tan sólo cultural, en su más amplio sentido, incluyendo la religión. No estuvo en su mente jamás, pues su vida entera lo probó, idea alguna que presupusiera una inferioridad racial, esencial.

Cristiano, creyó en la igualdad de los seres humanos y en la fraternidad universal. Surgido de un país de alta civilización y de un medio cultivado, se encontraba aislado. Mil peligros había afrontado con su maestro y provincial fray Juan de Tecto y con fray Juan de Ayora, formado éste en una notable universidad europea, la de París, peligros por los cuales “fui muchas veces tentado a volverme a Flandes”. Al perder a sus compañeros, tras el viaje a las Hibueras, tal vez uno de ellos sentenciado injustamente por el conquistador, encontré solo, mas como él escribía: “El señor me guió y libró: bendito sea por todos los siglos.”⁶

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*. García Icazbalceta en la nota 25 a la biografía de fray Pedro, que incluye en su *Bibliografía del siglo XVI*, dice: “De la suerte del P. Tecto no hay hasta ahora duda: todos convienen en que durante la expedición murió de hambre arrimado a un árbol” (Mendieta, lib. v, pte. z, cap. 17). Mas no sucede lo mismo con el padre Ayora, Mendieta asegura que “fue servido el Señor de llevarlo para sí dentro de pocos días. Su cuerpo fue depositado en la mesura casa del señor que los había acogido, en una capilla-convento que hoy permanece en la dicha ciudad de Tezcuco, con vocación del bienaventurado, S. Antonio de Padua. Donde siendo guardián el siervo de Dios Fr. Toribio de Motolinía, uno de los doce, lo trasladó del lugar donde primero estaba, a la sobredicha iglesia”. Torquemada (lib. XX, cap. 18) copió a Mendieta, y Betancurt (*Menologio*, 18 de julio) refiere lo mismo. A pesar de estas autoridades, y de ser tan puntuales las señas, caben graves dudas acerca de la verdad del relato. Desde luego ocurre que el padre Ayora no murió dentro de los pocos días de la llegada, porque habiéndose verificado ésta por septiembre de 1523, aún vivía aquel padre cuando llegó fray Martín de Valencia con los doce, en junio de 1524. El mismo Mendieta dice (lib. ni, cap. 14) que éstos hallaron aquí cinco religiosos de su orden: dos de ellos, cuyos nombres ignoraba, porque

Con esa fuerza extraordinaria que da la idea de cumplir una misión y amparado por el Dios por quien se cumple, Gante volcó su entusiasmo, saber, energías, su amor todo en los indios. A ellos se entregó y fue padre amantísimo y maestro de tan excelsas calidades que podemos decir que la cultura y salvación del indio, débense primordialmente a él, y a otro insigne varón, Vasco de Quiroga. Ellos fueron quienes con su ejemplo, sus ideas renovadoras, su labor permanente pusieron las bases de nuestra civilización.

Al llenar su corazón y su voluntad de amor hacia los hombres, que es amor a Dios, y al entregarse de por vida a su cuidado, haciendo renunciación a todos los honores a que tenía derecho, a todas satisfacciones materiales que pudo alcanzar, Pedro de Mura tuvo que recordar sus años pasados. Luego, en la quietud del claustro, enseñando a leer y escribir, a cantar y pintar, predicando y bautizando a miles de indiecillos y –como él mismo escribe– “predicando y enseñando día y noche; en el día enseñando a leer, escribir y cantar; en la noche doctrina cristiana y sermones”, meditaría sobre una serie de acontecimientos que ocurrían en su añorada Europa y aquí mismo, hechos y sucedidos que le circuían, algunos que le tocaban muy de cerca, pero los cuales no le hicieron desistir de la misión que gustosamente se impuso.

Así recordaba que en la ciudad de Iguen, provincia de Budarda, esto es en una parte de la ciudad de Gante llamada Ayghem-Saint Pierre, había nacido, probablemente entre los años 1476 a 1483. Nunca refirió los nombres de sus padres, pero se sabe estaba emparentado con el emperador Maximiliano y, por tanto, con Carlos V. Que ese parentesco existía, él lo declara al escribir al emperador: “pues que V. M. e yo sabemos lo cercanos e propincos que somos e tanto que nos corre la misma sangre”; y seis años más tarde, en 1552, reiterará: “ser tan allegado a Vuestra Majestad y de su tierra”. Que la relación

murieron en breve, “vinieron a vueltas de los españoles, al tiempo de la Conquista, y serian de los moradores de las islas: los otros tres eran flamencos, venidos del convento de S. Francisco de la ciudad de Gante”. Es decir: los padres Tecto, Ayora y Gante. Después repite que eran diez y siete por todos: luego no había muerto todavía el padre Ayora. Pero aún hay más, porque el padre Gante en su carta de 1529, dice: *Quant á mes compagnons, ils s'en allèrent avec le gouverneur dans un autre pays, et ils y sont morts pour l'amour de Dieu, après avoir enduré des fatigues innombrables* (Kieckens, p. 19). En la de 1532 decía: “Los dichos Fr. Juan de Tecto y el otro sacerdote (que había venido con él) fueron con el Marqués del Valle D. Hernando Cortés a Cabo de Honduras, y a la vuelta fallecieron con tormenta y trabajos del camino” (*Cartas de Indias*, p. 52). En la de 1552: “E fué Nuestro Señor servido de llevar al P. Juan de Teta y a el otro compañero, cuasi luego como llegamos, porque murieron en el descubrimiento de Honduras, yendo con el Marqués” (*ibid.*, p. 92). En Bernal Díaz (cap. 174) leemos también que Cortés llevó consigo “dos frailes franciscos flamencos”, designación que sólo puede convenir a los dos compañeros de fray Pedro de Gante. El padre Motolinia (frac. II, cap. 4) dice que el padre Tecto falleció el segundo año de su llegada a estas partes “con uno de sus compañeros, también docto”.

familiar existía, sus contemporáneos la ratificaron, pues fray Alonso de Escalona, provincial de los franciscanos, al notificar a Felipe II la muerte de fray Pedro le decía: “Era deudo muy allegado de su Cristianísimo Padre, gracias a lo cual hemos podido obtener grandes y numerosas mercedes.”⁷

Surgido de familia prominente, su educación fue bien cuidada. La Universidad de Lovaina le abrió sus puertas, y en ella recibió esmerados conocimientos que le permitieron incorporarse al séquito del monarca, pues confiesa: “Desde muy mozo siempre me he ocupado en cosas tocantes al servicio de la Corona Real, antes que tomase el hábito en lo que pude, y después acá, muy mejor.”⁸ Uno de sus biógrafos más cuidadosos, Ezequiel Chávez, cree sirvió en el grupo de consejeros flamencos del emperador que encabezaba Monsieur de Chievres y le identifica con el tantas veces citado por fray Bartolomé de las Casas, Monsieur La Mure a quien este religioso debió tanta ayuda. Si ello es factible, posible es que su conocimiento del Nuevo Mundo, de su sorprendente naturaleza y de sus problemas, le haya llegado bien pronto e inquietado su corazón para ocuparse de ellos. No sabemos cuándo ocurrió su conversión, como él llama a su ingreso al Convento de Gante, sólo sabemos que de ahí salió cuando frisaba los cuarenta años.⁹

⁷ Las primeras declaraciones las hace el propio fray Pedro, la segunda está contenida en una carta de fray Alonso de Escalona, provincial de la Nueva España a Felipe II, en el año de 1572, *Revista de España*, Madrid, I, III, núm. 11, 15 de agosto de 1868, p. 368, *Apud*. F. de J. Chauvet, *op. cit.*, p. 4. El trozo en cuestión dice: “Hemos perdido uno de los mejores obreros en Fr. Pedro de Gante. Dios se lo llevó así para darle el premio, según lo sabe dar a sus servidores: que fuera harto pesado y molesto, si diera cuenta a V. M. de lo mucho que hizo y obró por acá, pues que la tierra está henchida de su fama; fue pastor infatigable, trabajando en su ganado cincuenta años, muy distinto de aquel obispo Casaus, que las abandonó y murió lejos dellas; mucho agradecimiento le deben estos indios, y nosotros los religiosos, pues que le daba bríos el ser deudo tan allegado del cristianísimo padre de V. M., que por su medio nos era gran favorecedor, y nos otorgaba muchas de las mercedes que todos habíamos menester.”

Respecto a sus restos mortales, el padre Civezza en su *Storia delle Missioni Francescane*, VI, 625, dice que los restos se conservaban en la sacristía de San Francisco de México. Cuando en 1860 fueron expulsados por segunda vez los franciscanos, el padre Agustín María Moreno los llevó consigo a la casa donde fue a morar en el barrio de Nuestra Señora de los Ángeles; muerto este padre, el 12 de abril de 1878, el provincial, padre José María de Agreda y Sánchez, los rescató de la familia mediante una cantidad de dinero, y los “conserva religiosamente como un tesoro religiosísimo”.

El padre Kieckens en su biografía señala que eran tan sólo un hueso del brazo que se conservaba como reliquia, pero también de él se ha perdido todo paradero.

⁸ Ezequiel A. Chávez. *Fray Pedro de Gante*. Primera parte, *El ambiente geográfico, histórico y social de fray Pedro de Gante hasta 1523*; Segunda parte, *El primero de los grandes educadores de la América, fray Pedro de Gante*, México, Editorial Jus, S. A., 1962. 236 pp. (Figuras y episodios de la Historia de México, núm. 109), pp. 92-113.

⁹ Todos sus biógrafos están acordes en que murió de noventa años o cerca, habiendo trabajado incansablemente en México por casi cinco décadas, pues llegó en 1523. El *Código franciscano* señala, en un documento de hacia 1570, que vivía en ese año de edad de noventa

Consagrado a los asuntos de la corte y miembro de la casa imperial, Pedro de Mura supo del nacimiento de Francisco I, del de Enrique VIII y del de Carlos V. Percatóse de la educación otorgada al príncipe por Margarita de Austria, su tía, quien le asignó como preceptores a Juan Anchiata, al humanista Luis Vacca y a Adriano Boeyens de Utrecht, más tarde su consejero y pontífice; de cómo destacó en el latín, italiano, francés, alemán, español, flamenco y de cómo Erasmo le dedicó su *Educación de un príncipe cristiano*. Supo de la orientación política que le sugiriera Guillermo de Croy, señor de Chièvres, en beneficio de los Países Bajos, así como de la tendencia europeísta más universal que le aconsejara su fiel Mercurino de Gattinara, mediante la cual la unidad y defensa de Europa se conseguiría con la unidad de todos los Estados cristianos, que así realizarían la defensa de Europa ante el peligro del Islam, encabezado por Solimán “El Magnífico” quien había penetrado hasta Belgrado y capturado Rodas. A sus oídos habían también llegado los barruntos de un grave problema: la reforma de la iglesia, pedida ya con tanta insistencia desde los tiempos de Catalina de Siena, y apoyada por las mejores mentes europeas, compenetradas de la necesidad de devolver a la Iglesia la pureza de sus principios, desligarla de los terrenos intereses y acrecentar en sus miembros las virtudes de una vida austera altamente espiritual. La reforma solicitada con tanto apremio y pospuesta por consideraciones temporales, postuló también un cambio sustancial en la política europea. Los nobles encontraron en ella la posibilidad de escapar a una absorción que imponía el Estado moderno que luchaba contra los restos de las antiguas formas feudales. Los indigentes, grupos numerosos de campesinos y obreros que yacían sumidos en condiciones paupérrimas en campos y ciudades, deseaban liberarse de la tiranía de sus señores y vivir una vida digna. La Reforma, que no corrigió los defectos de la organización eclesiástica, abrió las válvulas de una gran conmoción social que no resolvió; pues fue sometida con violencia la situación de grandes núcleos de población, los cuales no encontraron alivio a su condición sino varios siglos más tarde.

años. En su carta de 1558 a Felipe II, le dice: “Yo estoy muy viejo y cansado, y casi ya en lo último de mi vida”, sin embargo aún viviría catorce años más, llenos de actividad y de celo apostólico. Habiendo nacido entre 1476 a 1483, y después de haber recibido educación esmerada, debió de haberse iniciado en los servicios de la corte, esto es, como él declara: “ocupándose en cosas tocantes al servicio de la Corona Real, desde muy mozo, cerca de los dieciocho o veinte años, antes que tomase el hábito en lo que pude, y después acá muy mejor”. Por los treinta debió de ingresar al Convento de franciscanos de Gante, de donde salió finalmente para la Nueva España. Su declaración está contenida en su *Carta a Felipe II de 1558*.

Conoció las inquietudes de humanistas como Erasmo y Vives y las concepciones de almas como la de Moro que aspiraban a la creación de mundos ideales, de utopías que para muchos representaron las bases de una realidad que era posible cristalizar en un mundo nuevo no infestado por el egoísmo ni la maldad existente en el mundo viejo. Formado en un ambiente de elevada espiritualidad, en él influyeron las aspiraciones de transformación espiritual emanadas de Ruysbroec y Gerardo de Groote con sus Corporaciones de Hermanos de la Vida Común, una de cuyas finalidades era proveer mediante recta y sana educación a la orientación y salvación de la juventud, la cual debería apoyarse en un buen conocimiento de los textos sagrados. La petición que Gante hace para que le envíen ejemplares de la Biblia, revela ese apoyo que los Hermanos de la Vida Común daban a la educación, el de la instrucción religiosa firme. Conoció también, tal vez por su posible estancia en España, la naturaleza de ese país y de sus habitantes, los trabajos de sus gobernantes para regir con certeza al reino y al imperio. Supo de los esfuerzos del cardenal Cisneros y de Adriano de Utrecht y de cómo el imperio se engrandecía e ingresaban a él millones de seres de la misma naturaleza de los europeos, pero diferentes en cultura y formas de vida, y de cómo esas diferencias daban un pretexto para desconsiderar su calidad humana y someterlos a dura servidumbre.

Todo esto lo sabía y tenía en mente Pedro de Mura cuando ingresó al Convento de Gante. Ahí con honda y serena reflexión, meditó su estado y condición y quiso servir, inspirado en las nobilísimas ideas de muchos europeos, para construir un mundo nuevo en el que la paz reinara, la fe del Salvador imperara y el hombre pudiera, amando a los demás, cumplir su destino. Esto lo llevó a venir a México en 1522. Desde aquí, primero en Tezcoco y Tlaxcala y luego en el Convento Nuevo de San Francisco, en la Capilla de San José de los Naturales, consagró todo su saber, esfuerzos y amor, a enseñar a los indios, de quienes pensó siempre eran de “bonísima complexión y natural, aptos para todo, y más para recibir nuestra Santa Fe”.¹⁰

Fray Pedro, separado de sus hermanos de religión, unido a las huestes de fray Martín distribuidas en nueve conventos, que eran las casas de los naturales y alejados entre sí, siete, diez o cincuenta millas, trabajó en la conversión de los infieles según sus fuerzas y espíritu.

¹⁰ Charles Terlinden, *Carlos Quinto, Emperador de dos mundos*. Traducción de Dolores Sánchez de Aleu, Madrid, Ediciones Rialp, S. A., 1966, 268 pp. Ils. mapas. *Carta a los religiosos de Flandes de 27 de junio de 1529*.

De lengua extraña, desconocedores casi del español, pues el más apto en el aprendizaje fue fray Juan de Tecto, su primer cuidado consistió en aprender la lengua de los naturales para poder acercárseles y doctrinarlos. Narra fray Jerónimo de Mendieta que para ello los misioneros convertidos en niños jugaban con los indiecillos y anotaban el significado de las cosas y seres que les rodeaban, sus expresiones y conceptos todos, y que por la tarde, entre ellos, comparaban las palabras, las anotaban, formando así incipientes vocabularios que más tarde se transformaban en auténticas cartillas y artes de las lenguas indígenas.¹¹ Así, en poco tiempo los religiosos adelantaron en el aprendizaje. Fray Juan de Tecto pudo en breve plazo trazar los primeros lineamientos de una cartilla que tocaría a fray Pedro llevar a buen término en sus célebres *Doctrinas y cartillas de 1528-53* y la de 1569. Cuéntase que Gante, quien tenía defectos en la pronunciación y tartamudeaba, llegó a tener un dominio absoluto en el náhuatl, que se le facilitó enormemente. De ello da constancia fray Juan de Zumárraga, su gran amigo y confidente, en carta escrita en 1531 al Capítulo Franciscano reunido en Tolosa, en la cual afirma: “Entre los frailes más aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno en particular, llamado Pedro de Gante, lego.”¹²

¹¹ Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, compuesta por el P... con algunas advertencias del P. Fray Joan de Domayquia, sacadas de cartas y otros borradores del autor, 4 vols., México, D. F., Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945.

“Púsoles en corazón el señor que, con los niños que tenían por discípulos se volviesen también niños como ellos, para participar en su lengua. Y así fue que, dejando a ratos la gravedad de sus personas, se ponían a jugar con ellos con pajuelas y pedrezuelas, el rato que les daban de huelga, y quitarles el empacho con la comunicación. Y traían siempre papel y tinta en las manos, y, en oyendo el vocablo al indio, escribíanlo, y al propósito que les dijo. Ya en la tarde, juntábanse los religiosos y comunicábanse los unos a los otros escritos, y lo mejor que podían, conformaban a aquellos vocablos el romance que les parecía más convenir.”

¹² Mendieta, *op. cit.*, IV-51-52. Al relatar la labor de los religiosos de Flandes y su preocupación por el aprendizaje de la lengua de los indios y su enseñanza y conversión, escribe: “Venidos pues a las Indias, comenzaron luego a deprender la lengua de los naturales, y a recoger algunos niños hijos de principales, en especial en Tezcuco, adonde hallaron acogida en casa del señor, que les dio un aposento, y holgaba que industriasen a los de su casa y a otros niños que se allegaban, aunque todo era poco lo que hacían por no estar del todo la tierra asentada, ni tener ellos la autoridad que se requería para tratar con aquella gente, que quiere ser mandada con imperio. Y en México hicieron menos por estar aquella ciudad recién construida, aunque no dejaba de acudir allá Fr. Juan de Tecto, solicitando a algunos principales que le diesen sus hijos para los enseñar a leer y escribir. Y otro año siguiente, cuando llegaron los doce apostólicos varones, que fue el de mil y quinientos y veinte y cuatro, viendo que los templos de los ídolos aún se estaban en pie, y los indios usaban sus idolatrías y sacrificios, preguntaron a este padre Fr. Juan de Tecto y a sus compañeros, qué era lo que hacían y qué entendían. A lo cual el Fr. Juan de Tecto respondió: ‘Aprendemos la teología que de todo punto ignoró S. Agustín’ llamando teología a la lengua de los indios y dándoles a entender el provecho grande que de saber la lengua de los naturales se había de sacar. Era este religioso varón doctísimo; tanto, que se afirma de él no haber pasado a estas partes otro que en ciencia se

A través de ese idioma, con el que pudo penetrar al espíritu y el corazón de los indios, fray Pedro realizó extraordinaria labor. A tal grado llegó su dedicación y compenetración en el mundo del indígena que años más tarde al escribir en 1529 a sus hermanos de religión en Flandes, se excusará de no hacerlo en flamenco, que había olvidado. Así adentrándose en la cultura de los naturales, en su mundo interior, ideas, afectos, costumbres, fue ganado por ese mundo al que comprendió en plenitud, ganando él a su vez a todos cuantos le rodearon para un mundo mejor que anidaba en su mente y espíritu, y el cual creyó firmemente construía en unión de sus santos hermanos.

Después de haber aprendido el náhuatl, la primera fase de su labor consistió en convertirlos, en predicarles el Evangelio. Ante la resistencia que los adultos por razón natural oponían a todo, cambio, principalmente el que les llevaba a abandonar sus ideas, sus creencias tradicionales tan fuertemente arraigadas en ellos, y como auténticos educadores, los misioneros iniciaron su labor entre los niños, materia dúctil para formarla según sus concepciones del mundo y de la vida. Los pequeños, sin ideas muy firmes, pues veían destruido un mundo que apenas comenzaban a conocer, resultaban instrumentos dóciles para su obra. Era necesario doctrinarlos, enseñarles a fondo las verdades de la religión, para que las practicasen y a su vez las enseñaran a sus mayores. Esta labor de proselitismo entre la niñez, que es la única edad que posibilita un cambio rápido y más amplio, la llevaron a buen término los religiosos, escogiendo, principalmente con el fin de que su influencia resultara

le igualase. Leyó la santa teología antes que pasase a las Indias, catorce años en la universidad de París.”

De las aptitudes lingüísticas de fray Pedro, Mendieta, en la semblanza que de él nos dejó, *op. cit.*, IV-53-57, refiere: “Su principal cuidado era en que los niños saliesen enseñados, así en la doctrina cristiana, como en leer y escribir y cantar, y en las demás cosas en que los ejercitaba. Y por el consiguiente, que los adultos diesen cuenta de la doctrina y se juntasen todos los domingos y fiestas a oír misa y la palabra de Dios. Entendía en examinar los que se habían de casar, y aparejar los que se habían de confesar y los que habían de recibir el santísimo sacramento de la Eucaristía. Predicaba cuando no había sacerdote que supiese la lengua de los indios, la cual él supo muy bien, puesto que era naturalmente tartamudo, que por maravilla los frailes le entendían ni en la lengua mexicana los que la sabían, ni en la propia nuestra. Pero era cosa maravillosa que los indios le entendían en su lengua como si fuera uno de ellos. Compuso en ella una doctrina que anda impresa bien copiosa y larga.”

Fray Juan de Zumárraga, quien le tuvo en gran estima y supo que a fray Pedro se le había ofrecido antes que a él la Mitra de México, al escribir al capítulo de Tolosa el 12 de junio de 1531, las noticias más importantes de su inmensa diócesis, refiere: “Entre los frailes mas aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno en particular, llamado Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de más de seiscientos niños. Y cierto él es un principal paraninfo que industria los mozos y mozas que se han de casar, en las cosas de nuestra fe cristiana, y cómo se han de haber en el santo matrimonio, y industriados, los hace casar en los días de fiesta con mucha solemnidad.” *Apud*. F. de Chauvet, *op. cit.*, p. 3.

benéfica para todos, a los hijos de las familias principales. El principio de la política europea de aquellos tiempos *Cujus ejus eius religius*, se imponía en la mente de los misioneros, y no sólo él, sino aquellos otros brotados de auténticas máximas pedagógicas que planea el cambio de una sociedad transformando a sus elementos jóvenes.

Este proceso lo señala fray Pedro en varias cartas. En la de 1529 escribe a sus hermanos:

Por ser la tierra grandísima, poblada de infinita gente y los frailes que predicán, pocos para enseñar tanta multitud, nosotros los frailes, recogimos en nuestras casas a los hijos de los señores y principales para instruirlos en la fe católica, y aquéllos después enseñan a sus padres.

Y agrega, aclarando la misión que se les confería con ellos:

Saben estos muchachos leer, escribir, cantar, predicar y celebrar el oficio divino a uso de la iglesia. De ellos tengo a mi cargo en esta ciudad de México, al pie de quinientos o más, porque es cabeza de la tierra. He escogido unos cincuenta de los más avizados, y cada semana les enseño a uno por uno lo que toca decir o predicar la dominica siguiente, lo cual no me es corto trabajo, atento día y noche a este negocio, para componerles y concordarles los sermones. Los domingos salen estos muchachos a predicar por la ciudad y toda la comarca, a cuatro, a ocho o diez, a veinte o treinta millas, anunciando la fe católica y preparando con su doctrina a la gente para recibir el bautismo. Nosotros con ellos vamos a la redonda destruyendo ídolos y templos por una parte, mientras ellos lo mismo en otra, y levantamos iglesias al Dios Verdadero.

Así y en tal ocupación empleamos nuestro tiempo, pasando toda manera de trabajos de día y de noche, para llevar finalmente a este pueblo infiel a la fe de Jesucristo.¹³

¹³ *Carta del 27 de junio de 1529*. Fray Martín de Valencia, en carta que escribe en unión de varios de sus compañeros, al emperador, el 18 de enero de 1533, *Apud, Códice franciscano*, 177-86, ratifica los principios de ese sistema utilizado no sólo por Gante, sino por sus hermanos españoles, los cuales tuvieron que hacer en sus inicios, sólidos progresos en las lenguas indígenas, para poder comunicarse con los naturales. Dice fray Martín: "Queréndolo así la Provincia divina, estos hermanos míos fueron tan doctos en la lengua de los naturales, que en muy breve tiempo, aunque no sin muchos trabajos y vigias, les pudieron encaminar en las cosas de nuestra santa fe en su propia lengua, dándoles a entender la ceguedad y yerro de sus ritos y ceremonias, haciéndoles muchos sermones por las plazas y mercados, por do quiera que concurrían y los podían haber.

"Asimismo, porque el fruto se esperaba más cierto y durable, como se ve, en sus hijos niños, y por quitar la raíz de tan mala memoria, se los tomamos los de los caciques y principales por la mayor parte, para los criar y enseñar la doctrina cristiana e industrialarlos en nuestros monesterios, y con ellos no poco trabajamos enseñándoles a leer y escribir y cantar el Oficio eclesiástico, y decir las Horas cantadas y oficiar las misas e imponerlos en todas las buenas costumbres

de la cristiana religión, por manera que no solamente éstos han sido traídos al camino de nuestra verdad y fe católica, mas ya ellos mismos hechos maestros y predicadores de sus padres y mayores, discurren por la tierra descubriendo y destruyéndolos sus ídolos y apartándolos de otros vicios nefandos; y tanto, que a veces su vida corre peligro, y ellos son los que más persiguen las ceremonias e ritos condenados, y ellos nos son muy grande ayuda, mayormente contra los viejos que aún no han renunciado sus ídolos, aunque todavía se llegan bien a la doctrina, y con harta devoción vienen a las iglesias, y con muchas lágrimas a las confesiones, y se casan a ley y bendición, dejando con harta obediencia las muchas mujeres, haciendo vida maridable con solas sus legítimas; y por no nos alargar no nos extendemos más en esto.”

Respecto a la política educativa que prefería, por razones de influencia y no por discriminación social, la enseñanza a los hijos de los principales, el mismo *Código franciscano* nos proporciona un testimonio clarísimo de ella. En efecto, en el documento titulado: *El orden que los religiosos tienen en enseñar a los indios la doctrina, y otras cosas de policía cristiana*, pp. 62-84, hay el fragmento siguiente: “Los que miran y consideran las cosas conforme a la calidad y necesidad de cada una dellas, no enseñan indiferentemente a los niños hijos de los indios, sino con mucha diferencia, porque a los hijos de los principales, que entre ellos eran y son como caballeros y personas nobles, procuran de recogerlos en escuelas que para esto tienen hechas, adonde aprenden a leer y escribir y las demás cosas que abajo se dirán, con que se habilitan para el regimiento de sus pueblos y para el servicio de las iglesias, en lo cual no conviene que sean instruidos los hijos de los labradores y gente plebeya, sino que solamente aprendan la doctrina cristiana, y luego en sabiéndola, comiencen desde moachos a seguir los oficios y ejercicios de sus padres, para sustentarse a sí mismo y ayudar a su república, quedando en la simplicidad que sus antepasados tuvieron, lo cual por no se haber guardado entre nuestros cristianos viejos, ha sido causa que esté depravado y puesto en confusión el gobierno de los reinos e provincias, antiguamente cristianas, y asimismo por haberse en esto descuidado algunos Religiosos, no conservando la loable costumbre que en este caso tenían los indios de la Nueva España en tiempo de su infidelidad, han enseñado y habilitado a muchos hijos de labradores y gente baja, de tal manera que se han alzado a mayores, y son ellos los que gobiernan en muchos pueblos, y tienen supeditados y abatidos a los principales, los cuales, antes que recibiesen la fe, eran sus señores absolutos. A esta causa, los que advierten en ello no permiten que los hijos de los populares entren en las escuelas ni aprendan letras, sino sólo los hijos de los principales, y con los demás tiénese este modo: que cada día en amaneciendo se juntan en los patios de las iglesias los niños hijos de la gente plebeya, que ellos llaman macehuales, y las niñas hijas de macehuales y principales, y luego de mañana, antes que se diga la misa, los cuentan y buscan por su barrios o tribus, según que están repartidos; y después de misa (la cual entre semana siempre se dice de mañana, por las muchas ocupaciones que tienen los Religiosos), luego se reparten por el patio asentados en diversas turmas, conforme a lo que cada uno ha de aprender, porque a unos, que son los principiantes, se les enseña el *Per signum*, y a otros el *Pater noster*, y a otros los *Mandamientos*, según que van aprovechando; y vanlos examinando y requiriendo para subir de grado en grado, y cuando ya saben toda la doctrina y dan buena cuenta della, tiénese cuidado de despedirlos y enviarlos a sus casas, para que los varones ayuden a sus padres en la agricultura o en los oficios que tuvieren, y las muchachas compañía a sus madres y aprendan los oficios mujeriles con que han de servir a sus maridos; y encomiéndaseles a los dichos padres y madres, que cada noche les hagan decir la doctrina y rezar las oraciones, porque hagan lo que deben a cristianos, y porque, olvidando lo deprendido, no vengan después a padecer nuevo trabajo, cuando andando el tiempo se les pidiere cuenta de ello.

“Para congregar estos niños se tiene este orden: que en cada barrio o en cada vecindad se instituye un viejo de los más ancianos que hay, el cual tiene cargo de llamar y recoger los de aquel su barrio, y de llevarlos a la iglesia y mirar por ellos, y volverlos a sus casas, que es conforme a su antigua costumbre; porque a los tales viejos, como a privilegiados de las obras comunes y otros trabajos en que se ocupan los que tienen fuerzas corporales, se les encomenda-

Veintinueve años más tarde, cuando escribe ya no a Carlos V, sino a Felipe su hijo, esto es en 1558, reafirma esa labor cuya génesis se encuentra en el propio Convento de Gante a donde llegaron bien pronto las nuevas del descubrimiento de México –hay que recordar cómo fue Bruselas uno de los primeros lugares del mundo, en donde se exhibieron los ricos presentes que Cortés envió al emperador y que habían sido regalo de Moctezuma– y que se confirmó al viajar con el emperador y su confesor, el padre Clapión, hacia España en donde embarcaron en 1523. A partir de este año escribe el propio fray Pedro:

... deseando mejor y más cumplidamente servir a Dios y a la Corona Real, procuramos venir, y en llegando, con trabajos continuos trabajar en la viña del Señor conforme al talento poco o mucho de cada uno, y conforme a las fuerzas que Dios le había dado, aprendiendo la lengua, cosa cierto en aquel tiempo muy dificultosa, pues era gente sin escritura, sin letras, sin caracteres y sin lumbre de cosa ninguna, ni de donde nos poder favorecer sino sólo de la gracia de Dios, con la cual fue servido en breve tiempo la supiésemos y con ella procuramos de recoger los hijos de los principales señores, y enseñalles la ley de Dios, para que ellos consiguientemente la enseñasen a sus padres y madres y a todos los demás, y esto por instrucción del Capitán que entonces era Hernando Cortés, de buena memoria... porque luego mandó a toda la tierra que de veinte y cuarenta leguas alrededor de donde estábamos, que todos los hijos de los señores y principales viniesen a México a San Francisco, a aprender la ley de Dios y a la enseñar, y la doctrina cristiana, y así se hizo, que se juntaron luego, pocos más o menos, mil muchachos, los cuales teníamos encerrados en nuestra casa de día y de noche, y no les permitíamos ninguna conversación, y esto se hizo para que se olvidasen de sus sangrientas idolatrías y excesivos sacrificios, donde el demonio se aprovechaba de innumerable cantidad de ánimas; parece cierto, cosa increíble, que hubiese sacrificios de cincuenta mil ánimas”.¹⁴

ba este negocio, y también porque los muchachos les tengan más respeto y reverencia, y ellos más autoridad para guardarlos y mirar por ellos.”

¹⁴ *Carta al rey Felipe II, de 23 de junio de 1558*. Que esta labor iniciada por fray Pedro con tanto éxito había sido vista con beneplácito por todos los religiosos quienes la practicaban con gran entusiasmo y amor, lo revelan un capítulo de el documento empleado anteriormente: *El orden que los religiosos...* en el *Códice franciscano*, p. 64 que dice: “En todos los pueblos de la Nueva España adonde residen Religiosos (a lo menos de esta Orden de S. Francisco) hay escuelas, las cuales comúnmente se suelen edificar dentro del circuito que tienen los frailes, y pegadas con la iglesia, a la parte del Norte..Allí se juntan los niños hijos de los principales, y después que han aprendido la doctrina cristiana, que para todos es el primer fundamento, luego son enseñados a leer y escribir, y destos se escogen algunos para cantores de la iglesia, y así de niños aprenden a cantar, y otros aprenden la Confesión y ceremonias de ayudar a misa, para servir de sacristanes, y ayudan la misa con tanta devoción y diligencia como frailes muy concertados. Destos mismos suelen ser porteros y hortelanos, y hacen los demás oficios en los monesterios, porque como los

En seguida explica más prolijamente el método seguido para la transformación de esos jóvenes, para su conversión:

La orden que con ellos se ha tenido es que luego de mañana cantaban y rezaban el Oficio Menor de Nuestra Señora desde Prima hasta Nona, y luego oían su Misa, y cuando no era tiempo de ayuno, los que querían almorzaban, y luego entraban a leer y a enseñar a leer y escribir, y algunos a cantar para servir y oficiar el Oficio Divino, y los más hábiles aprendían la doctrina de Coro, así como son Artículos y Mandamientos, con los demás, para lo enseñar y predicar a los pueblos y a las aldeas; y después de haber leído cantaban Nona de Nuestra Señora, y entrábanse a comer, y dadas gracias cantaban el Oficio de Finados por la semana, y el viernes los Salmos penitenciales y el sábado *Canticum graduum* y descansaban un rato, y después entraban a leer hasta Vísperas, las cuales acabadas, tenían otro ejercicio de media hora, poco más o menos, y después de cenar decían sus completas de Nuestra Señora y luego tenían sermón hasta las ocho, donde se ensayaban para ver quién era más hábil para ir a predicar á los pueblos, y luego se iban a dormir hasta Maitines, y todos juntos se levantaban a ellos, los cuales acabados, tenían un poco de oración, y lunes y miércoles y viernes hacían su disciplina, y esta orden tuve y se guardó muchos años; y por toda la semana los más hábiles y alumbrados en las cosas de Dios estudiaban lo que habían de predicar y enseñar a los pueblos los domingos y fiestas de guardar, y los sábados los enviaba en dos en dos a cada pueblo alrededor de México, dos y tres y cuatro y cinco y seis leguas, y a los otros de diez y de quince y de veinte leguas, y algunas veces de veinte en veinte días, y a otros más o menos, salvo cuando era fiesta o dedicación de los demonios, que enviaba los más hábiles para las estorbar; y cuando algún señor hacía fiesta en su casa secretamente, los mismos que yo enviaba a ver me venían a avisar y luego los enviaba yo a llamar a México, y venían a capítulo y los reñía y predicaba lo que sentía y según Dios me lo inspiraba. Otras veces los atemorizaba con la justicia, diciéndoles que los habían de castigar, si otra vez lo hacían; y desta manera, unas veces por bien y otras por mal, poco a poco se destruyeron y quitaron muchas idolatrías, a lo menos los señores y principales iban alumbrándose algún poco y

frailes son pocos, es a saber, hasta dos o tres o cuatro o poco más en cada casa, tienen harto que hacer en la administración de los Sacramentos y otros ejercicios espirituales tocantes a la doctrina; cuanto más que los indios hacen con tanta fidelidad los dichos oficios, que en este caso no se siente la falta de Religiosos, y ellos, por muy principales que sean, no se desdeñan, antes se precian, de servir en las iglesias y monasterios en cualesquiera oficios, cuanto quiera que sean bajos, como son el cocinar y barrer &c., la cual virtud de humildad y religiosa piedad, como tan anexa a la ley de Cristo, debiera de prevalecer más entre los que se tienen por verdaderos cristianos.

“Estos niños que se crían en las escuelas, cada día entran puestos en orden, como en procesión, a la iglesia, a oír misa y Vísperas, y antes que los despidan de la escuela dicen a voces la doctrina, una vez antes de comer y otra a la tarde. Dos cosas son, que la costumbre y uso dellas no puede dejar de aprovechar mucho para su cristiandad.”

conociendo al Señor... Empero la gente común estaba como animales sin razón, indomables que no los podíamos traer al gremio y congregación de la Iglesia, ni a la doctrina, ni a sermón, sino que huían desto como el demonio de la cruz, y estuvimos más de tres años en esto, que nunca como tengo dicho, los pudimos atraer, sino que huían como salvajes de los frailes y mucho más de los españoles; mas por la gracia de Dios empecélos a conocer, y entender sus condiciones y quilates, y como me debía haber con ellos...¹⁵

En esta labor de catequesis, de conversión, fray Pedro empleó la mayor parte de su vida. A más de preparar apóstoles que difundieran por todos los ámbitos la luz del Evangelio, fray Pedro levantó templos. Confiesa en su carta de 1529 que él solo:

Con mi industria y el favor divino, he construido más de cien casas consagradas al Señor entre iglesias y capillas, algunas de las cuales son templos tan magníficos como propios para el culto divino, no menos de trescientos pies y otras de doscientos. Cada vez que salga a predicar –añade–, tengo sobrado que hacer en destruir ídolos y alzar templos al Dios verdadero.

A esas iglesias levantadas con su entusiasmo y el de los nuevos fieles en cada provincia, pueblo y parroquia, dotábalas “con imágenes de pincel, cruces y estandartes, que atestiguan gran amor y devoción a Dios Nuestro Señor”.¹⁶

¹⁵ Carta de fray Pedro de Gante a Felipe II de 23 de junio de 1558. Cfr. Carta de fray Martín de Valencia al emperador, de 18 de enero de 1533, Vid. *Supra*, nota 13.

¹⁶ Carta de fray Pedro a los religiosos de Flandes del 27 de junio de 1529. Acerca de la extraordinaria obra constructiva de Gante la cual se ha perdido casi del todo, nos quedan numerosos testimonios, Fray Agustín de Vetancurt en su *Teatro mexicano; crónica de la provincia del Santo Evangelio de México; Menologio franciscano*. México, Editorial Porrúa, 1971 (16-66-170) ; 120-138 (2) 156; 56 pp. En la p. 26 de la *Crónica*, afirma: “Si en las iglesias que fabricaron los primeros fundadores se hubieran puesto conventos y monasterios, se pudiera hacer de ellos muchas provincias, porque el V. P. Fr. Pedro de Gante, hizo en la comarca de México más de quinientos templos”; y en la p. 119 reafirma ese aserto al decir: “No hago mención de los templos suntuosos y de las iglesias donde se alaba el nombre de Dios y se adora al Santísimo Sacramento del Altar, porque no tiene números determinados la suma de ellos, pues sólo aquel V. P. Fr. Pedro de Gante hizo más de quinientos en el arzobispado.”

Es posible que él haya sido el arquitecto de la primitiva capilla de San José de los Naturales como lo declara el mismo Vetancurt quien señala que “en el sitio del palacio y recreo de Moctezuma, donde tenía la huerta de flores, las jaulas de las aves y estancos del pescado, hizo [Fray Pedro de Gante] de muchas naves, al modo de pórtico, sin puertas, una iglesia, para que aunque fuera el concurso grande, pudiera de lejos gozar con la vista el sacrificio” *Crónica...* p. 40, en el *Código franciscano, en la Relación particular y descripción de toda la provincia del Santo Evangelio...* p. 7, su autor probablemente Mendieta, confirma ese hecho al declarar: “Tiene la población de los indios dentro de México, sin esta capilla, otras cuatro iglesias o ermitas, las cuales les hizo edificar Fr. Pedro de Gante, porque en aquellos cuatro barrios, como en cabeceras que eran de México, solían ellos tener en tiempo de su infidelidad los principales templos de sus ídolos, y

pareció convenir que adonde hubo particular memoria y adoración de los demonios, la hubiese ahora de Jesucristo nuestro Redemptor, y veneración de sus santos. Llámense estas cuatro iglesias Santa María y la vocación es de la Asunción, S. Joan Baptista, S. Pablo y S. Sebastián. Las dos de ellas, que son S. Pablo y S. Sebastián, ya se las tiene tomadas el Sr. Arzobispo y aplicadas para los españoles, y tiene en ellas sus cofradías y capellanes; y las otras dos anda también por quitárselas, aunque más quisiera él, y lo ha pretendido, que los indios de aquellos barrios quedasen sujetos a aquellas iglesias, haciéndolas parroquias para ellos y los españoles, todos mezclados, porque de esta manera sabe que los indios a su costa las habían de reparar, adornar y servir y sustentar a los clérigos que allí pusiese. Mas ellos se han defendido desta opresión con la libertad que el Sumo Pontífice y S. M. les ha dado, para que acudan, como solían de antes, a la doctrina de los religiosos, y así todos ellos tienen recurso a la capilla de Sant Joseph, adonde son doctrinados de los frailes de Sant Francisco y reciben de sus manos los santos sacramentos.”

De esta capilla Mendieta nos dejó una espléndida descripción reveladora del colosal esfuerzo del humilde lego por acoger en un edificio de proporciones magnificas a las inmensas multitudes que le seguían. La descripción que fray Jerónimo nos da en su *Historia...* III-87 y ss., es la siguiente: “En los capítulos precedentes queda tocado (aunque de paso) como el convento de S. Francisco de México tiene edificada en las espaldas de la iglesia, a la parte del Norte, una solemne capilla, dedicada a la vocación del glorioso S. José, esposo de la Sagrada Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, que tomándolo aquellos doce apostólicos varones, primeros predicadores del Evangelio en estas partes, por su especial patrón para la conversión de los indios, fue ocasión para que después de algunos años, por medio de los religiosos de la misma orden que lo procuraron, fue elegido el mismo santo por general patrón (como lo es) de toda esta Nueva España. Y por ser esta capilla la primera, y como seminario de la doctrina de los indios para toda la tierra, y situada en la cabeza del reino, todas las capillas que después se iban edificando en los otros pueblos, las intitulaban los indios al mismo santo. Y puesto que algunas hayan intitulado los religiosos a otros misterios y santos, no saben los indios llamar las capillas que tenemos en los patios, sino S. José, aunque sea dedicada a otro santo o a otro misterio (que de santo por maravilla lo hay, si no es de la bienaventurada Santa Anna, después que el Papa Gregorio XIII, de felice memoria, concedió que se rezase de ella a do oviese iglesia o capilla suya). Esta de que al presente tratamos, de S. José de México, es insigne por su capacidad y grandeza y curioso edificio; tanto, que por no haber en México otra iglesia ni pieza tan capaz para caber mucha gente, se celebraron en ella con muy notable suntuosidad las obsequias del invictísimo Emperador Carlos V y de otros príncipes, y se han tenido autos de fe por la santa Inquisición. Y por la misma razón, demás de haber habido siempre en aquel convento de S. Francisco famosísimos predicadores, es el púlpito más cursado de México. A esta capilla fueron siempre sujetos en lo espiritual de doctrina, predicación y administración de sacramentos, todos los barrios de los indios de la ciudad de México, con sus sujetos, hasta que de algunos años a esta parte se abjudicó un barrio llamado S. Pablo a los padres de la orden de S. Agustín, a título de hacer un colegio en que tienen estudio, y a su cargo los indios de aquel barrio. Y poco ha el virrey, Marqués de Villamanrique, dio aquel barrio de S. Sebastián a los padres del Carmen, a contemplación de un su confesor que era comisario de ellos. Otros han pretendido, y por ventura todavía pretenden desmembrar más este cuerpo, y todo es mal para el cántaro, como la experiencia lo ha enseñado, desde que comenzaron a dividirse. Hay en esta capilla un vicario, que aunque es súbdito del guardián del convento, él es el cura de los indios con otros sacerdotes compañeros que le ayudan. Es la capilla de siete naves, y conforme a ellas tiene siete altares, todos al Oriente; el mayor a do suben por escalera en medio, y tres a cada lado. El uno de estos altares es del bienaventurado S. Diego, tan frecuentado (a lo que creo) de gente, como su santo cuerpo en Alcalá, porque ha obrado allí Dios por él algunos milagros, y entre ellos ha resucitado un muerto. Tiene muchos y muy ricos ornamentos de brocado y otras telas, cálices y otros vasos, y cruz riquísima de plata. Tiene muy buenas capillas de cantores y ministriles muy expertos, y campanas grandes y de repique, como en la iglesia mayor; esto por particular

privilegio habido del Emperador y rey D. Felipe, nuestros señores, por haber sido México cabeza de imperio y tener los indios mexicanos aquella capilla por su iglesia parroquial, adonde acuden en todas las necesidades de sus ánimas. Y así se celebran en ella los oficios divinos y las festividades como en una iglesia catedral. En el capítulo pasado quedó por decir el modo que se tiene en la ceremonia del mandato, y lo demás que se hace el Jueves Santo, antes de la procesión de los disciplinantes, que es de mucha devoción entre los indios. Y es en esta forma, que juntado el pueblo en la iglesia, salen a ella (como es costumbre) los frailes en procesión, la cruz delante y el diácono revestido, y acabado de cantar el Evangelio, tienen a punto doce pobres escogidos, los más lisiados y necesitados que se pueden hallar, ciegos, cojos o perlíticos (porque entre los indios el sano no es tenido por pobre) , y está ya allí el agua caliente, sembrada de rosas olorosas, y tres bacías puestas en el lugar a do se han de lavar, con tres toallas nuevas; y asentados los pobres, les van lavando los pies el guardián y otros dos sacerdotes que le ayudan. Y como se van levantando ya lavados, los indios principales que están diputados para ello, les van vistiendo a cada uno de los doce una ropa nueva de las que ellos usan, y los llevan a sentar a una mesa que está puesta y aparejada allí en la misma iglesia, con sus manteles y sus raciones para cada una. El guardián, que está en lugar de Cristo nuestro Redentor en la cabecera hace una breve plática, trayendo a la memoria el lavatorio y cena del Señor, que allí se representa, y el ejemplo que nos dejó de humildad y caridad. El gasto de esta cerimonia hacen los principales; mas por otra parte, como los demás pobre son tantos, que en algunas partes se juntan más de ciento y no sé si doscientos, es cosa de ver la abundancia de comida que las indias (según su devoción) tienen tendida por el patio, de cosas guisadas en sus cazuelas o vasos que ellas usan, y pan y fruta, que los pobres todos después de haber comido se van a asentar, haciendo dos hileras, desde la puerta del patio hacia la puerta de la iglesia, de manera que todos los que han de venir aquella tarde a la iglesia (que es todo el pueblo) han de pasar entre ellos, y ninguno deja de darles limosna, y los más la dan a todos, particularmente las mujeres como más devotas, que cada una trae una haldada de mazorcas de maíz y va dando a cada uno la suya y acabada a una hilera, luego se vuelve por la otra. Otras traen (y los hombres también) un montón de cacao, que les sirve de moneda menuda, y es como almendras, y molidas se hace de ellas muy buena bebida usada. También muchos de los españoles, de estas almendras que llaman cacao van dando a cada pobre cada uno las que quiere, como quien en España da tantas o tantas blancas. Esto que he contado, pasa en todos los pueblos de indios, grandes y chicos, a do residen religiosos, que en los demás no sé lo que hay. Y porque me he detenido en este discurso, abreviaré lo de las procesiones que salen de la capilla de S. José, contando cómo salieron en este presente año de mil y quinientos y noventa y cinco. El Jueves Santo salió la procesión de la Veracruz con más de veinte mil indios, y más de tres mil penitentes, con doscientas y diez y nueve insignias de Cristos e insignias de su pasión. El viernes salieron en la procesión de la Soledad más de siete mil y setecientos disciplinantes, por cuenta, con insignias de la Soledad. La mañana de la Resurrección salió la procesión de San José con doscientas y treinta andas de imágenes de Nuestro Señor y Nuestra Señora y otros santos, todas doradas y muy vistosas. Iban en ella todos los cofrades de entrambas cofradías arriba dichas de la Veracruz y Soledad (que es gran número) , con mucho orden y con velas de cera en sus manos, y demás de ellos por los lados gente innumerable de hombres y mujeres, que cuasi todos también llevan candelas de cera. Van ordenados por sus barrios, según la superioridad o inferioridad que unos a otros se reconocen, conforme a sus antiguas costumbres. La cera toda es blanca como un papel, y como ellos y ellas van también vestidos de blanco y muy limpios, y esto al amanecer o poco antes, es una de las vistosas y solemnes procesiones de la cristiandad. Y así decía el virrey D. Martín Enríquez, que era una de las cosas más de ver que en su vida había visto. Hacen otras muchas procesiones solemnes entre año, en especial dos, con el mismo aparato de todas las andas; la una el día de la Asunción de Nuestra Señora, a una iglesia que llaman Santa María la Redonda, barrio principal de los indios mexicanos, y la otra el día de San Juan Baptista, a la Iglesia de San Juan de la Penitencia, donde hay convento de monjas de Santa Clara, y es también barrio principal de los indios de México. Y por esta misma forma hacen sus procesiones en todos los

Impulsado por el afán de atraer al cristianismo al mayor número, Gante, como otros religiosos, trabajó incesantemente con las multitudes, que conmovidas más sensiblemente que en forma racional, aceptaban convertirse, y de hecho se convertían masivamente. Cuenta fray Pedro, y con él otros religiosos, que el número de conversiones fue abundantísimo y que tan sólo él y otro fraile habían “bautizado más de doscientos mil y aun tantos, que yo mismo no sé el número”.¹⁷

Pero estos misioneros no se detenían ahí, sino que aportaban a los indígenas otros elementos de la cultura europea que aun cuando en principio eran utilizados para el culto, proporcionaban ya a los naturales nuevos instrumentos para volcar sus aptitudes sensoriales e intelectuales. Así, a la vera de los conventos, estableció talleres artesanales y centros de adiestramiento en las artes plásticas, y en la música. Él mismo, a escasos nueve años de haber llegado a la Nueva España, esto es en 1532, daba cuenta a Carlos V de su labor, destacando aquellos aspectos que le parecían más importantes; los de la conversión, los de auxilio al indígena y los de su transformación cultural. De ello escribía:

pueblos grandes de esta Nueva España, y en algunos va tanta o poco menos gente, y aparato de andas y Cristos que en la de la Veracruz, como es Xuchimilco y Tezcuco y otros semejantes. Y más gente irá en la de Tlaxcala; a lo menos en un tiempo solían ir quince o veinte mil disciplinantes.”

¹⁷ *Carta de fray Pedro a los religiosos de Flandes del 27 de junio de 1529.* Esta afirmación se confirma en la carta de fray Martín de Valencia ya citada, en la cual escribe: “Y porque no nos satisface tan sumaria información, decimos que luego que el año de veinticuatro entró, yo el Custodio con doce hermanos que conmigo partieron desos reinos para estas parte, descendimos entre la grandeza destas provincias, donde no menor temor ponía la representación que mostraban con la cruel guerra pasada, que dolor y lástima de considerar lo mucho que nuestro adversario en ellos por tan largos tiempos había usufructuado, y puesto que entonces parecía dificultoso poder sembrar el Evangelio entre gentes tan dadas a tan abominables ritos, y estando con aquel rencor y enemistad que de la guerra les quedó, no por eso puso desconfianza en nuestro propósito, antes hallando tan abiertas las minas del tesoro que nuestro deseo buscaba, vimos ser más la ocasión que se nos ofrecía en hacienda tan caudalosa que la Divina y humana Majestad nos ponía en las manos, que la posibilidad de nuestras fuerzas para lo poder adquirir, y confiados que el Todopoderoso daría el favor y gracia necesaria, como medios para efectuar lo que tenía predestinado, y que ésta es la heredad de Dios y posesión que el Padre de las misericordias dice a su Hijo Unigénito: *postula me et dabo tibi gentes in haereditatem et possessionem tuam dc.*, nos repartimos por las provincias más populosas, derribando innumerables cues y templos donde reverenciaban sus vanos ídolos y hacían sacrificios humanos crueles sin cuento, y posimos en su lugar cruces, y comenzamos a edificar iglesias y monesterios para les comunicar la doctrina cristiana y santo bautismo, el cual se les administró con tanto fervor, y ellos lo pidian y recibían con tanto deseo y frecuencia, que sin escrúpulo osaremos afirmar, que cada uno de nuestros hermanos, mayormente los primeros mis compañeros, tiene hasta hoy bautizados más de cien mill personas, los más dellos niños, que no osamos dar a todos el bautismo aunque nos lo piden.”

He tenido y tengo cargo de enseñar a los niños y mochachos a leer y escribir y predicar y cantar: en todo esto como yo no soy sacerdote, he tenido más tiempo e oportunidad. A esta causa y por haber razonable habilidad en la gente para ello, hase aprovechado razonablemente; y sin mentir puedo decir harto bien, que hay buenos escribanos y predicadores y pláticos con harto hervor, y cantores que podrían cantar en la capilla de V. M. tan bien, que si no se ve quizá no se creará.¹⁸

¹⁸ *Carta de fray Pedro de Gante al emperador del 31 de octubre de 1532.* Respecto a esta función civilizadora de Gante, Mendieta, *op. cit.*, III-59, escribe renglones llenos de elogiosos comentarios: "El primero y único seminario que hubo en la Nueva España para todo género de oficios y ejercicios (no sólo de los que pertenecen al servicio de la iglesia, mas también de los que sirven al uso de los seglares), fue la capilla que llaman de S. José, contigua a la iglesia y monasterio de S. Francisco de la ciudad de México, donde residió muchos años, teniéndola a su cargo, el muy siervo de Dios y famoso lego Dr. Pedro de Gante, primero y principal maestro y industrioso adestrador de los indios. El cual no se contentando con tener grande escuela de niños que se enseñaban en la doctrina cristiana, y a leer y escribir y cantar, procuró que los mozos grandecillos se aplicasen a deprender los oficios y artes de los españoles, que sus padres y abuelos no supieron, y en los que antes usaban se perficionasen. Para esto tuvo en el término de la capilla algunas piezas y aposentos dedicados para el efecto, donde los tenía recogidos, y los hacía ejercitar primeramente en los oficios más comunes, como de sastres, zapateros, carpenteros, pintores y otros semejantes, y después en los de mayor subtileza, que por ventura si este devoto religioso en aquellos principios con su cuidado y diligencia no los aplicara y aficionara a saber y desprender (según ellos de su natural son dejados y muertos, mayormente en aquel tiempo que estaban como atónitos y espantados de la guerra pasada, de tantas muertes de los suyos, de su pueblo arruinado, y finalmente, de tan repentina mudanza y tan diferente en todas las cosas), sin duda se quedarán con lo que sus pasados sabían, o a lo menos tarde y con dificultad fueran entrando en los oficios de los españoles. Mas como comenzaron a desenvolverse con aquel ordinario ejercicio, y se acodiciaron algo al provecho que se les pegaba (demás de ser ellos como monas, que lo que ven hacer a unos lo quieren hacer los otros), de esta manera muy en breve salieron con los oficios más de lo que nuestros oficiales quisieran. Porque a los que venían de nuevo de España, y pensaban que como no había otros de su oficio habían de vender y ganar como quisiesen, luego los indios se lo hurtaban por la viveza grande de su ingenio y modos que para ello buscaban exquisitos, como arriba en el capítulo treinta y uno del tercero libro se dijo, de los que hurtaron su oficio al primero tejedor sayalero que vino de España. Un batihoja batidor de oro, el primero que vino, pensó encubrir su oficio, y decía que era menester estar un hombre seis o siete años por aprendiz para salir con él. Mas los indios no aguardaron a nada de esto, sino que miraron a todas las particularidades del oficio disimuladamente, y contaron los golpes que daba con el martillo, y donde hería, y cómo volvía y revolvía el molde, y antes que pasase el año sacaron oro batido, y para esto tomaron al maestro un librito prestado, que él no lo vio hasta que se lo devolvieron. Éste mismo era oficial de hacer guadamecies, y recatábase todo lo posible de los indios en lo que obraba, en especial que no supiesen dar el color dorado y plateado. Los indios, viendo que se escondía de ellos, acordaron de mirar los materiales que echaba, y tomaron de cada cosa un poquito, y fuéronse a un fraile, y dijéronle: 'Padre, dinos adónde venden esto que traemos. Que si nosotros lo habemos, por más que el español se nos esconda, haremos guadamecies, y les daremos el color dorado y plateado como los maestros de Castilla.' El fraile (que debía de ser Fr. Pedro de Gante, y holgaba que hiciesen estas travesuras), díjoles dónde hallarian a comprar los materiales, y traídos hicieron sus guardamecies. Cuando quisieron contrahacer los indios las sillas de la gínetta, que comenzaba a hacer un español, acertaron a todo lo que para ella era menester, su coraza y sobrecoraza y bastos, mas no atinaban a hacer el fuste. Y como el sillero tuviese un fuste (como es costumbre) a la puerta de su casa, aguardaron a que se entrase a comer, y llevaron el fuste para sacar otro. Y sacado, otro día a la misma hora que comía tornaron a poner el fuste en su lugar. Lo

La ponderación del grado de adelantamiento a que habían llegado sus discípulos, a los cuales siempre consideró espiritual e intelectualmente bien dotados, que hace en esa carta y de la necesidad de mantener de continuo esa actividad, la reitera en su epístola de 1552 al emperador, en la cual le indica:

Haber trabajado con ellos de día y de noche más ha de treinta años, estando continuamente con ellos en una escuela que está junto con esta capilla, donde les he enseñado a cantar y tañer, y enseñado la doctrina, y siempre he tenido cargo particular y cuenta con ellos.¹⁹

cual como vio el sillero, luego se temió que su oficio había de andar por las calles en manos de indios (como los otros oficios) , y así fue de hecho, que desde a seis o siete días vino un indio vendiendo fustes por la calle, y llegando a su casa le preguntó si le quería comprar aquellos fustes y otros que tenía hechos, de que al bueno del sillero le tomó la rabia y quiso darle con ellos en la cabeza, porque él, como era solo en el oficio, vendía su obra como quería, y puesta en manos de indios había de bajar en hartos menos precio. Uno de los oficios que primeramente sacaron con mucha perfección fue el hacer campanas, así en las medidas y grueso que la campana requiere en las asas y en el medio, como en el borde, y en la mezcla del metal, según el oficio lo demanda. Y así fundieron luego muchas campanas, chicas y grandes, muy limpias y de buena voz y sonido. El oficio de bordar les enseñó un santo fraile lego, italiano de nación (aunque criado en España), llamado Fr. Daniel, de quien se hizo memoria en el capítulo quinto de este libro, que trata de la provincia de Michuacan y Jalisco, adonde se fue a vivir y morir, dejando en esta de México muchos ornamentos, no costosos, más curiosos y vistosos, hechos de su mano y de los indios sus discípulos. En los oficios que de antes sabían se perfeccionaron los indios después que vieron las obras que hacían los españoles. Los canteros, que eran curiosos en la escultura (como queda dicho), y labraban sin hierro con solas piedras cosas muy de ver, después que tuvieron picos y escodas y los demás instrumentos de hierro, y vieron obras que los nuestros hacían, se aventajaron en gran manera, y así hacen y labran arcos redondos, escacianos y terciados, portadas y ventanas de mucha obra, y cuantos romanos y bestiones han visto, todo lo labran, y han hecho muchas muy gentiles iglesias y casas para españoles. Lo que ellos no habían alcanzado y tuvieron en mucho cuando lo vieron, fue hacer bóvedas, y cuando se hizo la primera (que fue la capilla de la iglesia vieja de S. Francisco de México, por mano de un cantero de Castilla) , maravilláronse mucho los indios en ver cosa de bóveda, y no podían creer sino que, al quitar de los andamios y cimbra, todo había de venir abajo. Y por esto cuando se ovieron de quitar los andamios, ninguno de ellos osaba andar por debajo. Mas visto que quedaba firme la bóveda, luego perdieron el miedo. Y poco después los indios solos hicieron dos capillitas de bóveda, que todavía duran en el patio de la iglesia principal de Tlaxcala, y después acá han hecho y cubierto muy excelentes iglesias de bóveda y casas de bóveda en tierras calientes. Los carpenteros, aunque cubrían de buena madera bien labrada las casas de los señores, y hacían otras obras de sus manos, es ahora muy diferente lo que hacen, porque labran de todas maneras de carpentería y imágenes de talla, y todo lo que los muy diestros artifices o arquitectos usan labrar. Y finalmente, esto se puede entender por regla general, que casi todas las buenas y curiosas obras que en todo género de oficios y artes se hacen en esta tierra de Indias (a los menos en la Nueva España), los indios son los que ejercitan y labran, porque los españoles maestros de los tales oficios, por maravilla hacen más que dar la obra a los indios y decirles cómo quieren que la hagan. Y ellos la hacen tan perfecta, que no se puede mejorar.”

¹⁹ *Carta de fray Pedro de Gante al emperador, del 15 de febrero de 1552.* Fray Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana*, I-229, señala cómo la música al modo europeo fue introducida por

Seis años después, en 1558, cuando Felipe II ocupaba ya el trono español, fray Pedro al relatarle la misión que cumplía insiste en este aspecto civilizador tan importante, aportando nuevas luces que revelan el origen de las interpretaciones teatrales en Nueva España y la forma de conmemorar la Natividad con cánticos y villancicos, como ocurría en el Viejo Mundo. De su informe podemos desprender que él mismo fue autor de esos cánticos de alegría navideña. El texto que lo señala advierte también cómo el empleo de ese método significó una gran revolución en la obra evangelizadora; una forma segura de penetración a través de la sensibilidad, del empleo de las artes, la música y el teatro en la tarea de civilización. Escribe:

Mas por la gracia de Dios, empecélos a conocer y entender sus condiciones y quílates, y cómo me había de haber con ellos, y es que toda su adoración dellos a sus dioses era cantar y bailar delante dellos, porque cuando habían de sacrificar algunos por alguna cosa, así como para alcanzar vitoria de sus enemigos, o por temporales necesidades, antes que los matasen habían de cantar delante del ídolo; y como yo vi esto y que todos sus cantares eran dedicados a sus dioses, compuse metros muy solemnes sobre la Ley de Dios y de la fe, y cómo Dios se hizo Hombre por salvar al linaje humano, y cómo nació de la Virgen María, quedando Ella pura e sin mácula; y esto dos meses poco más o menos antes de la Natividad de Cristo y también diles libreas para pintar en sus mantas para bailar con ellas, porque así se usaba entre ellos, conforme a los bailes y a los cantares que ellos cantaban, así se vestían de alegría o de luto o de vitoria; y luego cuando se acercaba la Pascua hice llamar a todos los convidados de toda la tierra, de veinte leguas alre-

Gante en la Nueva España. Cuando nos habla de la música prehispánica nos dice que en los banquetes de Moctezuma, “serviase siempre con mucha música de flautas, zamponas, caracoles, huesos, atabales y otros instrumentos, de poco deleite a los oídos de los españoles, y no alcanzaban otros mejores ni tenían música de canto (como la que usamos en voces concertadas), porque no sabían el arte, hasta que de los castellanos lo aprendieron, en especial fue maestro de él, en esta nueva iglesia, el apostólico varón Fr. Pedro de Gante, fraile lego de la esclarecida orden de mi glorioso padre San Francisco, aunque en sus bailes y fiestas cantaban en voces iguales al son de su teponaztli.”

En este afán de enseñar a los naturales las artes y oficios al modo europeo, Gante fue maestro directo. Dábase cuenta que la habilidad manual de los indios era inmensa, que su sensibilidad artística superaba en ocasiones la de los europeos, pero era diferente. Partían de otras concepciones y sus obras tenían sentido diferente. Él deseaba impregnarles al propio tiempo que la sensibilidad europea la sensibilidad cristiana para alejarlos de sus antiguas prácticas.

Escultores magníficos los indios, había que enseñarles a hacer imágenes. Vetancourt en su *Crónica*, p. 132, nos habla de cómo fray Pedro hizo un trasunto de la Virgen de los Remedios, de una piedra de cantera de los Remedios para consuelo de sus devotos, la cual se colocó primero en el convento de México, luego ante la carencia de imágenes la trasladó a Xochimilco y de ahí a Tepepan. Refiere que esa imagen representaba a la Virgen con el niño en los brazos. La imagen aún existe en Tepepan y es bellísima, muy al modo europeo.

dedor de México, para que viniesen a la fiesta de la Natividad de Cristo nuestro Redemptor, y así vinieron tantos que no cabían en el atrio, que es de gran cantidad, y cada provincia tenia hecha su tienda adonde se recogían los principales, y unos venían de siete y ocho leguas, en hamacas, enfermos, y otros de seis y diez por agua, los cuales oían cantar la misma noche de la Natividad de los Ángeles: “Hoy nació el redentor del mundo.”²⁰

Sus contemporáneos, testigos de su obra, declaran en 1569 que “él fue el primero que enseñó a los indios a cantar y la música que ahora tañen”. Se sabe perfectamente que Gante en lo personal primero, y luego unido a fray Juan Caro enseñó música y canto a los indios, que bien pronto dieron pruebas de gran habilidad no sólo para cantar sino para construir instrumentos musicales con que acompañarse. Fray Jerónimo de Mendieta, al reseñar esta extraordinaria labor civilizadora utilizada con tanto éxito por todos los misioneros –recuérdese cómo el mismo Las Casas la empleó posteriormente para penetrar en zonas de guerra–, escribe:

Comenzaron los indios a pautar y apuntar, así canto llano como canto de órgano, y de ambos cantos hicieron gentiles libros y salterios de letra gruesa para las casas de los frailes, y para sus casas dellos...; y lo que más es que pocos años después que aprendieron el canto, comenzaron dellos a componer de su ingenio villancicos, en canto de órgano a cuatro voces, y algunas misas y otras obras, que mostradas a diestros cantores españoles decían ser de escogidos juicios, y no creían que pudiesen ser de indios.²¹

²⁰ Carta de fray Pedro al rey Felipe II, de 23 de junio de 1558.

²¹ *Códice franciscano, en la Relación particular y descripción de toda la Provincia del Santo Evangelio...*, p. 6, y en *El orden que los religiosos tienen en enseñar...* en la parte correspondiente a *Cantores y menestres* que dice: “En estas mismas escuelas se juntan también cada día los indios cantores y menestres de la iglesia a ejercitarse en el canto y música, y proveer los Oficios que se han de cantar en la iglesia, y para ello es menester esta continuación: lo uno porque no salen con el canto, si no es ejercitándolo cada día: lo segundo, porque en dejándolo de continuar luego lo olvidan, y fuera de la escuela nunca lo ejercitan.

“Destos cantores y tañedores suele haber en cada pueblo adonde residen Religiosos dos capillas para mudarse a semanas, porque como son casados y tienen necesidad de proveer a sus mujeres e hijos, y demás desto buscar con qué pagar el tributo, sería gran crueldad hacerlos venir cada día a la iglesia y ocuparlos en el canto; y aun con todo esto padecen hartos los pobres, y es cargo de conciencia no darles alguna ayuda de costa con que se puedan sustentar. En cada capilla de éstas suele haber ordinariamente quince o diez y seis indios, que por lo menos son menester, así porque ellos tienen flacas voces y no suenan si no es en alguna multitud, como también porque ellos mismos suplen el cantar y el tañer, y a esta causa tienen necesidad de descansar. Mas finalmente, con el cuidado que con ellos ponen los Religiosos, se cantan las misas y oficios divinos por la mayor parte en todas las iglesias que tienen monasterios, en canto llano y en canto de órgano, con buena consonancia; y en algunos pueblos particulares adonde hay más curiosidad y posibilidad, se hacen los Oficios de la Iglesia con tanta solemnidad y aparato de música como en muchas iglesias Catedrales de España. El canto de órgano es

En la pintura, escultura, arquitectura y otras artes, la escuela establecida por Gante fue también semillero de artistas que construyeron o cooperaron a la construcción de toda suerte de edificios civiles y religiosos. Se sabe que de su escuela, como lo mostró Manuel Toussaint, surgieron notables artistas de gran habilidad en la pintura, así como escultores y entalladores que ayudaron a levantar suntuosos retablos, decorados con preciosas telas y esculturas bellamente estofadas.

La instrucción no se limitó a los rudimentos de la lectura y escritura pese a las dificultades iniciales encontradas; el mismo fray Pedro señala al escribir, en 1558, a Felipe II, cuánto trabajo habíales costado ya no enseñar a los indios, sino aun el aprender la lengua, “pues era gente sin escritura, sin letras, sin caracteres y sin lumbre de cosa alguna”, para lo cual tuvieron los religiosos, dirigidos por Gante, que encontrar un método que les permitiera enseñar a los indios rápidamente, el cual consistió en usar signos jeroglíficos y figurativos, conocidos de los naturales, para con ellos transmitirles religión y cultura. El aporte de fray Jacobo de Testera, iniciado tal vez por el propio Gante, revela este afán. Pero, decíamos, no se limitó a este grado de la enseñanza sino que trató de alcanzar niveles superiores, como la enseñanza de la gramática (latín) y de retórica. El primer maestro de ello, lo declara Mendieta, fue fray Arnaldo de Basacio, de nación francés, doctísimo varón y gran lengua de los indios. De esta suerte se sentaron las bases de la educación superior de los naturales, que fue canalizada hacia el Colegio de Santiago Tlatelolco.

Que la instrucción tenía que ser integral, esto es, comprender a uno y otro sexo, lo entendió muy bien fray Pedro, y a la educación de la mujer consagró buena parte de sus esfuerzos, comisionando a sus más aventajados alumnos les enseñasen doctrina para que una vez aprendiéndola, pudiesen enseñarse unas a otras. Que esta labor de atención a la mujer indígena fue indispensable, lo revelan las preocupaciones que notables personajes de la Colonia tuvieron. Una de ellas, tal vez la más temprana, surgida de un funcionario muy prácti-

ordinario en cada iglesia, y la música de flautas y chirimías muy común. En muchas partes usan de dulzainas, orlos, vihuelas de arco y de otros géneros de menesteriales, y también hay ya algunos órganos, y todos estos instrumentos tañen los indios, y toda esta armonía es de grandísimo provecho entre ellos para su cristiandad, y muy necesario el ornato y aparato de las iglesias para levantarles el espíritu y moverlos a las cosas de Dios, porque su natural que es tibio y olvidadizo de las cosas interiores, ha menester ser ayudado con la apariencia exterior; y a esta causa los que los gobernaban en tiempo de su infidelidad los ocupaban lo más del tiempo en edificación de sumptuosos templos, y en adornarlos mucho de rosas y flores, demás del oro y plata que tenían, y en muchos sacrificios y cerimonias, más duras y recias que las de la ley de Moisés.”

co, de penetrante espíritu y con una gran visión política y de hombre de Estado, es la del contador Rodrigo de Albornoz, quien en una carta dirigida a Carlos V, el 15 de diciembre de 1525, luego de ponderar por razones políticas y religiosas la necesidad de proporcionar la cultura europea a los naturales, se refiere al exquisito cuidado que hay que tener de las mujeres. El párrafo de su carta que es tan importante dice, refiriéndose primeramente a los varones:

Para que los hijos de los caciques y señores, Muy Poderoso Señor, se instruyan en la fe, hay necesidad nos mande V. M. se haga un colegio donde les muestren a leer y gramática y filosofía y otras artes, para que vengan a ser sacerdotes, que aprovechará más el que de ellos saliere tal y hará más fruto que cincuenta de los cristianos para atraer a los otros a la fe; que para la sustentación dellos y edificios, un lugar destes pequeños que están junto a la laguna, habrá harto, como lo lleva quien no hace fruto.

Y motivado no sabemos si por la influencia del propio Gante, por conocer la efectividad y virtudes de los sistemas educativos flamencos o por halagar al emperador de ese origen, añade en relación a la educación femenina:

Y otro tanto podría V. M. mandar para un monasterio de mujeres en que se instruyan las hijas de señores principales y sepan la fe y aprendan hacer cosas de sus manos, y quien las tenga en orden y concierto hasta las casar, como hacen las Beguinas en Flandes.²²

Más tarde serán las instancias de fray Juan de Zumárraga las que aportarán a algunas beatas, en 1530 y 1534, y luego las religiosas concepcionistas. Así, de la obra inicial de Gante, surgirá el Colegio de Nuestra Señora de la Caridad, del que arrancará el famoso Colegio de Niñas, la primera gran institución educativa al servicio de la mujer mexicana.²³

En su capilla de San José, que empezó siendo de paja como un portal muy pobre, mas “empero agora es una capilla muy buena y muy vistosa, y caben en ella diez mil hombres, y en el patio caben más de cincuenta mil, y en ella tengo mi escuela de niños”, fray Pedro realizaba día tras día noble y trascendental labor. La importancia religiosa y política que con ello adquirió su

²² Carta del contador Rodrigo de Albornoz al emperador, de 15 de diciembre de 1525, en Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, publicada por... 2 vols. México, Librería de J. M. Andrade, 1858, I-485, p. 501.

²³ Ezequiel A. Chávez, *op. cit.*, pp. 157 y ss. Cfr. Mendieta, *op. cit.*, III, *Passim*. Para este aspecto *vid.* Paula Alegría, *La educación en México antes y después de la Conquista*, México, 1936, pp. 208 y ss.

capilla y él mismo fue inmensa, puesto que a él se acudía para normar la conducta a seguir en los problemas surgidos de la evangelización indiana, al grado que el mismo obispo de México fray Alonso de Montúfar, reconoció la autoridad del humilde lego en esas cuestiones, al decir: “Yo no soy Arzobispo de México, sino Fray Pedro de Gante, lego de San Francisco.”²⁴

En esa capilla de siete enormes naves, en medio de sus indios, pero principalmente en la intimidad de unas “habitacioncillas inmediatas” en donde se retiraba a orar y meditar, fray Pedro supo de las rivalidades surgidas entre los gobernantes de la Nueva España: como “Hernando Cortés de buena memoria, el cual luego fue gran parte o casi el todo para que el Evangelio de Dios fuese temido y reverenciado”, al par que planeaba nuevas empresas descubridoras y de exploración del territorio, introducía nuevos cultivos como la caña de azúcar, importaba animales de labranza, carga y para alimento, era censurado, calumniado y atacado con zafia por gente que sentía celos de su grandeza y méritos, y además era desoído por el propio emperador en asuntos de guerra en que era tan hábil como sucedió en la expedición de Argel y como triste y enfermo acabó sus días en Castilleja de la Cuesta el año de 1547. Conoció también fray Pedro las hazañas, fortuna y desgracias de muchos de los capitanes de la Conquista, como Pedro de Alvarado, quien durante 1523-24 conquistó Guatemala y fundó el 25 de julio de 1524 la ciudad de Santiago de Guatemala. Supo de su viaje al Perú, donde no pudo competir con Pizarro y Almagro, y de su vuelta, así como de sus aprestos para descubrir el Mar del Sur y de su desastrada muerte en Nueva Galicia, en donde falleció el 4 de julio de 1541. Diose Gante cuenta exacta, pues debió haber sufrido mucho en esos días, de la creación en 1527 de la Primera Audiencia, integrada por malhechores y de su ruina y digno castigo. Alegróse al saber que una Segunda Audiencia presidida por el ilustre Sebastián Ramírez de Fuenleal se creó en 1530, y cómo gracias a la extraordinaria integridad, sapiencia y virtudes de sus componentes la paz reinó en México y se inició una época de civilidad, de progreso, de bienestar para los indígenas y los españoles. Ante los esfuerzos nobilísimos de Fuenleal, interesado en la historia y las culturas aborígenes, es indudable que Gante haya sido consultado y que a su lado hayan surgido los grandes proyectos de Olmos, Sahagún y el propio Ramírez de Fuenleal, cristalizados no sólo en la creación del Colegio de Tlatelolco, sino en la obra

²⁴ Mendieta, *Historia...* IV-55. García Icazbalceta en su *Bibliografía...*, analiza el sentido de esa expresión y considera que de acuerdo con los franciscanos es de elogio, pero que siendo el obispo dominico, era de censura provocada tal vez por el celo que sentía de la influencia del lego.

de cada uno de ellos. En la quietud de su celda supo de la llegada de nuevos operarios evangélicos y, principalmente, del arribo del primer pastor mexicano fray Juan de Zumárraga, su hermano de religión y de quien escribirá al emperador en 1548 al ocurrir la muerte del prelado: “Era verdadero padre destes naturales, a los cuales amparaba y recogía debajo de sus alas. Fue siempre mi compañero en trabajos con ellos, y su ausencia me hace mucha falta.”²⁵

Aunque lego, pues nunca quiso recibir las sagradas órdenes, para las cuales se consideraba indigno, ni menos la mitra de México, que le ofreció el emperador en varias ocasiones, fray Pedro debió iluminar con su saber y experiencia las juntas de prelados que con miras a organizar la vida religiosa se celebraron en México en 1524, 1532, 1539, 1544, así como los concilios mexicanos de 1555 y 1564. Su puesto dentro de la vida religiosa es semejante y en ocasiones superior al de Zumárraga, fray Julián Garcés, Vasco de Quiroga, y como civilizador está en el rango de un fray Bernardino de Sahagún, de un Diego Valadez, de un Motolinía, de un Olmos, de un fray Alonso de la Veracruz.

Fray Pedro también estuvo informado de la llegada de don Antonio de Mendoza, primer virrey de México en 1535, de su partida a Perú y de cómo lo sucedieron en 1550 don Luis de Velasco, en 1566 don Gastón de Peralta y en 1568 don Martín Enríquez de Almanza; y cómo, durante ese tiempo, se fundan Puebla en 1531–32, Valladolid de Michoacán en 1541, y en 1542 Mérida de Yucatán y Guadalajara en donde se establece una Audiencia en 1548. También se regocijó con los descubrimientos de Hernando de Grijalva en California en 1534, el hallazgo del Gran Cañón del Colorado por hombres de Vázquez de Coronado, el inicio de la Conquista del Perú por Pizarro en 1532 y de la de Chile por Almagro en 1535; y se entristeció con las guerras civiles del Perú y la muerte de Francisco Pizarro en 1541, así como por el terrible terremoto y destrucción de Guatemala en ese mismo año en donde murió doña Beatriz de la Cueva.

Como civilizador, la inauguración del Colegio de Santa Cruz de Tlateloleo en 1536 debió representar para él la culminación de su obra. La fundación de la Real y Pontificia Universidad en 1551 y de varios colegios, debió significar para Gante un apoyo extraordinario. Hombre de progreso, que estimaba como ninguno cuanto pudiera adelantar la mente, el espíritu y la condición general del pueblo, el establecimiento de la imprenta en México, en 1539, fue

²⁵ Carta de fray Pedro al emperador, del 20 de julio de 1548.

por Gante muy celebrado. Ya desde su arribo, él como sus compañeros de Flandes se preocuparon no sólo por aprender, como lo hemos dicho, la lengua de los indios, sino por enseñarles el español y el latín a través del alfabeto. Fray Juan de Tecto, cuya capacidad como maestro estaba probada, puso los inicios en la elaboración de una *Doctrina* que continuó fray Pedro ante la dolorosa desaparición de su compañero. Es muy posible que esa *Doctrina* la haya escrito Gante antes de 1528 y que ante la inexistencia de una imprenta en México, la haya enviado a imprimir en Amberes en donde apareció ese año. Cuando la imprenta se establece en México, esa *Doctrina* se reimprime aquí, primero tal vez en el año de 1547 y posteriormente en el de 1553, como ha dejado bien establecido don Joaquín García Icazbalceta.²⁶ A Gante somos deudores también de una ampliación de esa *Doctrina*, que representa la “primera obra alfabetizadora de América”, esto es la *Cartilla para enseñar a leer, nuevamente enmendada y quitadas todas las abreviaturas que antes tenía*, impresa por Pedro Ocharte en 1569, y la cual ha sido bien estudiada por el doctor Emilio Valton.²⁷

Si fray Pedro no era ajeno a los problemas de su mundo, de su época, principalmente los ocurridos en la lejana Europa menos pudo serlo de los que ocurrieron en suelo americano, principalmente en México. Por ello la Paz de Madrid y la de Cambrai entre Francisco I y el emperador Carlos le preocuparon; pero mucho más la muerte de Adriano VI de Utrecht, acaecida cuando él llegaba a Nueva España, y la disidencia religiosa que se planteaba en Europa encabezada por Lutero y seguida por Calvino, Melanchton, Enrique VIII y que hizo crisis en la Dieta de Worms 1521, la Dieta de Augsburgo y la Confesión de Augsburgo leída por Melanchton en 1531, así como la constitución de la Liga de Esmalcalda entre príncipes protestantes en ese propio año. La rebelión de 1539 en Gante, su tierra natal, provocada por fuertes razones sociales y políticas y sofocada con violencia, mortificó el espíritu del religioso; mas la reunión del Concilio de Trento, a partir de 1545, debió llenarle de optimismo. Desde su retiro supo de la muerte de Francisco I y de Enrique VIII en 1547, poderosos rivales del emperador, su pariente; pero también llegó la de la abdicación de Carlos V en favor de su hermano Fernando

²⁶ J. García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana...*, pp. 80 y ss. y pp. 90 y ss.

²⁷ Emilio Valton, *El primer libro de alfabetización en América. Cartilla para enseñar a leer, impresa por Pedro Ocharte en México, 1569*. Estudio crítico, bibliográfico e histórico por... México, D. F., Antigua Librería Robredo, 1947, 144 pp. Il. facs.

respecto al imperio, y de Felipe II su hijo, del trono de España y de las Indias en 1556, y de su muerte en Yuste en 1558.²⁸

²⁸ *Carta de fray Pedro al emperador, del 31 de octubre de 1532.* En la carta al emperador de 15 de febrero de 1552, confirmará el valor de esas instituciones y la necesidad imperiosa de mantenerlas en bien del estado social y cultural de los naturales, indispensables según él para el mantenimiento del Estado. Respecto a las escuelas insiste reiteradamente en su existencia y sostenimiento. En esta última carta, escribe al emperador: “Y porque por la gran pobreza que entre estos indios miserables hay, no van adelante con esto de la escuela, por causa de no tener mantenimientos ni qué comer; y para que esto fuese adelante y la dicha escuela no feneciese, pues tan necesaria es, donde deprenden los niños y mancebos indios la doctrina y se les aveza leer y escribir y cantar y tañer, y son causa de que se les celebre los oficios divinos devotamente, pues ellos sirven la misa; que V. M. como misericordioso, les hiciese mercedes a estos indios y a la dicha escuela, dé alguna ayuda para la sustentación de los naturales, y para que los indios que en ella me ayudasen, como hasta aquí han hecho, tengan que comer y de dónde pagar su, tributo, y la doctrina de unos en otros fuese adelante, y se restaure lo perdido. Y, V. M. les hiciese merced de quinientos o seiscientos pesos cada año, atento a la mucha gente que se podría enseñar y sería gran consolación para los naturales, considerado la necesidad que estos indios de México tienen, pues no tienen tierras ni cosa de que se mantener, sino del trabajo de sus manos, y que los oficiales de V. M. se los librasen y diesen de la manera que a V. M. pareciere; porque cierto, sin ello, se perderá, porque por la falta del mantenimiento y seguirseles el tributar, dejan desamparada la doctrina que habría, e los que naciesen y al presente son muchachos, y viendo la ayuda se esforzarían e se haría una gran cosa y gran servicio a Dios.”

Y señalando la participación personal que él tenía en ella para provocar el apoyo de su imperial pariente, añadía: “No puedo bien declarar el gran servicio que a Dios se haría y hará en ello, más de que por la obra se parecerá; y pues yo tengo de llevar el trabajo, justo cosa es que se me conceda la merced, atento a lo mucho que he trabajado con ellos, y que tengo intención de acabar mi vida en su doctrina. Y dame atrevimiento ser tan allegado a V. M. y ser de su tierra, y que lo que pido es servicio de Dios y honra e provecho de V. M. E así por amor de Nuestro Señor se conceda, procurando su salvación y doctrina.”

En relación con las instituciones de asistencia social, que Gante fue el primero en crear, en la misma epístola, amplía las razones que hubo para crearlas y para sostenerlas: “Un hospital tenían estos indios en esta cibdad, donde se curaban los indios enfermos, lo cual ellos hicieron a su, costa, y en él eran curados y consolados los indios enfermos; e para el colegio de los niños se lo tomaron, con cargo de hacerles otro tal y tan bueno; y demás del detrimento que han pasado los enfermos ha dos años, que ni se les hace el otro ni se les vuelve el hospital. Por reverencia de Dios, que pues es tan necesario, V. M. se los mande volver, o que con toda brevedad se les haga el otro, y no permitan que se mueran los enfermos por no tener donde se curar, haciendo V. M. merced al dicho hospital de alguna limosna para su sustentación y cura, y haciéndoles merced a estos pobrecitos de alguna limosna especial, y de se constituir V. M. por Patrón del dicho hospital, para que estos indios sean consolados y entiendan las mercedes y conozcan lo que V. M. los quiere e hace por ellos, según que yo espero de su gran misericordia que usará con ellos.”

En 1558 al escribir a Felipe II señalábale que la ayuda que se le concedió a la escuela fue muy corta y que ella se obtenía de los ingresos de penas de cámara que eran muy escasos al grado de que en un año no se les había dado nada. Porfiaba con el monarca en que era necesario pagarles a los indios que auxiliaban la labor de la escuela sus salarios y que éstos deberían provenir de la Real Caja y de toda la Hacienda Real para que fuesen seguros. Que ellos eran para el sostenimiento de la escuela de San José, pero que deberían ayudarse a todos los conventos, pues en todos ellos existía una escuela.

En medio de sus labores volvió a ver a fray Bartolomé de las Casas, el abogado más activo de los indios, y supo cómo gracias a él se dieron, en 1542, las *Leyes Nuevas* que abolieron la esclavitud de los indios y redujeron la dureza de las encomiendas. No fue insensible fray Pedro, como padre amorosísimo de los naturales, a su situación social y económica, por el contrario, conmovióle cuanta injusticia se cometió con ellos. Si por un lado luchaba con tanto ahínco por elevarlos, dignificar su situación espiritual y cultural, por el otro, utilizando con gran discreción la influencia que tenía ante su allegado el emperador, le exhortó en varias ocasiones a preocuparse en mejorar la situación del indígena. Así en 1532, al escribirle le indica con la misma modestia con que siempre describió su labor, un hecho de gran trascendencia en la historia social hispanoamericana: la creación de instituciones de interés social destinadas al alivio y curación de los enfermos; instituciones que creaba una tras otra, impulsado tan sólo por sus nobles sentimientos de fraternidad universal, de solidaridad humana y por una auténtica caridad transformada en amor como quería San Pablo. Así escribe: “Junto a nuestro monesterio se ha hecho una enfermería para los enfermos naturales donde, allende de los que en casa se enseñan vienen otros a ser curados, que es mucho refrigerio para los pobres y necesitados y ayuda para la conversión, porque conocen la caridad que entre los cristianos se usa, y ansí son convidados a la fe y querernos bien y conversar con nosotros”, y a continuación pedía al monarca que de sus rentas concediese una parte para el sostenimiento de estas instituciones. Mas no cesaba en estas cosas prácticas su interés, sino que frente a serias situaciones recordaba en 1552, cuando llegaba a los setenta años y “ya era viejo y cerca de la muerte”, que los indios “no fueron descubiertos sino para buscalles su salvación”, opinión en la cual coincidirían los auténticos defensores de los indios, tanto Las Casas como Francisco de Vitoria, salvación que resultaba imposible, debido a la situación en que vivían, entregados todo el tiempo a cumplir los excesivos trabajos que los conquistadores les imponían, porque:

Sepa V. M. serenísimo Señor –escribía a Carlos– que acaece salir el indios de su pueblo e no volver allá en un mes, especial porque hay pueblos fuera desta cibdad cantidad de leguas; los cuales son obligados a servir a su amo en México, de dalle indios de servicio y servicio de hierba y leña y zacate e gallinas; e esto como los pobres indios lo han de comprar, porque en su pueblo no lo tienen, andan arrastrados y de día y de noche buscándolo, porque la orden que en esto de los servicios se tiene, es que cada día meten en casa del encomendero servicio, e así lo han de comprar cada día, y desta manera siempre están fuera de sus casas y son tan maltratados de la gente, de esclavos, negros e criados de los tales, que en lugar de

dalles de comer, los maltratan de palabra y obra malamente, y por esto se huyen e van a los montes, porque sepa V. M. que los indios de servicio son esclavos de los negros, e así los mandan e castigan como el propio amo. Y porque es tan largo esto, no quiero en ello ser prolijo, más de que sé de cierto que si esto no se quita, ellos se acabarán presto, pues se disminuyen como el pan que se va comiendo cada día.²⁹

Y en estas expresiones, fray Pedro coincidía con las voces de los más tenaces defensores de los indios, y su temor de la extinción de éstos, era la misma que tenían Betanzos, Motolinía y otros hombres religiosísimos y justos.

En este aspecto, la opinión de Gante debe considerarse en su justo valor. La esclavitud, la obligatoriedad del tributo y la exigencia del *cuatequil* o trabajo forzoso, temas de apasionada y candente discusión por ventilarse en ellas la racionalidad de los indios, su capacidad reflexiva su esencia humana misma, a más de su condición libre o servil y también su aceptación como vasallos libres con capacidad reflexiva, no escaparon a la penetración del religioso, hombre instruido, salido de una afamada universidad europea, educado en un ambiente de libertad y cultura, avezado en asuntos de la política y de la administración de la “República”, y a más de ella allegado a la casa real. Por esta razón, sus cartas de 1552 a Carlos V y la de 1558 a Felipe II, deben ser consideradas como unos de los documentos más salientes existentes en la historia americana en torno de la defensa del indio.³⁰ Las ideas que en ellas

²⁹ *Carta de fray Pedro al emperador, del 15 de febrero de 1552*. Mendieta, *op. cit.*, III-68. Al mencionar cómo la obra de fray Pedro, como muchas otras tan laudables e indispensables, al morir sus creadores fueron debilitándose por el descuido de que fueron víctimas, confirma el sentido último que el descubrimiento y conquista tenía para ellos, su justificación más plena: “Mas después que él murió, ninguna cosa se les ha dado, ni ningún favor se les ha mostrado, antes por el contrario, se ha sentido disfavor en algunos que después acá han gobernado, y aun deseo de quererles quitar lo poco que tenían, y el beneficio que se les hace a los indios aplicarlos a los españoles, porque parece tienen por mal empleado todo el bien que se hace a los indios, y por tiempo perdido el que con ellos se gasta. Y los que cada día los tratamos en la conciencia y fuera de ella, tenemos otra muy diferente opinión, y es, que si Dios nos sufre a los españoles en esta tierra, es por el ejercicio que hay de la doctrina y aprovechamiento espiritual de los indios, y que faltando esto, todo faltaría y se acabaría. Porque fuera de esta negociación de las ánimas (para lo cual quiso Dios descubrirnos esta tierra), todo es codicia pestilencial y miseria de mal mundo.”

³⁰ En la *Carta del 15 de febrero de 1552*, entre muchos párrafos salientes encontramos este demostrativo del inmenso amor que tenía a los indios y del enorme interés que en su bienestar siempre mostró: “Pues esta gente destes indios de la Nueva España son vasallos de V. M., justa cosa es que dél sean favorecidos como tales, y pues los religiosos estamos en esta tierra para su conversión y amparo, y V. M., así lo quiera, atrevome a le suplicar por el remedio de ellos, pues, para se poder salvar esta gente, han menester mucho ser sobrellevados para que vaquen algún tanto a las cosas de la Fe, pues no fueron descubiertos sino para buscalles su salvación. Lo cual, de la manera que agora van, ello es imposible, porque aun para de ser de buscar sus

campean revelan no sólo un conocimiento auténtico y desinteresado de la realidad, así como una idea fidelísima de su labor misionera, sino el espíritu amplio, justo y profundamente humano con que deseó la formación de una sociedad en la cual no existieran mezquinas diferencias, desigualdades ilegítimas y bastardos intereses. No fue un teórico alejado de la realidad americana, sino que la vivió y luchó por transformarla. Gante, como varios de sus compañeros, presuponía la existencia de un mundo limpio y libre, creía que el pueblo aquí encontrado podría servir de base para la creación de una comunidad en la cual las virtudes humanas resplandecieran, para el surgimiento de una nación que habría que formar con amor, constancia y libertad. Diose cuenta que la existencia de una sociedad clasista, regida por el capricho, la violencia, el fraude y la mentira dañaba a la colectividad en todos sus aspectos, y que muchos de los defectos que se consideraban innatos en los aborígenes no eran sino el resultado de una negativa y continua situación. Esta observación fue la que le indujo a escribir en 1528 al emperador que los indios eran “de condición servil, porque nada hacen sino forzados, y cosa ninguna por amor y buen trato”; pero agregaba: “Aunque en esto no parecen seguir su propia naturaleza sino la costumbre, porque –añadía– nunca aprendieron a obrar por amor a la virtud, sino por temor y miedo.”³¹

En las epístolas de 1552 y de 1558, ante el problema de la esclavitud y servicios del indio, así como de la tributación que les oprimía, valido de su experiencia el religioso indica al monarca, como su siervo:

E como persona que mejor los conoce que otro ninguno y más cuenta con ellos tiene, que si V. M. no provee en que tributen como en España de lo que tienen y no más, y que sus personas no sean esclavos y sirvan, la tierra se perderá, y de hoy en treinta años, estarán más despobladas estas partes que las Islas.³²

mantenimientos, les falta tiempo, y así se mueren de hambre y se despueblan por el demasiado trabajo. Bien creo que si las cédulas de V. M., que acá ha enviado en su favor, fueran complicadas y los gobernadores y justicias no las dissimulasen, que vendrían y hubiera venido gran bien a esta gente: cierto yo bien creo que la intención de V. M., es que se salven e que conozcan a Dios: pues para esto necesario es que se les procure el sosiego, para que con mediano trabajo en el tributar, del todo se den a oír la doctrina e aquello que a sus ánimas conviene, pues con justa razón se quejará Dios de lo contrario; pues vinieron a esta tierra los españoles y les han tomado sus haciendas, y se sirven de ellos, y V. M., tanto provecho haya sacado dellos; y que ellos se vayan al infierno como de antes, e que donde eran muchos, no hay ni aun pocos, pues en lo pasado no se puede se remediar, justa cosa es que lo porvenir se remedie, y V. M., haga cumplir las cédulas que ha mandado enviar acerca de los servicios personales, porque una de las principales cosas que a esta gente destruye, es ello.”

³¹ *Carta de fray Pedro de Gante a los religiosos de Flandes*, del 27 de junio de 1529.

³² *Carta de fray Pedro de Gante al emperador*, del 15 de febrero de 1552.

Enfatizando los problemas más graves que aquejaban a los naturales, los excesos de la colonización y los desaciertos políticos cometidos que los afligían, Gante exhorta al emperador a variar su política, en el sentido que los defensores todos de los indios pedían: sostener las instituciones creadas para civilizarlos y auxiliarlos, principalmente las de cultura y asistencia, y a proporcionar dignos operarios que continuasen su obra. Consideraba Gante que la fe y la cultura sólo podían arraigar entre los naturales en forma libre y no mediante la coacción. Si propugnó y apoyó la labor de congregación de los indios, al igual que lo hizo el obispo Marroquín en Guatemala, fue debido a que consideraba que la dispersión en que vivían dificultaba la labor evangelizadora y civilizadora; pero no aceptó se impusiese a los indios forzosamente la fe. Frente a grupos levantiscos y rebeldes como los del Norte y Nueva Galicia, consideró era conveniente dejarlos en libertad para que espontáneamente “entiendan la doctrina, vengan en conocimiento de la fe, se asienten y hagan casas e iglesias e reconozcan la verdad y se den a buen vivir desechando las idolatrías”.³³

³³ Respecto al problema de la reducción o congregación de los indios, fray Pedro era de opinión de que éstos deberían ser congregados. En su carta de 1552, respecto a ese problema, escribía: “No olvide V. M. lo que tiene mandado sobre que se junten los indios y no estén derramados por los montes sin conocimiento de Dios, porque para acabar de se convertir esta gente, es necesarísimo y para que los religiosos tengan cuenta de ellos y no anden buscándolos por los montes, pues de estar en los montes no se siguen sino idolatrías; y de estar juntos y visitarlos, se sigue cristiandad y provecho a sus ánimas e cuerpos y que no se mueran sin fe e baptismo e sin conocer a Dios.”

Y en relación con la conversión y trato a los indios de guerra, la opinión de fray Pedro era de una gran amplitud. El trozo en el que alude a ellos asienta: “Demás de lo dicho, son dos cosas muy necesarias, que V. M., Serenísimo Señor, ha de proveer, que son muy necesarias: la una es que la tierra de Xalisco que agora se convierte a Nuestro Señor e al servicio de V. M., deben ser reservados los indios de tributar y de servir. Y la causa es, porque es gente pobre e que no sabe qué cosa es servir, y montaraz, que toda la vida anda por el monte, y no saben qué cosa es tributar ni servir, y han menester estar algún tiempo en libertad, para que se les dé a entender la doctrina y vengan en conocimiento verdadero de la fe, e asienten e hagan casas e iglesias e reconozcan la verdad y se den a buen vivir, desechando las idolatrías. Y me parece que para esto sería menester que por espacio de veinte o treinta años ninguna persona les pidiese cosa alguna, ni se sirviese dellos, porque, para haber de poblar, habrían menester éstos; y los religiosos que en su conversión entendiesen, tomarían gran aliento en ello; mas, si como hasta agora se hace, imponiéndoles en pedilles su lacería e servirse dellos, ni ellos vendrán en conocimiento de la verdad, ni menos jamás se poblarán; antes V. M., perderá los vasallos y Cristo las ánimas que se podían salvar, y se hará gran deservicio a Nuestro Señor dello, porque son gentes de tal calidad, que acaece estar juntos mucha cantidad dellos que han venido de paz e a poblar, y estarles enseñando y convirtiendo, y entrar el español de cuya tierra son sujetos a se servir dellos y llevales tributo, y luego desampararlo todo y irse al monte Y no es poca la desconsolación que desto los religiosos reciben; e para mejor ser esto guardado, V. M., debe mandar que en todo este tiempo, sin extrema necesidad, ningún español entrase en ellos por vía

Existiendo las instituciones que él llamaba “las herramientas para la obra” faltaban “los oficiales que edifiquen, y para esto son menester frailes, que estamos muy pobres dellos, e hay casa entre estos naturales que no tiene sino a dos y tres frailes”; y agregaba finalmente, recordando muy íntimamente el gran bien que él y sus hermanos flamencos habían hecho y el cariño entrañable que anidó hacia ellos en el corazón de los indios: “Y para esto V. M. mande proveer para la obra de Jesucristo de obreros, y muchos y breve, y que algunos sean de Flandes y de Gante, porque en pensar los indios que queda, cuando me muera, gente de mi tierra, pensarán que no les haré falta.”³⁴

En 1558, cuando ya fallecido Carlos V reina en España Felipe II, a éste le indica, apoyado en su larga experiencia, los graves peligros que se ciernen sobre el Nuevo Mundo de mantener la política de repartimientos y de distribución inequitativa de la tierra, y sugiere al monarca una forma de compensación derivada de las rentas reales mismas y no del trabajo de los indios ni de la repartición excesiva de la tierra entre españoles.³⁵

Así, ocupado y preocupado fray Pedro en el bienestar espiritual y temporal de los indios, pasó en la Nueva España cerca de cincuenta años. Aquí los indios le recibían con flores, música y bailes, y le acompañaban cuando cruzaba la laguna, con crecido cortejo de lanchas. Incansable, ese hombre humilde y sencillo, pero en cuyas venas corría sangre real, entregó su vida entera a plantar en México fe y cultura.

Aquella Pascua de 1572, en la cual los indios todos de México lloraron por su padre que era muerto, la sencilla figura del lego se engrandeció para siempre y dejó un recuerdo que aún hoy perdura. En este año de 1972, en que se cumplen cuatrocientos años de su tránsito al cielo, México debe hacerle justicia y como escribiera ese otro gran educador, émulo de fray Pedro, don Ezequiel A. Chávez:

... hora es ya de soñar... en que está llegando al fin la hora en que México erija un monumento en la ciudad de Gante a Fray Pedro... que sea ofrenda de gratitud de México a la ciudad de Gante, y que a la vez una réplica de la misma estatua sea erigida también en México, en el que se le dé como fondo una estela sea o no de diorita, análoga a una gran llama, a cuya vista arda el amor vivificante y renovante a Fray Pedro de Gante en cuantas la miren, y su

de estar con ellos, porque sería alborotallos, así porque siempre les piden o toman lo que tienen, como porque luego se quieren y sirven dellos.”

³⁴ Carta de fray Pedro a Carlos V, del 15 de febrero de 1552.

³⁵ Carta de fray Pedro a Felipe II, del 23 de junio de 1558.

anhelo de desatar de las cadenas de los intereses mezquinos su propio espíritu y el de los demás, y de levantarlo para que viva intensamente en bien y servicio de todos, bajo la guía de las más puras, más bellas, más ennoblecientes, más vigorizantes y más altas aspiraciones.³⁶

El Olivar, Epifanía de 1972

³⁶ E. A. Chávez, *op. cit.*, p. 233. De esta obra se ha hecho recientemente una reedición que aun cuando preparada e impresa por la Asociación Civil Ezequiel A. Chávez, lleva el pie de imprenta de Jus. Su título: *Fray Pedro de Gante y la evangelización de los indios, y La Virgen de Guadalupe. Maravillosos efectos de sus apariciones*. México, Editorial Jus, S. A., 1962, pp. 237-53.

Respecto al justísimo homenaje que México le debe y que esperamos le rinda en debido agradecimiento, hasta el día solamente se colocó en los muros del antiguo convento franciscano en Gante, una placa que indica que ahí vivió fray Pedro y que de ahí salió hacia México.

Durante el corto tiempo que José Fernando Ramírez ocupó el Ministerio de Relaciones, en la época de Maximiliano, y ya derrumbada buena parte del Convento de San Francisco y abiertas dos calles influyó para que la que quedó atrás de la iglesia llevara el nombre de Gante, nombre que apareció en forma vergonzante al igual que el de Motolinia aplicado a otra calle, sin el título religioso.

El mes de abril de 1972, el gobierno del Estado de México, que preside el profesor Carlos Hank González, rindió a Gante un público homenaje en la ciudad de Tezcoco, y en la plaza pública de ese lugar erigió un pequeño monumento que honra su memoria.

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA ACERCA DE FRAY PEDRO DE GANTE

1. ALEGRÍA, Paula, Pedro de Gante [México], UNAM [Depto. de Acción Social], 1963. 23 pp. (Biografías populares, n. 9.)
2. BARNSTEEN, Jan van. *Pieter van Gent; 1480-1572, de vader van milloenen indianen*. Gent, Centraal Propagandabureau der Franciscaanse Missies [1948], 47 pp., ils.
3. BETANCOURT, OFM, fray Agustín de. *Crónica de la provincia del Santo Evangelio de México, Menologio franciscano de los varones más señalados que con sus vidas exemplares ilustraron la provincia del Santo Evangelio de México* cuarta parte del *Teatro mexicano*. 4 vols. México, Imprenta de I. Escalante, 1871, III.
4. BUSTAMANTE, Octavio N. *Fray Toribio Motolinia* [por Octavio N. Bustamante], *Fray Pedro de Gante* [por Rosario Rubalcava] *Fray Bernardino de Sahagún* [por José Luis Martínez]. México, Secretaría de Educación Pública, 1942, 42 pp., ils. (Biografías Populares, n. 2.)
5. CEULENEER, Paul de. *Pedro de Gante; Pierre de Mura, éducateur et protecteur des indiens; conférence donnée... le 22 décembre 1931 en la Salle des Fêtes de l'Athénée Royal d'Anvers*.
6. CHÁVEZ, Ezequiel Adeodato. *El primero de los grandes educadores de la América, fray Pedro de Gante*, 2a. ed. México, Edit. Jus, 1943, 148 pp., ils.
7. ———, *Fray Pedro de Gante*, México, Jus. 1962, 236 pp. (Figuras y episodios de la historia de México, n. 109.)
8. De esta obra se ha hecho una reimpresión por la Asociación Civil Ezequiel A. Chávez, la cual lleva la carátula siguiente: Chávez, Ezequiel A., *Fray Pedro de Gante y la Evangelización de los indios. La Virgen de Guadalupe. Maravillosos efectos de sus apariciones*. El pie de imprenta es México, Editorial Jus, 1962, 237-55 pp.
9. DÁVILA Garibi, José Ignacio Paulino. *Fr. Pedro de Gante; discurso biográfico*. Guadalajara [Jal.] La Comercial, 1923, 16 pp.
10. GANTE, Pedro de. *Cartas de Fr. Pedro de Gante, OFM; primer educador de América*. Comp. de diversas obras [por] Fidel de J. Chauvet, OFM. México, Fr. Junípero Serra, Provincia del Santo Evangelio de México [1951] 52 pp., ils.
11. GANTE, Pedro de. *Carta a Felipe II*. Paleografía e introd. de Alberto Ma. Carreño. Biografía y notas bibliográficas de Joaquín García Icazbalceta. México [Eds. Culturales Mexicanas].
12. GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín. *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600, con biografías de autores y otras ilustraciones. Precedido de una noticia acerca de la introducción de la imprenta en México, por...* Nueva edición por Agustín Millares Carlo. México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 581 pp., ils. La biografía de Gante escrita por don Joaquín está en las pp. 90-104.
13. GENT HULDIGT; *een groot stadsgenoot, fray Pedro de Gante broeder Pieter van Gent op zondag juni 1948* [Gent, N. V. Drukkerij Het Volk, s. a.] 16 pp., ils.
14. KIECKENS, F. *Fray Pedro de Gante, religioso flamenco, primer misionero de Anáhuac; México 1523-1572* [trad. del francés al español por Enrique Cordero y Torres; consultor Remi André. Puebla, Pue., Nieto, 1948], 103 pp. (Los antiguos misioneros belgas en América.)

15. KIECKENS, P. J. F. *Les anciens missionnaires Belges en Amerique: Fray Pedro de Gante*, Bruxelles, 1880.
16. [KIECKENS, P. J. F.] *Biografía de fray Pedro de Gante*. Traducción de Enrique Cordero y Torres, Puebla, Imprenta Universitaria Benito Juárez de la Universidad Autónoma de Puebla, 1966, 106 pp. (Ediciones del Centro de Estudios Históricos de Puebla, A. C. núm. 20.)
17. MENDIETA, Fray Jerónimo de. *Historia eclesiástica indiana* compuesta por... con algunas advertencias del padre fray Joan de Domayquia, sacadas de cartas y otros borradores del autor. 4 vols., México, D. F., Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945. De esta obra toman sus datos todos los cronistas franciscanos e historiadores posteriores.
18. RAMÍREZ LÓPEZ, Ignacio. *Tres biografías: fray Pedro de Gante, fray Alonso de la Veracruz, fray Juan Bautista Moya*. México, Secretaría de Educación Pública [1948] 75 pp. (Bibl. Enciclopédica popular; 3a. época, 201.)
19. TORQUEMADA, OFM, Fray Juan de. *Monarquía indiana*, 3 vols. 3a. ed. México, D. F., Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1944, III-426-431.
20. TRUEBA, Alfonso. *Fray Pedro de Gante*, México, Campeador, 1955. 64 pp., ils. (Figuras y episodios de la historia de México, núm. 18.)
21. VALTON, Emilio, *El Primer libro de alfabetización en América. Cartilla para enseñar a leer, impresa por Pedro Ocharte en México, 1569. Estudio crítico, bibliográfico e histórico*. México, D. F., Antigua Librería Robredo, 1947, 156 pp., ils. facs.

APÉNDICE DOCUMENTAL

- a) *Carta de fray Pedro de Gante a los padres
y hermanos de la provincia de Flandes,
27 de junio de 1529*

Otra carta acerca del mismo asunto, escrita por fray Pedro de Gante, llamado también de Mura, de quien se hace memoria en carta anterior del reverendo obispo (Zumárraga); hecha antes que las dos precedentes, es a saber, el 27 de junio de 1529. La cual hicimos traducir de la lengua castellana en que vino, a la latina, para loor de Dios y recreo de las almas cristianas. Fue dirigida en común a los padres y hermanos de la provincia de Flandes, y a los que moran en sus contornos. Muy amados Padres, Hermanos y Hermanas: Mucho había deseado escribiros desde esta tierra en que ahora vivimos; pero tiempo y memoria me faltan. Grande estorbo fue también haber olvidado del todo mi lengua nativa; y tanto, que no acierto a escribiros en ella como deseaba. Si me valiera de la lengua de estos naturales no me entenderiais. Mas he aprendido algo de la castellana, en la cual, como pudiere, os diré esto poco.

Sabed, pues, por principio, que esta tierra en que estamos, aventaja a todas las demás del mundo, porque no es fría ni caliente en demasía, y en cualquier tiempo se siembra y se cosecha, por ser tierra de regadío. Medio año, desde principios de octubre hasta mayo, no llueve, lo cual aquí es regla infalible; bien que en otras partes acontezca lo contrario. Los nacidos en esta tierra son de bonísima complexión y natural, aptos para todo, y más para recibir nuestra santa fe. Pero tienen, de malo el ser de condición servil, porque nada hacen sino forzados, y cosa ninguna por amor y buen trato; aunque en esto no parecen seguir su propia naturaleza, sino la costumbre, porque nunca aprendieron a obrar por amor a la virtud, sino por temor y miedo. Todos sus sacrificios, que eran matar a sus propios hijos o mutilarlos, los hacían por gran temor, no por amor a sus dioses. Los demonios de esta tierra tenidos por dioses eran tantos y tan diversos, que ni los indios mismos podían contarlos. Creían que para cada cosa había dios, y que uno regía ésta, otro aquélla. A uno llaman dios del fuego; a otro del aire; a aquél de la tierra: a uno llaman culebra, a otro mujer de la culebra, a éste siete culebras, a aquél cinco conejos, y así a una infinidad, según su oficio, pero por la mayor parte tienen nombres de culebras y serpientes. Unos había para los hombres, otros para las mujeres; unos para los niños, otros para todos en común. A ciertos de ellos sacrificaban

corazones de hombres, a otros sangre humana; a cuales sus propios hijos; a algunos codornices; pájaros a otros, o bien a varios incienso, papel, la bebida que aquí usan, y otras muchas cosas a este tenor, conforme a diversos ritos y ceremonias que los demonios mismos pedían, y según eran los dioses; porque los había negros, amarillos y pintados de otros colores. Y tenían entendido que de no ofrecerles lo que pedían, serían muertos por ellos y consumidos en cuerpo y alma. Creyendo tal, sacrificaban a sus dioses, que no eran sino demonios, no por amor sino por miedo, y querían aventajarse unos a otros en ofrecer dones y sacrificios, para librarse con eso de la muerte. Servía a estos ídolos un gran número de religiosos o sacerdotes que eran tenidos por santos, y se alimentaban solamente de carne de niños cuya sangre bebían. Algunos de estos sacerdotes no tenían mujeres, sino en lugar de ellas muchachos de que abusaban; pecado tan común en estas regiones, que mozos y viejos le comían, y hasta niños de seis años a veces se hallaban infestados de él. Mas ahora, gracias a Dios, han comenzado muchos a seguir otro camino y convirtiéndose al cristianismo, piden con gran ansia el bautismo confesando sus pecados.

En esta provincia de México hemos bautizado yo y otro fraile mi compañero, más de doscientos mil, y aún tantos, que yo mismo no sé el número. Con frecuencia nos acontece bautizar en un día catorce mil personas; a veces diez, a veces ocho mil. Cada provincia, pueblo y parroquia tienen su iglesia o capilla, con imágenes de pincel, cruces y estandartes, que atestiguan gran amor y devoción a Dios Nuestro Señor. Todas las iglesias son grandes: unas de doscientos pies de largo, otras de trescientos. Guardaban éstos en aquestas regiones el rito de Salomón. Los hombres tomaban muchas mujeres, en especial los principales, quienes tenían cuatrocientas, a cien, a cincuenta y a diez. Así vivían estos hombres miserablemente engañados. Rogad, pues, hermanos carísimos, por el infeliz estado de estos naturales.

Digamos ahora algo de nosotros mismos y de nuestro estado: de cómo con tan grandes trabajos nuestros y peligros de tierra y mar llegamos por fin a puerto, que fui muchas veces tentado de volverme a Flandes. Pero el Señor me guió y libró: bendito sea por todos los siglos. Amén.

Deseo que sepáis, hermanos muy queridos, que salí de Gante, ciudad de Flandes con dos frailes mis compañeros, el uno de ellos Fr. Juan de Tecto, guardián de Gante, y el otro, Fr. Juan de Aora; y yo, Fr. Pedro de Mura, nacido en la ciudad de Iguen, de la provincia de Budarda, fui el tercero de estos compañeros. Juntos, pues salimos de Gante en el mes de Abril de 1522, en la octava misma de Pascua, y llegamos a España el 22 de julio. Allí nos embarcamos de nuevo o por última vez el 1° de mayo e 1523, y aportamos a

Villenque (Villa Rica) el 13 de agosto, le donde vinimos a México, quiero decir donde entonces estaba México, que ahora está en poder de cristianos. De allí pasé a otra provincia llamada Techucu, en la cual moré tres años y medio. Mis compañeros se fueron con el gobernador a otra tierra, donde murieron, habiendo padecido inmensos trabajos, por amor de Dios. Quedé yo solo, y permanecí en estas regiones con algunos frailes venidos de España. Estamos repartidos en nueve conventos, viviendo en las casas de los naturales, separados unos de otros siete millas o diez, y aun cincuenta. Así trabajamos en la conversión de estos infieles, cada uno según sus fuerzas y espíritu.

Mi oficio es predicar y enseñar día y noche. En el día enseño a leer, escribir y cantar; en la noche, doctrina cristiana y sermones. Por ser la tierra grandísima, poblada de infinita gente, y los frailes que predicán pocos para enseñar a tanta multitud, nosotros los frailes, recogimos en nuestras casas a los hijos de los señores y principales para instruirlos en la fe católica, y aquéllos después enseñan a sus padres. Saben estos muchachos leer, escribir, cantar, predicar y celebrar el oficio divino a uso de la iglesia. De ellos tengo a mi cargo en esta ciudad de México al pie de quinientos o más, porque es cabeza de la tierra. He escogido a unos cincuenta de los más avisados, y cada semana les enseño a una por uno lo que toca decir o predicar la dominica siguiente, lo cual no me es corto trabajo, atento día y noche a este negocio, para componerles y concordarles sus sermones. Los domingos salen estos muchachos a predicar por la ciudad y toda la comarca, a cuatro, a ocho, o diez, a veinte o treinta millas, anunciando la fe católica, y preparando con su doctrina a la gente para recibir el bautismo. Nosotros con ellos vamos a la redonda destruyendo ídolos y templos por una parte, mientras ellos hacen lo mismo en otra, y levantamos iglesias al Dios verdadero. Así y en tal ocupación empleamos nuestro tiempo, pasando toda manera de trabajos de día y de noche, para llevar finalmente a este pueblo infiel a la fe de Jesucristo. Yo por la misericordia de Dios y para honra y gloria suya, en esta provincia de México donde moro, que es otra Roma, con mi industria y el favor divino, he construido más de cien casas consagradas al Señor, entre iglesias y capillas, algunas de las cuales son templos tan magníficos como propios para el culto divino, no menores de trescientos pies y otras de doscientos. Cada vez que salgo a predicar tengo sobrado que hacer en destruir ídolos y alzar templos al Dios verdadero. Pues así estas cosas, os ruego, padres y hermanos muy amados, que os dignéis todos orar por mí al Señor, para que oyendo vuestras oraciones, me alumbre y conozca yo lo que debo hacer y lo haga, y perseverare siempre en su servicio y voluntad hasta el fin.

Desearía muy ardientemente que alguno de vosotros tomara sobre sí, por amor de Dios, el trabajo de traducir esta carta en lengua flamenca o alemana, y la enviara a mis parientes para que a lo menos sepan de mi algo cierto y favorable, como que vivo y estoy bueno. De lo cual sea a Dios gloria y alabanza.

No tengo por ahora más que escribir, aunque mucho pudiera contar de esta tierra, si no fuera porque del todo he descuidado mi lengua nativa. Por tanto, no añado más que esto: que tenga gran necesidad de un libro que se llama la Biblia, y si me lo mandaseis me haríais gran caridad. *Ca ye ixquichs ma moteneoa in toteh in totlatoauh in Jesu Christo*; que se traduce así: por lo demás no tengo ya que decir, sea loado Nuestro Dios y su bendito Hijo Jesucristo.

Fue escrita esta carta el 27 de junio de 1529 en el Convento de San Francisco de México.

b) *Carta de fray Pedro de Gante al emperador don Carlos V,
exponiéndole sus trabajos en la doctrina
e instrucción de los indios México,
31 de octubre de 1532*

Sacra Cathólica Cesárea Majestad:

Mucho quisiera que V. M. fuera informado de lo que aquí diré por letra de mi perlado y no atreverme yo a dezillo, y suplicar a V. M. condescienda a nuestra petición, que aunque piadosa no soy digno pedilla; empero sepa V. M. que de su licencia y mandado soy compelido, e aun reprendido porque antes no lo he dicho y le he avisado, para que V. M. fuese antes sabidor; pues es cosa tan cumplidera al servicio de Dios y de V. M. Parecióle a mi perlado que a mí me convenía escrevir ésta, como a persona que más he usado del oficio de Marta en este propósito, y por eso me atrevo a decillo a V. M., considerando también que V. M., ajeno de aceptación de personas, no mirará la letra ni la insuficiencia del que la envía, sino la sustancia de lo que en ella a V. M., se suplica, y con humildad en limosna se le pide.

Sabrá V. M., que yo soy un fraile lego, compañero de fray Juan de Tecto, guardián que era de Gante cuando V. M., a él y otro sacerdote y a mi nos envió a estas partes nueve años ha, como V. M., ya tendrá noticia. Los dichos fray Juan de Tecto y el otro sacerdote fueron con el marqués del Valle don Hernando Cortés a Cabo de Honduras, e a la vuelta fellecieron con tormenta y trabajos del camino. En este tiempo, después que en esta tierra entramos,

obrándolo el Señor he trabajado medianamente, como siervo sin provecho, en la conversión y doctrina de los naturales: mi oficio ha sido y es enseñarle la doctrina cristiana generalmente y dársela a entender en su lengua: esto a los principios en Tetzcuco y Tlaxcala; de seis años a esta parte en México y los pueblos comarcanos y otros pueblos más lejos, visitando y trabajando de destruir los ídolos y idolatrías. Allende desto y otros trabajos de diversas maneras tocantes a la conversión, que es largo de contar, he tenido y tengo cargo de enseñar a los niños y muchachos a leer y escrevir y predicar y cantar: en todo esto, como yo no so sacerdote, he tenido más tiempo e oportunidad. A esta causa, y por haber razonable habilidad en la gente para ello, hace aprovechado razonablemente; y sin mentir puedo decir harto bien, que hay buenos escribanos y predicadores o pláticos, con harto hervor, y cantores que podrían cantar en la capilla de V. M., tan bien, que si no se ve quizá no se creerá. Para enseñar y doctrinar estos muchachos, hace hecho dentro del sitio o corrales de nuestra casa, una escuela y capilla do continuamente cada día se enseñan quinientos y seiscientos muchachos, Junto a nuestro monesterio se ha hecho una enfermería para los enfermos naturales donde, allende de los que en casa se enseñan, vienen otros a ser curados, que es mucho refrigerio para los pobres y necesitados, y ayuda para la conversión; porque conocen la caridad que entre los cristianos se usa, y así son convidados a la fe y querernos bien, y conversar con nosotros. Para todo esto siempre procuro buscar la limosna que puedo, y trabajosamente se puede haber, porque los naturales son pobres todos los más. Los españoles, aunque hacen toda caridad, tienen otras necesidades propias que cumplir a que son más obligados. V. M., si manda porque del todo sea suya la obra, nos puede hacer limosna con que a nosotros nos quite de trabajo y se satisfaga a todas las necesidades de sus nuevos súbditos y vasallos, y sea aumento grande para nuestra sancta fe, y Dios Nuestro Señor dello muy servido y arras de gloria para V. M.; y si V. M., manda sean dos o tres mil hanegas de maíz cada año, los mil para la escuela y las otras para la enfermería y enfermos, esto o lo que V. M., mandare, es justo y muy bueno, y gran crédito y ejemplo para los naturales, que V. M., los ama y tiene por hijos; y así lo van cada día más conociendo por la rectitud que ven, que ahora más que otras veces se guarda en las cosas de justicia, y que son más favorecidos de parte y mandado de V. M.; que es gente que sabe distinguir lo bueno de lo no tal, y así desean de ser más sujetos solamente de V. M., que repartidos entre españoles.

Nuestro Dios conserve a Vuestra Sacra Católica Cesárea Majestad en su imperial estado y acreciente su vida y le dé lumbré con que siempre haga su

santa voluntad. Amén. De la ciudad de México, desta Nueva España, vigilia de Todos Santos, año del Señor de 1532 años.

Capellán y vasallo menor de V. M.

Fr. Pedro de Gante

P. S. En la enfermería que digo siempre hay muchos enfermos: a tiempos hay trescientos y cuatrocientos.

(Sello)

Sobre. Sacra Católica Cesárea Majestad.

c) *Carta de fray Pedro de Gante
al emperador don Carlos V, anunciándole
el fallecimiento del Ilmo. Zumárraga,
20 de julio de 1548*

Sacra Católica Cesárea Majestad:

Por otras cartas he escrito a V. M., acerca de las cosas deste su nuevo mundo. Lo que agora se me ofrece es que ha XXV años que estoy en estas partes, en servicio de Dios y de V. M., en este hábito de nuestro padre San Francisco con estos naturales, que los tengo a todos por mis hijos, y así ellos me tienen por padre. Y hago saber a V. M., que en todo este tiempo no he estado tan triste como el día de hoy, a causa que fue Dios Nuestro Señor servido de llevar a su gloria al nuestro bienaventurado padre, pastor y perlado, nuestro Fr. Juan Zumárraga; el cual era verdadero padre destes naturales, a los cuales amparaba y recogía debajo de sus alas. Fue siempre mi compañero en trabajos con ellos, y su ausencia me hace mucha falta. El trabajó como verdadero padre en el servicio de Dios y de V. M., en la conversión y doctrina destes naturales, así en lo espiritual como en lo temporal, dándoles limosnas e imprimiendo Doctrinas e obras a su costa, para instruirlos en lo necesario; y a causa de tantas limosnas y obras pías, así para casar huérfanas, como en sustentar viudas y hacer enfermerías entre los Religiosos como entre los naturales, dando y sustentando para ello lo necesario, quedó debiendo suma de pesos de oro a un mayordomo suyo que se dice Martín de Aranguren. A V. M., pido y suplico que en el vacante desta Iglesia se le haga la limosna al dicho para que sea pagado, y el ánima que tanto e con tan grandes trabajos ha pro, curado el

servicio de Dios y de V. M., en la reformación e confirmación de su santa fe en esta nueva tierra e gente sea descargada, la cual encargo a V. M. La gracia del Señor Santo more en el ánima de V. M. De México y de San Francisco, a 20 de julio de 1548 años. S. C. C. M. Capellán menor y siervo de V. M.

Fr. Pedro de Gante.

El Sobre: A la S. C. C. M. el Emperador Rey nuestro señor.

d) *Carta de fray Pedro de Gante al emperador don Carlos V,
exponiéndole el sensible estado a que tenía
reducidos a los indios el servicio personal de San Francisco de México,
15 de febrero de 1552*

Sacra Católica Cesárea Real:

El muy alto Emperador de los cielos, en cuyo lugar V. M., está en la tierra, le acreciente la vida y guarde su Real persona en su santo, servicio, para que sus vasallos y capellanes lo gocemos muchos años, favoreciendo a los pobres, y después de su bienaventurado tránsito, le dé la gloria. Amén. Yo soy un religioso de la orden del bienaventurado Sant Francisco, natural de la cibdad de Gante, capellán y siervo de V. M., que vine de la dicha cibdad a los reinos d'España en el armada que V. M., venía en compañía del padre Clupión, confesor suyo, que vino a desembarcar a Santander, en el navío en que ansimesmo venía Fray Joan de Teta, guardián del monesterio de Sant Francisco de Gante, el cual e otro religioso pasamos a estas partes de la Nueva España por mandado de V. M., y fuimos los primeros religiosos que en ella entraron. E fue Nuestro Señor servido de llevar al padre fray Joan de Teta y a el otro compañero, quasi luego como llegamos, porque murieron en el descubrimiento de Honduras yendo con el marqués, y hube de quedar yo solo haciendo con estos naturales lo que el Señor me inspiraba y procurando de los atraer a la fe. Y luego vinieron desde a poco otros 12 religiosos que V. M. envió. E aunque algunas veces tuve propósito de hacer relación a V. M., como persona que había sido el primero que a ella había venido, y con estos naturales había tratado y tanto trabajado, dejélo de hacer pensando que pudiera ir en persona a besar sus Reales pies, y le hacer relación de todo; pero viendo que se dilatava y que licencia no se me daba, y que ya era viejo y cerca a la

muerte, quise escribirle ésta, aunque breve, porque si Dios fuese servido de me llevar, descargase mi conciencia con V. M., suplicándole, como a vicario de Cristo, por el remedio destas ánimas recién convertidas, para que de V. M., reciban favor, y su doctrina y conversión vaya adelante, y V. M., pueda haber el premio de tanta multitud de ánimas que a Dios son convertidas. E assí le suplico que como piadoso los remedie y no consienta que se acaben, como llevan el camino sino les viene remedio.

Pues esta gente destos indios de la Nueva España son vasallos de V. M., justa cosa es que dél sean favorecidos como tales, y pues los religiosos estamos en esta tierra para su conversión y amparo, y V. M., así lo quiera, atrévome a le suplicar por el remedio de ellos, pues, para se poder salvar esta gente, han menester mucho ser sobrellevados para que vaquen algún tanto a las cosas de la Fe, pues no fueron descubiertos sino para buscalles su salvación. Lo cual, de la manera que agora van, ello es imposible, porque aun para de ver de buscar sus mantenimientos, les falta tiempo, y ansí se mueren de hambre y se despueblan por el demasiado trabajo. Bien creo que si las cédulas de V. M., que acá ha enviado en su favor, fueran complidas y los gobernadores y justicias no las dissimulasen, que vendrían y hubiera venido gran bien a esta gente: cierto yo bien creo que la intención de V. M., es que se salven e que conozcan a Dios: pues para esto necesario es que se les procure el sosiego, para que con mediano trabajo en el tributar, del todo se den a oír la doctrina e aquellos que a sus ánimas conviene, pues con justa razón se quejará Dios de lo contrario; pues vinieron a esta tierra los españoles y les han tomado sus haciendas, y se sirven de ellos, y V. M., tanto provecho haya sacado dellos; y que ellos se vayan al infierno como de antes, e que donde eran muchos, no hay aun pocos, pues en lo pasado no se puede se remediar, justa cosa es que en lo porvenir se remedie, y V. M., haga cumplir las cédulas que ha mandado enviar cerca de los servicios personales, porque una de las principales cosas que a esta gente destruye, es ello. Porque sepa V. M., Serenísimo Señor, que acaece salir el indio de su pueblo, e no volver allá en un mes, especial porque hay pueblos fuera desta cibdad cantidad de leguas; los cuales son obligados de servir su amo en México, de dalle indios de servicio, y servicio de hierba y leña y zacate e gallinas; e esto como los pobres de los indios lo han de comprar, porque en su pueblo no lo tienen, andan arrastrados y de día y de noche buscándolo, porque la orden que en esto de los servicios se tiene, es que cada día meten en casa del encomendero servicio, e así, lo han de comprar cada día, y desta manera, siempre están fuera de sus casas, y son tan maltratados de la gente, de esclavos, negros e criados de los tales, que en lugar de dalles de comer, los

maltratan de palabra y de obra malamente, y por esto se huyen e van a los montes porque sepa V. M., que los indios de servicio son esclavos de los negros, e así los mandan e castigan como el propio amo. Y porque es tan largo esto, no quiero en ello ser prolijo, más de que sé de cierto que, si esto no se quita, ellos se acabarán presto, pues se disminuyen como el pan que se va comiendo cada día. Por amor de Nuestro Señor, V. M., se compadezca dellos y considere lo que pasará la pobre de la india que está en su casa y no tiene quien la mantenga a ella y a sus hijos, pues su marido tiene harto que entender en buscar para el tributo de necesidad: ésta tal se ha de de ir y dejar la casa e irse del marido, e aun por ventura dejar los hijos perder; nunca en parte del mundo se vio tributar los hombres de lo que no tienen, como éstos, y así, como hayan de buscar el tributo fuera, nunca sosiegan. Pues finalmente, aviso como siervo a V. M., e como persona que mejor los conoce que otro ninguno y más cuenta con ellos tiene que, si V. M., no provee en qué tributen, como en España, de lo que tienen y no más, y que sus personas no sean esclavos y sirvan, la tierra se perderá, y de hoy en treinta años estarán más despobladas estas partes que las islas; e tanta ánima perdida y la conciencia de V. M., amaneillada, sino que dejadas sus personas libres y que ellos no sirvan, pues los españoles nunca sirvieron; de lo que el pueblo tiene, dé tributo a su amo, y de la granjería que vive y no más, sin que haya de morir buscándolo y su persona sirviendo, y desta manera, viendo esto, la tierra se reformará e la doctrina irá engiriéndose en ellos, y sus ánimas se salvarán, poque vacarán a la doctrina y sermón y no lo perderán por cosa ninguna, y les será el tributo causa donde no sus ánimas se irán al infierno, por no conocer a Dios, ni se confesar, ni oír misa ni doctrina. E a trueque de XXX o XL, años de servicio, perderán para siempre la tierra, pues sin indios no vale nada. Cierto, puede V. M., pensar qué sentirán los religiosos que vinieron a convertir estas ánimas, pues vinieron tanto tiempo ha, e tanta gente vieron en esta tierra que convertir; e habiendo de ir cada día en multiplicación, ya no hay nadie, y en lugar de ir aprovechando cada día más, se haya ido despoblando y desminuyendo; cierto, gran desconsolación ha sido para ellos. Torno a suplicar a V. M., que mire como buen pastor por sus ovejas, y que mire que Cristo Nuestro Redentor no vino a derramar su preciosísima sangre por sus tributos, sino por sus ánimas, pues vale más un ánima que se salve, que todo el mundo de cosas temporales. Cristianísimo es, y bien creo lo remediará y verá el buen celo que como religioso y siervo suyo me mueve: gran tristeza ha sido para mi ánima ver el provecho que a los principios se hacía, y como ya no hay nada, sino que donde las iglesias no cabían de gente, agora no se media, y esto porque

domingos y fiestas todo ha de ser buscar para tributar, y bien se puede creer, pues es tan miserable gente ésta, que mucha Bella no tiene aún qué comer sino raíces y hierbas. Una cosa se ha mandado de nuevo, lo cual creo que no es poca ocasión para del todo ser destruidos, y es que hacen estos indios que se alquilen contra su voluntad. Y la orden que en esto se tiene, es que tienen mandado que de los pueblos de diez leguas a la redonda vengan indios a se alquilar de todas las suertes de oficiales y de esotros; y el salario que les tienen señalado, es que ala gente común se les dé cada día doce maravedís, e a esotros no se a cuanto a más. Y viene el indio, cuando le cabe de servir, de diez leguas a esta cibdad, que las viene en dos días, y quedan sus hijos y mujer muriendo de hambre, y estáse en México aguardando quien lo alquile e vendiendo la ropa que tiene a cuestras para se mantener, porque acaece tres y cuatro días antes que lo alquilen; y después que ya se ha alquilado, danle por cada día doce maravedis, y come él los diez o todos, y sirve de balde, porque dellos se ha de mantener. Duéleme tanto decir esto que, por la pena que recibo, no quiero alargarme en ello, mas de que sepa V. M. que está el indio fuera de su casa un mes, y después que va, ha servido de balde y vendido su vestir y perdido de labrar su sementera y los hijos y mujer haber padecido el detrimento, y como se junta luego el tributar, y no lo tenga ni aun qué comer, y venga luego el servicio personal y ya haya perdido de labrar su sementera, a más no poder deja la casa perdida e vase. Pues vea V. M. como ha de ser este tal cristiano; antes creo que, si lo fuese, se tornaría moro, desesperado. Pues dejo aparte los muchos e malos tratamientos que reciben, que no quiero hablar en ello, porque sería nunca acabar, que nunca les falte el bofetón y remesón o palo. Por amor de Nuestro Señor, V. M., no consienta tan gran inhumanidad, y que provea cómo a éstos los dejen libres, y que si alguno quisiere alquilarse de su voluntad, oficial o no oficial, que sea de su voluntad, y que él se concierte con el español y que no sea forzado, ni tasado, evitando las cargas, porque los destruye el cargarse, porque si el indio se carga, es su granjería que trata, e aquello hócelo de su voluntad y es para sustentarse; mas por fuerza es causa de despoblarse. Y ansimesmo les tienen mandado que, de cada pueblo de las dichas diez leguas a la redonda, traigan como les cabe, cada indio una carga de leña a México, y lo que en ello hay y el agravio que reciben, es que está dos días en cortalla y traella a México y otro en volver a su casa, o otros dos, y ha venido cargado y muerto, e ha comido la miseria que tenía en su casa, y después dame por la carga medio real, habiendo él comido uno, y su trabajo en blanco. ¡Oh crueldad grande! Cierto, bien lo sintió D. Antonio de Mendoza, pues que diz que dijo que ello duraría poco, o la tierra

se destruiría. E cierto, él acertó en lo postrero, pues que a cabo de año y medio que ha que se usa, cada día hay gente menos en cada pueblo. Vasallos de V. M. son; la sangre de Christo costaron, sus haciendas les han tomado; razón será que se duela dellos, y pues están desposeídos de sus tierras, que en pago les ganen ánimas. Con avisar cumpló con lo que debo quanto a Dios, y con hablar por figuras, pues que para declarar esto, será menester cantidad de tiempo, V. M., como cristianísimo lo remedie, evitando en todo el servicio personal, e proveyendo que no se alquilen contra su voluntad, e que tributen de lo que en sus pueblos tienen, pues otro remedio ninguno hay, y mandando que lo que hasta agora se había hecho en lo de los esclavos de las minas, vaya adelante, y que no se consienta que los mineros los tengan encerrados, para que no puedan venir a pedir libertad; e al que la pidiere, brevemente se le haga justicia, sin dar lugar a pleitos ordinarios con ellos, proveyendo persona que brevemente les haga justicia, yendo por las minas y desagraviándoles, y no consintiendo V. M. que entre indios haya pleitos unos entre otros, porque va ya corruto esto, que ya no saben sino pleytos, y los escribanos bien llenos de negocios dellos, porque por nonada mueven pleitos, y por un poco de tierra, que vale nonada, gastan los tributos e propios del pueblo en pleitos, y andan tres y cuatro años en ellos. Y en esto hay tanta destrucción en ellos, que no es cosa de creer, porque se han hecho pleitistas, y en letrados y procuradores y escribanos e intérpretes, gastan lo que tienen, y lo que peor es, que sale del sudor de los maceguals, que por ventura vende lo que tiene para pleitar. E hasta aquí los concertábamos religiosos, y no consentían diferencias entre ellos, y en un día los concertaban e apaciguaban, de manera que quedaban contentos. Después que españoles les han metido en la cabeza que es mejor pleitos, destrúyenlos y engáñanlos, por servirse dellos, so color de favor, y están diferentes los pueblos unos entre otros, y gastan lo que tienen, y esto porque los principalejos, so color de seguir los pleitos, comen e beben e gastan el común del pueblo y el sudor de los maceguals y róbanlos, e todo se pierde; que certifico a V. M. que acaecido (ha) confederarse un español con otro entre indios indiferentes, e para poderse aprovechar dellos y pedilles qué tienen para pleitar, decilles que tienen justicia y que sacarán lo que piden, y que sin falta no habrá otra cosa; y hócenles servir, trabajar en sus casas y gástanles sus dineros, y quedan sin nada. Y la conciencia con que lo tal se hace, ya ve V. M., qué tal será. Y para esto, por ninguna vía les habían de consentir pleitos entre ellos, sino que los religiosos los concertasen, como hasta aquí, sin que gastasen sus haciendas y dejasen la doctrina y estuviesen ausentes de sus casas, y sobre todo, que vengan con estos pleitos cada día a las manos e a matarse

por ello. V. M., no lo consienta, ni dé lugar a ello, antes los remedie, para que se busque en todo la conservación y paz destes naturales, e que les favorezcan y no se sirvan tan inhumanamente, e que los traten como a prójimos. Bien creo que una de las partes que tiene necesidad esta tierra de remedio, es esta ciudad de México, los cuales, siendo en tiempo pasado señores e mandado toda la tierra, son agora esclavos, y aún más que esclavos; y como éstos sirvan a toda la cibdad, así a principales como a menores, y en especial en casa de los que gobiernan, padecen necesidad sus mujeres, porque está el indio un mes y dos en casa de el español sirviendo, y en especial en casa destes que en nombre de V. M., gobiernan, y su mujer le busca la comida para ella y para él y sus hijos y para tributar; y lo que ha de hacer el indio, hace ella, y se va la rodia a cargad para traer la leña y hierba, porque está su marido sirviendo personalmente, y no puede. Pues mire V. M., si será sufrible este trabajo; por cierto que cuanto a la sustentación y descanso, mejor lo pasan los perros que los indios, porque a los perros danles de comer, mas a éstos sírvense dellos y no se lo dan; pues como sea gente ésta desta ciudad de México tan pobres, por no tener turras, ni de qué se mantener sino del trabajo de sus manos, vea V. M., lo que padecerán. Y sobre todo, que aunque el indio sea oficial o principal, el tiempo que le cabe ha de servir, y es lástima que los niños hijos de los indios, de diez y doce años, vayan a buscar el maíz ocho y diez leguas, e a venir cargados con sus madres para se mantener a ellos y a sus padres, y buscar para pagar el tributo que han de dar de ochenta en ochenta días. Y como no tienen tierras donde sembrar, del trabajo de sus manos lo van a comprar, para comer y mantener a sus padres y pagar el tributo. Por amor de Dios, que V. M., provea que en ninguna manera, de cualquier condición que sea, persona alguna dellos no se sirva, e que del todo se corten estos servicios, y los dejen ser cristianos, pues aun las Pascuas no tienen para descansar.

En esta ciudad de México, dentro del patio de San Francisco, hay una capilla que se dice San Joseph, que fue la primera iglesia que en esto los religiosos de San Francisco han trabajado procuranlos indios, de los frailes de San Francisco, e yo he trabajado con ellos de día y de noche más ha de treinta años, estando continuamente con ellos en una escuela que está junto con esta capilla, donde les he enseñado cantar y' tañer, y enseñado la doctrina, y siempre he tenido cargo particular y cuenta con ellos. Y esta capilla de San Joseph, la han hecho de nueva buena y bien labrada, para celebrar con toda solemnidad los oficios divinos, donde al presente se celebran, y los confiesan y les predicán y les bautizan, y se hacen con ellos toda caridad, como V. M., creo sabe lo que en esto los religiosos de San Francisco han trabajado, procu-

rando la honra de Dios y la salvación de sus ánimas en todas las partes donde están monesterios dellos entre esta gente. Y porque por la gran pobreza que entre estos indios miserables hay, no van adelante con esto de la escuela, por causa de no tener mantenimientos ni qué comer; y para que esto fuese adelante y la dicha escuela no feneciese, pues tan necesaria es, donde deprenden los niños y mancebos indios la doctrina y se les aveza leer y escribir y cantar y tañer, y son causa de que se les celebre los oficios divinos devotamente, pues ellos sirven la misa; que V. M., como misericordioso, les hiciese mercedes, a estos indios y a la dicha escuela, dé alguna ayuda para la sustentación de los naturales, y para que los indios que en ella me ayudasen, como hasta aquí han hecho, tengan qué comer y de dónde pagar su tributo, y la doctrina de unos en otros fuese adelante, y se restaurase lo perdido. Y V. M., les hiciese merced de quinientos o seiscientos pesos cada año, atento a la mucha gente que se podría enseñar, y sería gran consolación para los naturales, considerado la necesidad que estos indios de México tienen, pues no tienen tierras, ni cosa de qué se mantener, sino del trabajo de sus manos, y que los oficiales de V. M., se les librasen y diesen de la manera que a V. M., pareciere; porque, cierto, sin ello, ello se perderá, porque por la falta del mantenimiento y seguirseles el tributar, deban de desamparada la escuela y doctrina. E cierto, se haría gran servicio a Dios, por la buena doctrina que habría, e los que naciesen y al presente son muchachos, y viendo la ayuda, se esforzarían e se haría una gran cosa y gran servicio a Dios. No puedo bien declarar el gran servicio que a Dios se haría y hará en ello, más de que por la obra se parecerá; y pues yo tengo de llevar el trabajo, justa cosa es que se me conceda la merced, atento a lo mucho que he trabajado con ellos, y que tengo intención de acabar mi vida en su doctrina. Y dame atrevimiento ser tan allegado a V. M., y ser de su tierra, y que lo que pido es servicio de Dios honra e provecho de V. M. E así, por amor de Nuestro Señor, se conceda, procurando su salvación y doctrina. Y V. M., les mande alcanzar algunas indulgencias de Su Santidad para la dicha capilla de San Joseph, e algún jubileo que en ella se gane, para que, con tales ayudas, vayan adelante e conozcan el favor de V. M., e ansi cadaño puedan ganar el jubileo y indulgencias que tiene concedido Su Santidad el Colegio de los niños que en esta ciudad está, para que, por intercesión del favor de V. M., Su Santidad la conceda a la dicha capilla, mandando que en ninguna manera obispos y otros perlados se entremetan en les tomar la dicha capilla y otras iglesias que en sus parrochias tienen, donde son consolados, ni que los clérigos se apoderen dellas para ser curas, pues para la conservación destes naturales tienen necesidad de religiosos, según que don Antonio de

Mendoza lo tenía ordenado, no consintiendo en ninguna manera dividir los indios, sino dejállos como se están, porque son destruílos; y en esto, como cristianísimo, V. M., haga según viere que conviene, pues que sabe que los indios se han criado con frailes. Un hospital tenían estos indios en esta cibdad, donde se curaban los indios enfermos, lo cual ellos hiecieron a su costa, y en él eran curados y consolados los indios enfermos; e para el colegio de los niños se lo tomaron, con cargo de hacerles otro tal y tan bueno; y demás del detrimento que han pasado los enfermos ha dos años, que nisi se hace el otro, ni se le vuelve el hospital. Por reverencia de Dios, que pues es tan necesario, V. M., se lo mande volver, o que con toda brevedad se les haga el otro, y no permitan que se mueran los enfermos por no tener donde se curar, haciendo V. M., merced al dicho hospital de alguna limosna para su sustentación y cura, y haciéndoles merced a estos pobrecitos de alguna limosna especial, y de se constituir V. M., por patrón del dicho hospital, para que estos indios sean consolados y entiendan las mercedes y conozcan lo que V. M., los quiere e hace por ellos, según que yo espero de su gran misericordia que usará con ellos. Y pues he dado cuenta y he suplicado, como siervo a Señor, agora queda las herramientas para la obra y oficiales que edifiquen, y para esto son menester frailes, que estamos muy pobres dellos, e hay casa entre estos naturales que no tiene sino a dos y tres frailes. Y para esto V. M., mande proveer para la obra de jesucristo de obreros y muchos y breve, y que algunos sean de Flandes y de Gante, porque en pensar los indios que quedan, cuando me muera, gente de mi tierra, pensarán\que no les haré falta. Y porque esto es tan necesario, quanto el pan para la sustentación, quédome y remítome a la misericordia y magnificencia de V. M., recordándole que envíe pastores para sus ovejas, no olvidando V. M., lo que tiene mandado sobre que se junten los indios y no estén derramados por los montes sin conocimiento de Dios, porque para acabar de se convertir esta gente, es necesarísimo, y para que los religiosos tengan cuenta con ellos y no anden buscándolos por los montes, pues de estar en los montes, no se sigue sino idolatrerías; y de estar juntos y visítallos, se sigue cristiandad y provecho a sus ánimas e cuerpos y que no se mueran sin fe e bautismo e sin conocer a Dios. Y pues una de las principales cosas para su salvación es, bien creo que, pues, se les sigue provecho en todo, V. M., lo proveerá como conviene. Nuestra Señor la Serenísima persona e Real estado de Vuestra Sacra Católica Cesárea Majestad, Nuestro Señor guarde e acreciente en su santo servicio, como sus súbditos y capellanes deseamos. Amén. - De San Francisco de México, a XV de Febrero de 1552.

Demás de lo dicho, son dos cosas muy necesarias, que V.M., Serenísimó Señor, ha de proveer, que son muy necesarias: la una es que la tierra de Xalisco que agora se convierte a Nuestro Señor e al servicio de V. M., deben ser reservados los indios de tributar y de servir. Y la causa es, porque es gente pobre e que no sabe qué cosa es servir, y montaraz, que toda la vida anda por el monte, y no saben qué cosa es tributar ni servir, y han menester estar algún tiempo en libertad, para que se les dé a entender la doctrina y vengan en conocimiento verdadero de la fe, e asienten e hagan casas e iglesias e reconozcan la verdad y se den a buen vivir, desechando las idolatrías. Y me parece que para esto sería menester que por spacio de XX o treinta años ninguna persona les pidiese cosa alguna, ni se sirviese dellos, porque, para haber de poblar, habrían menester éstos; y los religiosos que en su conversión entendiesen, tomarían gran aliento en ello; mas, si como hasta agora se hace, imponiéndoles en pedilles su lacería e sírvese dellos, ni ellos vendrán en conocimiento de la verdad, ni menos jamás se poblarán; antes V. M., perderá los vasallos y Cristo las ánimas que se podían salvar, y se hará gran deservicio a Nuestro Señor dello, porque son gentes de tal calidad, que acaece estar juntos mucha cantidad dellos que han venido de paz e a poblar, y estarles enseñando y convirtiendo, y entrar el español de cuya tierra son sujetos a se servir dellos y llevarles tributo, y luego desampararlo todo y irse al monte. Y no es poca la desconsolación que desto los religiosos reciben; e para mejor ser esto guardado, V. M., debe mandar que en todo este tiempo, sin extrema necesidad, español entrase en ellos por vías de estar con ellos, porque sería alborotillos, así porque siempre les piden o toman lo que tienen, como porque luego se quieren y sirven dellos.

Y lo otro, es que en todos los pueblos de indios desta Nueva España hay alguaciles y alcaldes y gobernadores indios, que el visorrey en nombre de V. M., constituye e nombra para el amparo de los naturales, y los indios son notoriamente agraviados en llevarles por cada mandamiento seis y ocho reales, porque hay pueblos questá en estancias de diez y veinte casas cada una, e casi en todas tienen alguaciles, y por llevarles sus haciendas, danles cada uno mandamiento por sí y llévanles más que vale el pueblo casi, porque como sea mísera gente, toda su hacienda no vale ocho reales; e podrían todos los nombres de los que se nombran por alguaciles de cada pueblo, ponelles en un mandamiento, e no hacelles costas; demás de que por gobernador e alcaldes, creo que lo llevan doblado, y como casi que de año a año o de dos a dos años se mudan, todo lo que tienen han menester vender para solamente pagar al

secretario lo que les pide y lleva por lo tales mandamientos. Y esto es muy necesario, porque estos indios no reciban tan grande agravio.

Mínimo siervo y capellán de V. M., que sus Reales pies y manos besa.

Fr. Pedro de Gante.

e) *Carta de fray Pedro de Gante*
al rey don Felipe 11, 13 de junio de 1558
(Principal)

Sacra Católica Cesárea Majestad:

Después que a mi noticia vino como Nuestro Señor había sido servido que por los grandes trabajos y enfermedades de que el Emperador nuestro Señor, padre de V. M., se sentía cargado, y para que como cristianísimo con más quietud y desembarazo de negocios tan arduos y trabajosos, para su edad no poco difíciles, y ansimismo necesarios para el esse (ser) y perpetuidad de nuestro augmentamiento en la fe católica y cristianismo, se había recogido, y traspasado en vida a V. M., como a hijo heredero suyo, el Estado, y con él estos reinos de la Nueva España, tuve determinado, como uno de los más particulares servidores de V. M., pues dende muy mozo siempre me he ocupado en cosas tocantes al servicio de la Corona Real, antes de mi conversión, y después acá muy mucho mejor. Para mayor evidencia de lo dicho, daré a V. M. relación (aunque no tan larga como pudiera, si fuera della necesaria, la cual dejo para evitar prolijidad) del suceso desta tierra, como hombre experimentado por experiencia muy larga de muchos años, como es menester a todo leal servidor, y para que V. M. hubiese alguna previa noticia para cuando alguna vez se ofreciere, que siempre se ofrecen cosas necesarias que suplicar a V. M., para el descargo de su real conciencia; de las cuales como V. M., está tan lejos y apartado y no las puede ver, ni su real presencia puede ser habida, tenemos necesidad los Religiosos, como leales servidores, desapasionados y libres de lo temporal, y deseosos de que lo espiritual permanezca, de le dar cuenta y relación e información; para que, como siempre el Emperador nuestro señor lo ha hecho con aquel celo cristianísimo de las ánimas, V. M., como tal e hijo de tal padre, Rey e señor nuestro, pues que Dios nuestro Señor nos le dió por tal, provea lo que más y mejor le pareciere convenir, según Dios, al bien de los pobres y ser de la tierra. Y es el caso que yo vine con S.

M., del Emperador nuestro señor cuando vino a España y desembarcó en Santander, con otros dos Religiosos en compañía del Clapión, su confesor. El uno se llamaba Fr. Juan de Teta, Guardián de Gante, servidor muy leal de V. M. En donde tuvimos nueva que Hernando Cortés había descubierto estas tierras y populosos reinos, a los cuales, deseando mejor y más cumplidamente servir a Dios y a la Corona Real, procuramos venir, y en llegando, con trabajos continuos trabajar en la viña del Señor conforme al talento poco o mucho de cada uno, y conforme a las fuerzas de cada uno y las que el Señor nos había dado, aprendiendo la lengua, cosa cierto en aquel tiempo muy difícil, pues eran gente sin escriptura, sin letras, sin caracteres, y sin lumbré de casa alguna, ni de donde nos poder favorecer, sino sólo de la gracia de Dios, con la cual fue servido en breve tiempo la supiésemos, y con ella procuramos de recoger los hijos de los principales y señores, y enseñalles la ley de Dios, para que ellos consiguientemente la enseñasen a sus padres y madres y a todos los demás: y esto por instrucción del capitán que entonces era Hernando Cortés, cierto de buena memoria, el cual luego fué gran parte y el todo para que el Evangelio de Dios fuese tenido y reverenciado, honrando a los ministros de él y teniéndolos en mucho, por lo cual fué digno, y lo son todas sus cosas en este mundo de honra, y en el cielo de gloria, como creo que la tiene, porque luego mandó a toda la tierra que de veinte y cuarenta leguas al rededor de donde estábamos, que todos los hijos de los señores y principales viniesen a México a San Francisco a aprender la ley de Dios y a la enseñar, y la doctrina cristiana, y así se hizo que se juntaron luego poco más o menos mili mochachos, los cuales teníamos encerrados en nuestra casa de día y de noche, no les permitiendo ninguna conversación con sus padres, y menos con sus madres, salvo solamente con los que los servían y les traían de comer; y esto para que se olvidasen de sus sangrientas idolatrías y excesivos sacrificios, donde el demonio se aprovechaba de innumerable cantidad de ánimas: por cierto cosa increíble que hubiese sacrificio de cincuenta mil ánimas. Doy esta relación a V. M. para que conozca qué trabajos pasarían los pobres Religiosos en semejantes casos y en cosas tan nuevas y con gente no sabia, y hoy en día pasan para conservar lo que con tanto trabajo han adquirido, y la necesidad que tendrán del favor de V. M., para lo sustentar, porque como no sea menos trabajo buscar lo adquirido que conservar las cosas ganadas, es necesario no falte el ayuda de vuestra invictísima Majestad; y así suplicando a V. M. me atrevo no mire a mis palabras ni a mis trabajas pobres en que yo he gastado mi vida sirviendo a V. M. (los cuales me dan atrevimiento a que en ésta vea el deseo que tengo toda mi vejez de ayudar a estos pobrecitos) sino a la muy real

sangre y obligación que V. M. tiene de aumentar la fe cristiana y conservarlos.

Es bien que V. M. sepa la orden que con ellos se ha tenido, para que vea en cuánta abatimiento y a cuántos trabajos se sujetaban los Religiosos, los cuales no son nada en comparación de otros que al presente no hacen al caso. Es que de mañana hacían los Religiosos se ayuntasen y rezasen y cantasen el Oficio menor de Nuestra Señora, dende Prima hasta Nona, y luego oían misa, y luego entraban a leer y a escrevir, y otros a enseñarse a cantar el Oficio divino para lo oficiar. Los más hábiles aprendían la doctrina para la predicar a los pueblos y aldeas, y después de haber leído, cantaban Nona de Nuestra Señora. Después de comer daban gracias al Señor, cantaban Oficios de Finados, rezaban los Psalmos y Canticum graduum, de tal arte que nunca estaban ociosos. Leían hasta Vísperas, las cuales cabadas, tenían otro rato de ejercicio en enseñar la doctrina y letras; que en aquel tiempo, como V. M. verá, no era poco difícil enseñalla. Tenia yo después de Completas una hora o casi de tiempo en que les predicaba y tomaba cuenta a los que predicaba a las ciudades populosas y aldeas, de cómo lo hacían, y todos así juntos, como los tenía, se iban a dormir hasta Maitines, a los cuales se levantaban grandes y chicos, haciendo tres veces en la semana disciplina para que el Señor los convirtiese. Toda la semana los más hábiles y alumbrados en las cosas de Dios estudiaban lo que habían de predicar y enseñar a los pueblos los domingos y fiestas de guardar, y los sábados los enviaba de dos en dos (que no había otro sino yo con otros religiosos que no éramos más de cuatro para un mundo) a cada pueblo al alderedor de México cinco y seis leguas, y a los de diez y de quince y de veinte algunas vedes, de veinte en veinte días, y a otras más o menos; salvo cuando era fiesta o dedicación de los demonios, que enviaba los más hábiles para las estorbar; y cuando algún señor hacía fiesta alguna en su casa secretamente, las mesmos que yo enviaba a ver me venían a avisar, y luego los enviaba a llamar a México y venían a llamar a capítulo, y los reñía y predicaba lo que sentía y según Dios me lo inspiraba. Otras veces los atemorizaba con la justicia, diciéndoles que les había de castigar, si otra vez lo hacían; y de esta manera unas veces por bien y otras por mal, poco a poco se destruyeron y quitaron muchas idolatrías: a lo menos los señores y principales iban alumbrándose algún poco y conociendo al Señor; y procuraba siempre de aficionarlos al yugo suave del Señor y a la Corona Real por buenas palabras y halagos, y otras veces por temores, aconsejándoles y declarándoles la diferencia sin comparación que había de servir a Dios y a la Corona Real, a servir al demonio y a estar tiranizados. Empero, la gente común estaba como animales

sin razón, indomables, que no los podíamos traer al gremio y congregación de la Iglesia, ni a la doctrina, ni a sermón, sino que huían desto sobremanera, y estuvimos más de tres años en esto, que nunca, como tengo dicho, los pudimos atraer, sino que huían como salvajes de los frailes, y mucho más de los españoles. Mas por la gracia de Dios empecelos a conocer y entender sus condiciones y quilates, y cómo me había de haber con ellos, y es que toda su adoración dellos a sus dioses era cantar y bailar delante dellos, porque cuando hablan de sacrificar algunos por alguna cosa, así como para alcanzar vitoria de sus enemigos, o por temporales necesidades, antes que los matasen habían de cantar delante del ídolo; y como yo vi esto y que todos sus cantares eran dedicados a sus dioses, compuse metros muy solemnes sobre la Ley de Dios y de la fe, y cómo Dios se hizo hombre por salvar al linaje humano, y cómo nació de la Virgen María, quedando ella pura e sin mácula; y esto dos meses poco más o menos antes de la Natividad de Cristo, y también diles libreas para pintar en sus mantas para bailar con ellas, porque ansí se usaba entre ellos, conforme a los bailes y a los cantares que ellos cantaban así se vestían de alegría o de luto o de vitoria; y luego, cuando se acercaba la Pascua, hice llamar a todos los convidados de toda la tierra, de veinte leguas al rededor de México para que viniesen a la fiesta de la Natividad de Cristo nuestro Redemptor, y ansí vinieron tantos que no cabían en el patio, que es de gran cantidad, y cada provincia tenía hecha su tienda adonde se recogían los principales, y unos venían de siete y ocho leguas, en hamacas enfermos, y otros de seis y diez por agua, los cuales oían cantar la mesura noche de la Natividad los ángeles: “Hoy nació el Redentor del mundo”. Desta manera que a V. M. he cantado vinieron a los principios por bien, y algunas veces por mal, a la obediencia de la Santa Iglesia y de V. M. Dende entonces se continuaban las iglesias y patios de gente, que no cabían a honra de nuestro Salvador jesucristo lo que antes se hacía a honra de los demonios. Considere V. M. qué trabajos se pasarían hasta venir a estos términos; y ansf estando ellos aquella noche de Navidad en el patrio de nuestro Padre San Francisco de México, con deseo y hervor de aprovechar la ley de Cristo nuestro Redentor, alzaron una cruz de doscientos pies de alto, la cual está hoy en día en el mismo patio. Por tanto, ya que V. M. no quiera mirar a mis trabajos, que han sido, como el Señor del mundo lo sabe, muy mortales y de gran peso y muy diversos, mire la obligación que tiene de que estos pobrecitos se salven, ya porque no puede por falta de quien dé aviso a V. M., yo como padre que he sido de sus antepasados y de los presentes, querría suplicar a V. M., que porque yo estoy muy viejo y cansado, y casi ya en lo último de mi vida, que V.

M., me conceda este galardón por última merced de mis servicios, y para bien universal de todos los fieles: que V. M. alcance indulgencia plenaria a todos los que se enterraren en el dicho patio de México en San Francisco, para que quedase perpetua memoria de V. M. y se conservase la doctrina que en el dicho patio de México en San Francisco, para que quedase perpetua memoria de V. M. y se conservase la doctrina que en el dicho patio se enseña, que ha que la tengo en mi poder más de treinta y cuatro años; y para que mayor sea la merced que V. M. les hiciere les favorezca (Testado: con alguna limosna para ornamentos y para paramentos), porque está muy pobre la capilla, siendo el templo donde viene la gente de cuatro leguas alrededor, que no cabe el patio de gente, donde cabrán más de sesenta mil hombres, y así en este tengo mi escuela, la cual ha conservado hasta agora, como arriba dije, donde se sirve Dios nuestro Señor muy mucho; y así por ser cosa tan notable vino a verla el Virrey y Oidores y perlados de nuestra Orden, y me mandaron de mi parte hiciese lo que pudiese, que de V. M. era hacer lo principal, que era ayudarlos y conservarlos. Enseníanse diversidades de letras, y a cantar y tañer diversos géneros de música: mire V. M. si es necesario ayudar esta obra y sustentalla, de donde salen jueces de los pueblo, alcaldes, regidores y los que ayudan a los frailes, y ellos enseñan a otros la doctrina y predicación, y a mí me ayudan en lo que conviene, porque yo, como a V. M. he escrito, no puedo valerme más de andar entre ellos con mi poca posibilidad, por lo cual querría suplicar a V. M., que atento a que el Emperador nuestro Señor y el Consejo de las Indias habida información del provecho que el servicio de Dios y a V. M. resulta desta capilla, para los muchachos delta se hizo una limosna, la cual mandaron fuese de penas de la cámara, y éstas son tan pocas, que se ha pasado un año que no las han dado, y pasa ya el año en que estamos, que no tendrán que córner: por tanto, V. M. mande que la limosna que se les ha de hacer sea de la caja, para que estos pobres y todos sus descendientes se conserven y no pierdan, permaneciendo en esta santa obra así lo s que enseñan la doctrina como los que espiritualmente ayudan a los indios de todos los pueblos, los cuales son casados con mujer e hijos. Y si esta merced V. M. no les hace, no se pueden sustentar ni vivir de su trabajo, por estar siempre, como digo, ocupados en el escuela, Oficio divino, y ayudado a todos los pueblos, que no es posible excusallos del trabajo en que se ocupan en ser tan necesario. Y esto pido y suplico a V. M. se cumpla con éstos, pues tan bien y tan fielmente me han ayudado, y ellos ayudan a otros y ayudarán, viéndose favorecidos de V. M. Hablo aquí solamente de solos los de México, que están y siempre han estado a mi cargo, que los demás, como ya hay algunos Reli-

giosos, aunque nonada para en comparación de los muchos que había de haber para tanta miese cómo hay, ellos tienen por allá cargo de sus escuelas, aunque no es tanta cantidad de gente como la desta ciudad de México, ni tanta la necesidad; y porque confío en Nuestro Señor, V. M. nos hará a todos sus siervos merced, no más de que quedo a Nuestro Señor suplicando nos deje gozar de V. M. por muy largos tiempos en paz y sosiego. De San Francisco de México, de 1558 - Beso los pies de V. M. su siervo y continuo orador. Fr. Pedro de Gante.

Después de haber escrito se me ofrecieron unos avisos que avisar a V. M. tocantes al repartir de los pueblos destas tierras a los españoles destas partes, los grandes inconvenientes que en ello hay. Lo primero que los españoles con los repartimientos de indios, a lo que se tiene entendido, están perpetuamente ellos y sus descendientes en peligro de su salvación, porque hacer curas de ánimas a hombres casados y con mujeres e hijos, con honras del mundo y sus cumplimientos, no parece poder guardar ni hacer lo que conviene a los unos y a los otros, sino de las rentas de V. M., en aquellas tierras dalles unos juros o rentas, y así estarán quietos, y asesegados, y no en tederán sino en sus haciendas y en cultivar la tierra, y habrá más lugar a los Religiosos y ministros en administrar la doctrina cristiana sin contradicción ninguna, y teniendo éstos suficiente pasadía no habrá temor de que la gente se alce; conociendo los naturales un Dios y un rey, no habrá tantas disensiones; y también se me ofreció que el Padre que la presente lleva, que se dice Fr. Diego de Béjar, uno de los que han trabajado apostolicamente en esta tierra, y sabe dos lenguas, mexicana y otomí, le mande V. M. volver con brevedad y cantidad de Religiosos para esta tierra, que tanta necesidad dellos tiene esta viña del Señor, y es persona de crédito, porque ha días también que está acá, y por la larga experiencia que tiene de la tierra. Como él dará parte a V. M. y larga relación, no digo más.

Beso los pies de V. M. su siervo y continuo orador. Fray Pedro de Gante.

El sobre: Al margen cristianísimo y Invictísimo Rey nuestro Señor D. Felipe, en sus reinos, nuestro señor.

(Escrita de mano ajena: la suscripción y el párrafo último después de la fecha y suscripción son de mano propia. Cuatro hojas, con la del sobre) (copia moderna).

Carta de fray Pedro de Gante al rey don Felipe II (Duplicado)

Sacra Católica Cesárea Majestad:

Después que a mi noticia vino como Nuestro Señor había sido servido que por los grandes trabajos y enfermedades de que el Emperador nuestro señor, padre de V. M., se sentía cargado, y para qué como cristianísimo con más quietud y desembarazado de negocios tan arduos y trabajosos para su edad como los que traía, y tan necesarios para la existencia y perpetuidad de nuestro cristianismo, se había recogido, y traspasado en vida a V. M., como a hijo heredero suyo, el Estado, y con él estos reinos de la Nueva España, tuve determinado, como una de los más particulares servidores suyos (pues desde muy mozo siempre me he ocupado en cosas tocantes al servicio de la Corona Real, antes que tomase el hábito en lo que pude, y después acá muy mejor), darle cuenta del estado y suceso desta tierra, como hombre experimentado por experiencia tan larga de muchos años, como es menester para que V. M. tuviese alguna previa noticia para cuando alguna vez se ofreciere, que siempre se ofrecen cosas necesarias que suplicar a V. M., para el descargo de su real conciencia; de las cuales, como V. M. e está tan lejos y apartado y no las puede ver, ni su real presencia puede ser habida, tenemos necesidad los Religiosos, como leales servidores suyos desapasionados y libres de lo temporal y deseosos de que lo espiritual permanezca, de le dar cuenta y relación e información, para que como siempre el Emperador nuestro señor lo ha hecho con aquel celo cristianísimo de las ánimas, V. M. tamo tal e hijo de tal padre, pues Dios fue servido de nos le dar por señor en tal tiempo, en el cual tan necesario era a la Iglesia suya un tal rey y príncipe, provea lo que más y mejor le pareciere convenir, según Dios, al bien de los pobres y existencia de la tierra: y es el caso que yo vine con S. M. el Emperador nuestra señor cuando vino a España y desembarcó en Santander, con otros dos religiosos, en compañía de Clapión, su confesor. El uno se llamaba Fr. Juan de Teta, Guardian de Gante, y el segundo se llamaba Fr. Juan también, los cuales son muertos, y a mí me llaman Fr. Pedro de Gante, servidor muy leal de V. M. En donde tuvimos nueva que Hernando Cortés había descubierto estas tierras y populosos reinos, a los cuales, deseando mejor y más cumplidamente servir a Dios y a la Corona Real, procuramos de venir, y en llegando incansablemente trabajar en la viña del Señor conforme al talento poco o mucho de cada uno, y conforme a las fuerzas que Dios le había dado, aprendiendo la lengua, cosa

cierto en aquel tiempo muy dificultosa, pues era gente sin escritura, sin letras, sin caracteres y sin lumbre de cosa ninguna, ni de donde nos poder favorecer sino sólo de la gracia de Dios, con la cual fue servido en breve tiempo la supiésemos y con ella procuramos de recoger los hijos de los principales y señores, y enseñalles la ley de Dios, para que ellos consiguientemente la enseñasen a sus padres y madres y a todos los demás, y esto por instrucción del capitán, que entonces era Hernando Cortés, de buena memoria. El cual luego fue gran parte o casi el todo para que el Evangelio de Dios fuese tenido y reverenciado, honrando a los ministros dél y reverenciándolos, por lo cual fue digno y lo son todas sus cosas en este mundo de honra y en el cielo de gloria, como creo que la tiene, porque luego mandó a toda la tierra que de veinte y cuarenta leguas alrededor de donde estábamos, que todos los hijos de los señores y principales viniesen a México a San Francisco, a aprender la ley de Dios y a la enseñar y la doctrina cristiana, y así se hizo, que se juntaron luego, pocos más o menos, mil muchachos, los cuales teníamos encerrados en nuestra casa de día y de noche, y no les permitíamos ninguna conversación, y esto se hizo para que se olvidasen de sus sangrientas idolatrías y excesivos sacrificios, donde el demonio se aprovechaba de innumerable cantidad de ánimas; parece, cierto, casa increíble que hubiese sacrificio de cincuenta mil ánimas. Doy esta relación a V. M, para que conozca qué trabajos pasarían los pobres religiosos en semejantes negocios, y lo que hoy día pasarán para conservar lo que con tanto trabajo han adquirido, y la necesidad que tendrán del favor de V. M. para lo sustentar, porque no sea peor la recaída que no la caída, y así suplico a V. M, todo lo vea, considerando más mi gran voluntad, que es en todo y por todo servirle, que no mis simples palabras y llanas.

La orden que con ellos se ha tenido es que luego de mañana cantaban y rezaban el Oficio Menor de Nuestra Señora dende Prima hasta Nona, y luego oían su misa, y cuando no era tiempo de ayuno, los que querían almorzaban, y luego entraban a leer y a enseñar a leer y escribir, y algunos a cantar para servir y officiar el Oficio Divino, y los más hábiles aprendían la doctrina de coro; así como son Artículos y Mandamientos, con lo demás, para lo enseñar y predicar a los pueblos y a las aldeas; y después de haber leído cantaban Nona de Nuestra Señora y entrábanse a comer, y dadas gracias cantaban el Oficio de Finados par la semana, y el viernes los Salmos penitenciales y el sábado *Canticum graduum* y descansaban un rato, y después entraban a leer hasta Vísperas, las cuales acabadas, tenían otro ejercicio de media hora, poco más o menos, y después de cenar decían sus Completas de Nuestra Señora, y luego tenían sermón hasta las ocho, donde se ensayaban para ver quién era

más habil para ir a predicar a los pueblos, y luego se iban a dormir hasta Maitines, y todos juntos se levantaban a ellos, los cuales acabados, tenían un poco de oración, y lunes y miércoles y viernes hacían su[s] disciplinas, y esta orden tuve y se guardó muchos años; y por toda la semana los más hábiles y alumbrados en las cosas de Dios estudiaban lo que habían de predicar y enseñar a los pueblos los domingos y fiestas de guardar, y los sábados los enviaba en dos en dos a cada pueblo alrededor de México, dos y tres y cuatro y cinco y seis leguas, y a los otros de diez y de quince y de veinte leguas, y algunas veces de veinte en veinte días, y a otros más o menos, salvo cuando era fiesta o dedicación de los demonios, que enviaba los más hábiles para las estorbar; y cuando algún señor hacía fiesta en su casa secretamente, los mismos que yo enviaba a ver me venían a avisar y luego los enviaba yo a llamar a México, y venían a capitulo y las reñía y predicaba lo que sentía y según Dios me lo inspiraba. Otras veces los atemorizaba con la justicia, diciéndoles que los habían de castigar, si otra vez lo hacían; y desta manera, unas veces por bien y otras veces por mal, poco a poco se destruyeron y quitaron muchas idolatrías, a lo menos los señores y principales iban alumbrándose algún poco y conociendo al Señor, y procuraba siempre de aficionarlos al yugo suave del Señor y a la Corona Real por buenas palabras y halagos, y otras veces por temores, aconsejándoles y declarándoles la diferencia sin comparación que había de servir a Dios y a la Corona Real, a servir al demonio y estar tiranizados. Empero, la gente común estaban como animales sin razón, indomables que no los podíamos traer al gremio y congregación de la Iglesia, ni a la doctrina, ni a sermón, sino que huían desto como el demonio de la **†**, y estuvimos más de tres años en esto, que nunca, como tengo dicho, los pudimos atraer, sino que huían como salvajes de los frailes, y mucho más de los españoles; mas por la gracia de Dios empecélos a conocer, y entender sus condiciones y quilates, y cómo me debía haber con ellos, y es que toda su adoración dellos a sus dioses era cantar y bailar delante dellos, porque cuando habían de sacrificar algunos por alguna cosa, así como por alcanzar vitoria de sus enemigos, o por temporales necesidades, antes que los matasen habían de danzar delante del ídolo; y como yo vi esto y que todos sus cantares eran dedicadas a sus dioses, compuse un cantar muy solemne sobre la ley de Dios y de la fe, y cómo Dios se hizo hombre por salvar el linaje humano, y cómo nació de la Virgen María, quedando ella pura y entera, y esto poco más o menos dos meses antes de la Navidad de Cristo; y también diles libreas para pintar en sus mantas para bailar con ellas, porque así se usaba entre ellos, conforme a los bailes y a los cantares que ellos cantaban, así se vestían de

alegría o de luto o de vitoria; y luego cuando se acercaba la Pascua, hice llamar a todos los convidados de toda la tierra, de diez leguas a la redonda de México, y demás, para que viniesen a la fiesta de la Natividad de Cristo nuestro Redemptor, y así vinieron tantos que no cabían en el patio, aunque es harto grande, y cada provincia tenía hecho su jacal adonde se recogían los principales y unos venían de siete y ocho leguas en hamacas enfermos, y otros de seis y siete leguas por agua, los cuales oían cantar la misma noche de la Natividad los ángeles en el cielo, que decían: “En tal noche nació el Redemptor del mundo”, y otras palabras semejantes, así que desta manera vinieron primeramente a la obediencia de la Iglesia, y desde entonces se hinchen las iglesias y patios de gente; y muchas cirimonias que ellos tenían, dedicadas a los demonios, en cortar los cabellos, por los cuales conocían la dignidad de cada uno, y todo lo iban quitando de tal manera, que en poco tiempo no había memoria de ello; de manera que ésta fue la entrada primera dellos, en la noche de la Natividad de nuestro Redemptor, y en el patio de San Francisco de México y así alzaron luego una cruz en él, casi de doscientos pies en alto, en memoria de la bandera y estandarte de Cristo, la cual está hoy en día, que es más alta que ningún campanario de toda la tierra: por tanto quería suplicar a V. M., que por cuanto yo estoy ya muy viejo y cansado, y casi en la sepultura, que V. M. me conceda esta merced, por último galardón de mis servicios y para el bien universal de todos los fieles: que V. M. alcance indulgencia plenaria a todos los que se enterraren en el dicho patio de México de San Francisco, para quedase perpetua memoria de V. M. y de la conversión de todas, pues es la cabeza de todos y la más antigua, y por eso se llama San Joseph de Betlem, pues que en ella nació Cristo, y así solía ser de pala como un portal pobre. Empero agora es una capilla muy buena y muy vistosa, y caben en ella diez mill hombres y en el patio, caben más de cincuenta mill, y en ella tengo mi escuela de niños donde se sirve Dios Nuestro Señor muy mucho; y así lo vino a ver el Virrey, Oidores y nuestros padres y prelados, y dijeron que era una cosa muy necesaria al servicio de Dios y de V. M., y así me encargaron muy mucho le conservase, porque en ella aprender a ler y escribir muy muchos indios que traen toda la masa de la tierra y son coadjutores de los Religiosos, y los ayudan a administrar la lengua y Sacramentos, y para alcaldes jueces y regidores y gobernadores, y ellos son los que enseñan ya a los otros y me ayudan en todo lo que conviene, porque yo ya, como dicho tengo, no puedo ni tengo fuerzas, por lo cual querría suplicar a V. M., que atento a que el Emperador nuestro Señor y el Consejo de las Indias, habida información del provecho que al servicio de Dios a V. M. resulta desta

capilla, para los muchachos delta se hizo una limosna la cual mandaron fuese de penas de la Cámara, y éstas son tan pocas que se ha pasado un año que no les han dado nada, y corre este sin esperanza de lo haber, que V. M. mande que la limosna que se les ha de hacer sea de la caja y de toda la real hacienda de V. M., para que estos pobres permanezcan aquí y tengan que comer, porque son pobres y trabajan mucho en hacer los divinos oficios y enterrar los muertos, y en cosas que son menester al servicio de Nuestro Señor, trayendo los niños al escuela y enseñándoles pulicía para que sepan leer, escrebir y cantar y la doctrina cristiana; y estos son casados con mujer e hijos, y si no se les hace esta merced, no se pueden sustentar ni vivir de sus trabajos, por estar, como digo, siempre ocupados en el escuela, y ser su ocupación tan necesaria y provechosa. Y esto pide y suplica a V. M. se cumpla con éstos, pues tambien y tan fielmente me han ayudado y ayudan y ayudarán viéndose favorecidos; y aquí hablo de solos los de México, que están y siempre han estado a mi cargo, que los demás, coma ya hay algunos Religiosos, aunque nonada en comparación de los muy muchos que son menester para tanta miese como hay, ellos tienen por allá cargo de sus escuelas, porque en cada casa las tenemos.

Estando escribiendo se me ofrecieron avisos para avisar a V. M. y es de los grandes inconvenientes que hay en repartir los pueblos a los españoles, que antes permita V. M. en dalles de sus rentas cosa de juros y rentas, que no repartir la tierra. Los daños son éstos: lo primero, que los españoles con los repartimientos de indios, a lo que se tiene entendido, están perpetuamente ellos y sus descendientes en peligro de su salvación: porque hacer curas de ánimas a hombres casados y con mujeres y hijos, con honras del mundo y sus cumplimientos, no parece poder guardar ni hacer lo que conviene a los unos ni a los otros; y con las rentas que V. M. les diere estarán sus conciencias quietas, sin cargo de conciencia, y cultivarán la tierra, y no tendrán que ver con indios y no tienen ocasión, teniendo esto, de tener competencias con los ministros de la doctrina... como cada día acontece, sino habrá gran lugar para que la doctrina se plante y sean cristianos, y ansí no se puedan levantar contra la Corona Real, porque como no tengan más de un Dios, y un señor temporal que los rifa y mantenga y sustente paz y justicia, no hay lugar de los unos y los otros desmandarse; y como espero V. M. con celo de que esto vaya adelante lo hará y proveerá, no digo más de que quedo rogando a Nuestro Señor por muy largos años nos deje gozar de V. M. en mucha paz y sosiego. De San Francisco de México de junio 23 de 1558 años. Besa los pies de V. M. su siervo y continuo orador. Fray Pedro de Gante.

En el sobre:

Al muy Cristianísimo y Invictísimo Rey nuestro señor D. Felipe, en sus reinos nuestro señor.

(De mano propia: cuatro páginas) (del original).

f) Primera biografía de fray Pedro de Gante escrita por fray Jerónimo de Mendieta y utilizada posteriormente por todos los cronistas franciscanos e historiadores ulteriores

Síguese la vida de fray Pedro de Gante, luego después de la del arzobispo santo, así por el buen testimonio que se da del en la vida del dicho arzobispo, como porque fue de los primeros religiosos que vinieron a esta tierra de la Nueva España a la conversión de este nuevo mundo.

El Varón de Dios, Fray Pedro de Gante, fué uno de los tres primeros religiosos que pasaron a esta Nueva España, el año de 1523. Los otros dos que fueron sacerdotes, se llamaron Fray Joan Tecto (*sic*) y Fray Joan de Aora, todos tres de nación flamencos. Fray Joan Tecto (*sic*) murió en las Yhueras (*sic*), que es junto a Honduras, donde fué a predicar el santo Evangelio con Don Hernando Cortés; y así no se trata aquí de su vida. Fray Joan de Aora está enterrado en Tezcucu, donde se tratará dél. Fray Pedro de Gante fue natural de la ciudad de Yguen dé la provincia dicha Budarda. Por huir los deleites de la carne, con los cuales suele el demonio atraer y convidar a los mancebos al tiempo que les empieza a hervir la sangre, tomó en su juventud el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religión del Padre San Francisco. Y aunque por su suficiencia pudiera ser del coro, no quiso sino ser lego por su gran humildad. En la cual mudanza mostró bien ser varón de mucha caridad y maciza cristiandad. Morando en el convento de Gante y oyendo la nueva que volaba por toda la tierra, cómo don Hernando Cortés había descubierto y conquistado la tierra firme de la Nueva España, poblada y llena de gente bárbara idólatra, movido con espíritu de Dios y celo de la salvación de las almas, vino a ella en compañía de su mismo guardián, Fray Joan de Tecto, y otro religioso, como arriba se dijo. Era Fray Pedro de Gante muy ingenioso para todas las buenas artes y oficios provechosos a la humana y cristiana policia. Y así parece que lo proveyó Nuestro Señor en los principios de la conversión destes naturales, necesitados de semejante ayuda, para que los

guiase e industriase no sólo en las cosas espirituales de la salvación de sus almas, mas también en las temporales de la humana industria, que a los rudos abren los ojos del entendimiento para entrar en las cosas del espíritu. Fue el primero que, en esta Nueva España, enseñó a leer y escribir, cantar y tañer instrumentos musicales, y la doctrina cristiana; primeramente en Tezcuco a algunos hijos de principales, antes que viniesen los Doce, y después en México donde residió cuasi toda su vida, salvo un poco de tiempo que fue morador en Tlaxcala. En México hizo edificar la sumptuosa y solemne capilla de San José, a las espaldas de la humilde y pequeña iglesia de San Francisco; donde se juntan los naturales para oír la palabra de Dios y los oficios divinos y enseñarse en la doctrina cristiana, los domingos y fiestas. También hizo edificar la escuela de los niños, donde, a los principios, se enseñaron los hijos de los señores de toda la tierra y agora se enseñan los de la misma ciudad de México. Y junto a la misma escuela ordenó que se hiciesen otros aposentos o repartimientos de casas, donde se enseñasen los indios a pintar; y allí se hacían las imágenes y retablos para toda la tierra. Hizo enseñar a otros en los oficios de cantería, carpintería, sastres, zapateros, herreros y los demás oficios mecánicos, con que comenzaron los indios a aficionarse y ejercitarse en ellos. Tenia Fray Pedro junto a la escuela, una celda para recogerse a ratos entre día, y allí se daba a la oración y lección y otros ejercicios espirituales. Y a ratos salía a ver lo que los indios hacían. Su principal cuidado era en que los niños se juntasen y fuesen enseñados, así en la doctrina cristiana como en leer, escrebir y cantar, y en las demás cosas en que los ejercitaba. Y por el consiguiente que los adultos diesen cuenta de la doctrina y se juntasen, todos los domingos y fiestas, a oír misa y palabra de Dios. Entendía en examinar los que se hablan de casar, y aparejar los que se habían de confesar y los que habían de recibir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Predicaba cuando no había sacerdote que supiese la lengua de los indios, la cual él supo muy bien; puesto que era naturalmente tartamudo que por maravilla los frailes le entendían, ni en lengua mexicana los que la sabían, ni en la propia nuestra. Pero era cosa maravillosa que los indios le entendían en su lengua, como si fuera uno de ellos. Compuso en ella una doctrina que anda impresa bien copiosa y larga. Instituyóles las cofradías que tienen; y fue siempre aumentando el ornato del culto divino, así en tener buena copia de cantores y menestres, como en ornamentos para celebrar los oficios divinos en la capilla de San José, y en andas, cruces y ciriales para las procesiones; que creo no las hay en tanto número en ninguna ciudad de la cristiandad. Edificó muchas iglesias, algunas en la ciudad de México y otras en los pueblos de la comarca. En estas obras y

otras semejantes se ocupó este siervo de Dios cincuenta años que estuvo en esta tierra (porque vino mancebo a ella), con grandísimo ejemplo y honestidad de su persona y con una libertad apostólica, sin pretender otro interés más que la gloria y honra de Dios y edificación de las almas; mediante lo cual fueron sin número las que ganó, para Cristo. Y a esta causa fue muy querido, como se vio muy claro en todo el discurso de su vida. Y con ser fraile lego, y predicarles y confesarles los otros sacerdotes, grandes siervos de Dios y prelados de la Orden al Fray Pedro sólo conocían por particular padre y a él acudían con todos sus negocios, trabajos y necesidades; y así dependía dél principalmente el gobierno de los naturales de toda la ciudad de México y su comarca, en lo espiritual y eclesiástico; tanto que solía decir el segundo arzobispo, Don Fray Alonso de Montúfar, de la Orden de los Predicadores: “Yo no soy Arzobispo de México, sino Fray Pedro de Gante, lego de San Francisco.” Y a la verdad, el Fray Pedro lo hubiera sido, si quisiera ordenarse sacerdote. Porque el Emperador Carlos Quinto de gloriosa memoria, como era de su patria y tenía entera noticia de /f. Iiv./ su persona y vida, lo estimaba mucho. Y quieren decir lo convidó con el arzobispado* de México. Mostró muy tierno y singular amor a los indios naturales; y, porque tuviesen suficiente doctrina, escribió algunas cartas a los religiosos flamencos de su nación, y, en especial, a aquellos que él conocía y con quien se había creado en la religión, exhortándolos que viniesen a esta nueva tierra a cultivar la viña del Señor que, en aquellos tiempos, estaba falta de obreros.¹ Tenían los naturales también a este siervo de Dios mucho amor, en especial, los de México. Lo cual mostraron claro, volviendo Fray Pedro de Tlaxcala para México, habiendo allí estado un poco de tiempo por la obediencia. Porque le salieron a recibir en la laguna grande de Texcuco con una hermosa flota de canoas, haciéndole una solemne fiesta, a manera de guerra naval con sumo regocijo. Una india mexicana tenía por devoción vestir algunos frailes y fuelo a tratar un día con un siervo de Dios, llamado Fray Melchor de Benavente que, en aquella sazón, tenía cargo de los Indios en la capilla de San José, en la ciudad de México, y díjole: “Padre yo quiero vestir cinco religiosos, y a ti con ellos, que seréis seis.” Y fuelos nombrando por sus nombres y, entre ellos, nombró al santo varón Fray Pedro de

* En el original: arzobispo. Sobre la veracidad de esta afirmación cf. Diego Valadés, *Rhetorica christiana* (Perusa, 1579); p. 222; *cuius rei certissimus testis esse possum, utpote qui multas responsiones eius nomine conscripserim*.

¹ Compárense estos datos con los que suministra el mismo Pedro de Gante en su carta del 27 de junio de 1529, y se verá que Mendieta conoció la dicha carta y que de ella tomó los datos referidos.

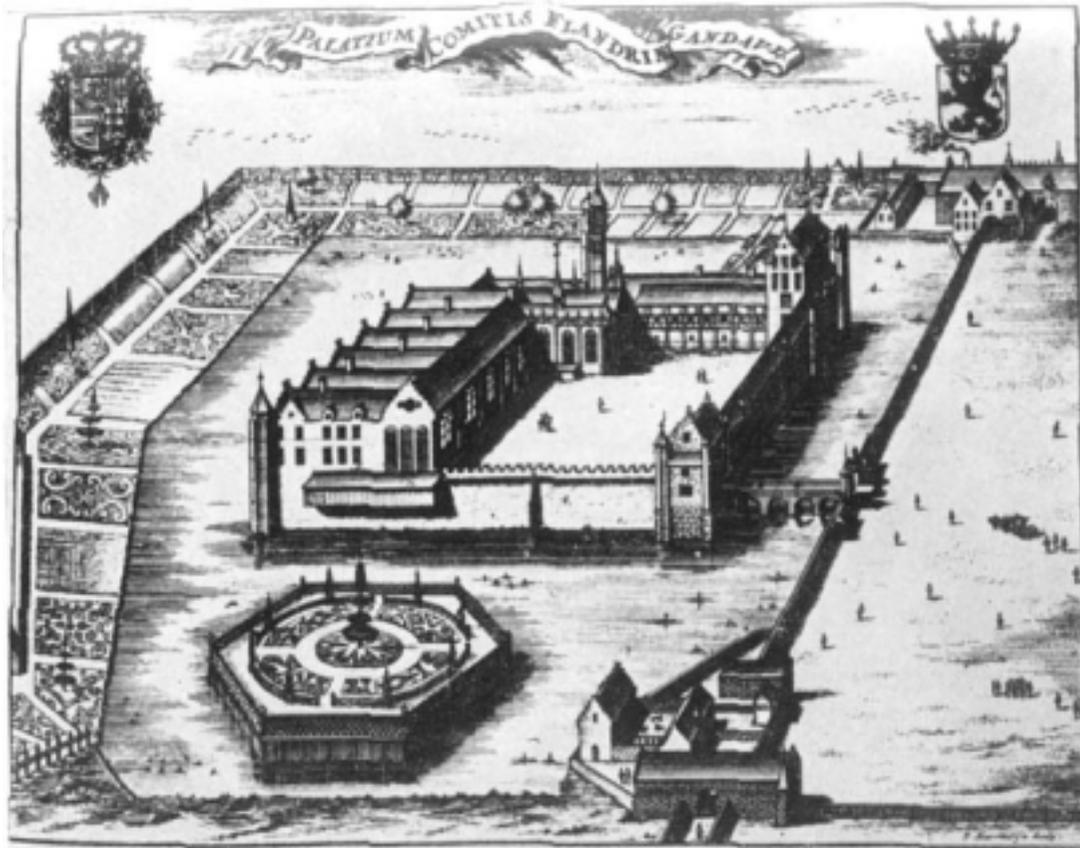
Gante que ya era difunto. A lo cual respondió Fray Melchor de Benavente: “Hija no sabes que Fray Pedro de Gante pasó desta vida y es difunto?” Ella replicó: “Padre, yo lo doy en ofrenda a Fray Pedro de Gante, dalo tú a quien quisieres.” Tanto era el amor que le tenían los naturales a este siervo de Dios, aun después de muerto. Trabajó mucho Fray Pedro en esta viña del Señor, especialmente en los principios, quebrando muchos ídolos y destruyendo muchos de sus templos. Edificó más de cien iglesias en que se invocase el nombre del verdadero Dios. Fue tentadísimo del demonio para tornarse a Flandes y dejar tan alta empresa; mas, con la ayuda del Señor, venció la tentación y fue quebrado el lazo y el siervo de Dios libre; según él lo confesó en la carta que escribió a los padres en Flandes. Fue varón de mucha humildad, la cual mostró en que desechó y no hizo caso de tres licencias que le enviaron, sin él procurarlas ni saber deltas, para ordenarse sacerdote. La primera del Papa Paulo Tercio, la segunda del capitulo general celebrado en Roma, siendo generalísimo de la Orden Fray Vicente Lunel; porque oyendo su fama los padres que allí se juntaron, les pareció que tal varón no había de estar en estado lego. La tercera de un nuncio apostólico que estuvo en corte del César, Carlos Quinto, y sería por ventura a contemplación del mismo César que, según se dijo arriba, aun arzobispo lo quiso hacer. Mas todo esto tuvo el verdadero siervo de Cristo por estiércol y vanidad, sólo para ganar a Christo, humilde, queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocación con que fue llamado al estado monástico. Murió año de mil y quinientos y setenta y dos, en cuya muerte sintieron los naturales muy grande dolor y pena, porque demás de acudir a su enterramiento copiosísimo concurso dellas, con derramamiento de lágrimas, muchos dellos se pusieron luto por él, como por verdadero padre que les había faltado. Y después de haberle hecho muy solemnes exequias todos ellos en común, se las hicieron en particular cada cofradía por sí y cada pueblo y aldea de la comarca y otras personas particulares, con largas y abundantes ofrendas. Hiciéronle también su cabo de año con mucha solemnidad. Fue tanto lo que ofrecieran por el siervo de Dios, Fray Pedro, que hinchieron el convento de San Francisco de México, aquel año, de mucha provisión y vituallas. Pidieron su cuerpo los naturales a los prelados de la Orden para ser sepultado en su solemne capilla de San José. Concediéronselo y tiénenlo allí el día de hoy en mucha veneración y su figura sacada al natural de pincel. Y cuasi en todos los principales pueblos de la Nueva España lo tienen pintado juntamente con los Doce primeros fundadores desta Provincia del Santo Evangelio.



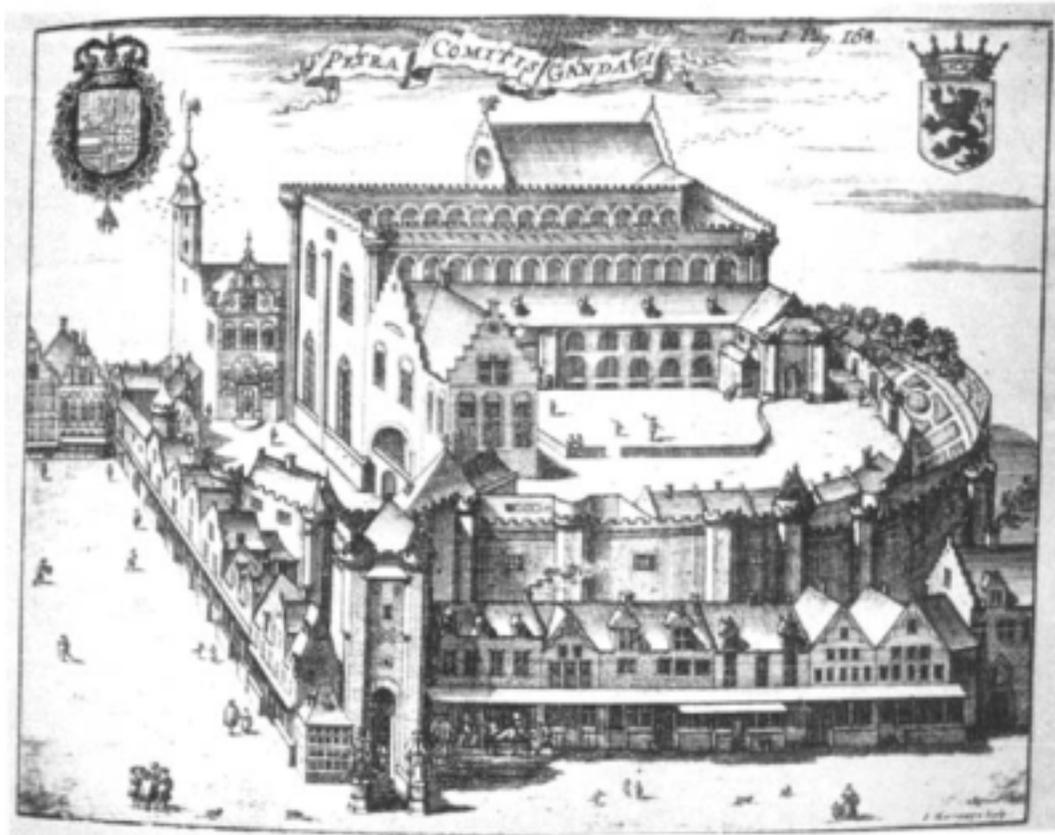
1. Maximiliano I. Emperador pariente de fray Pedro de Gante.



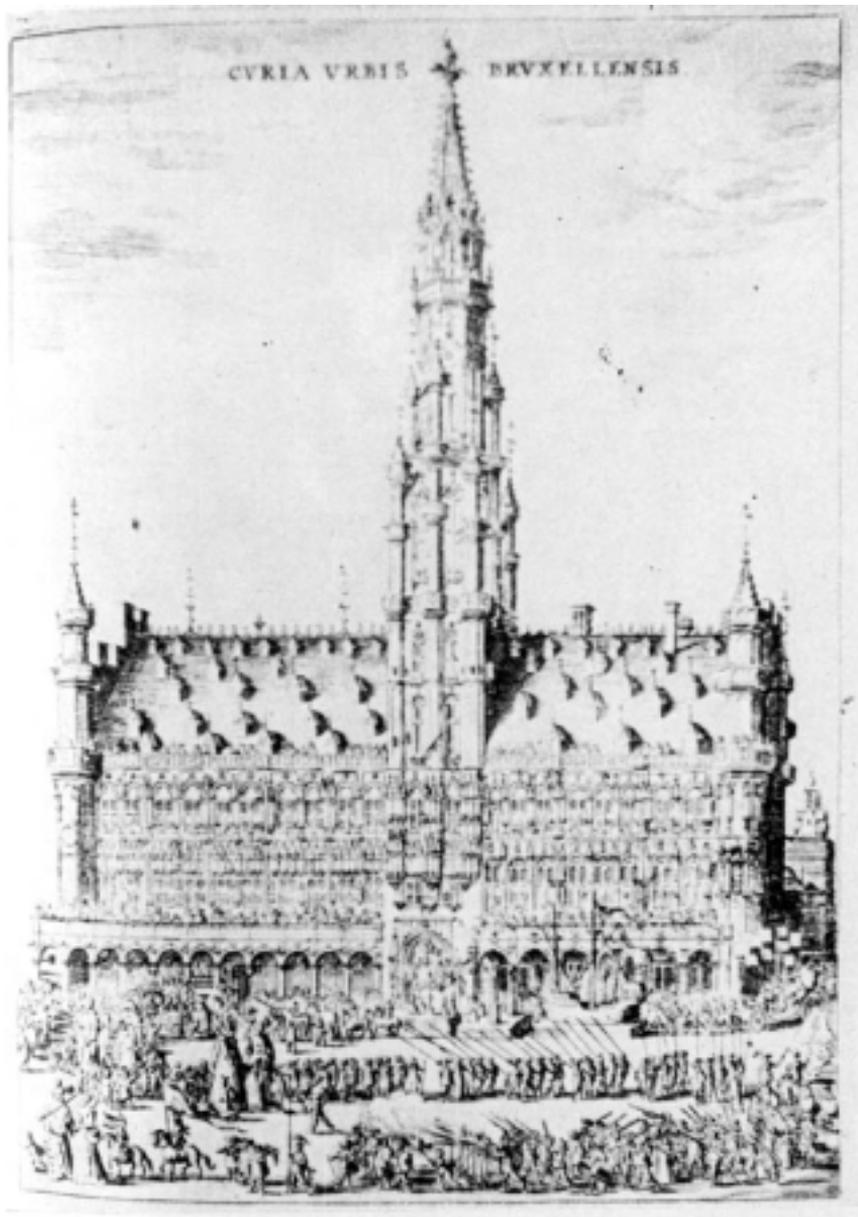
2. Carlos V. Adolescente. Busto de Conrad Meyt.



3. Gante. Palacio de los príncipes en donde trabajó Pedro de Gante.



4. Castillo de los condes de Gante.



5. Plaza Real de Bruselas, en donde se exhibió el tesoro de Moctezuma.



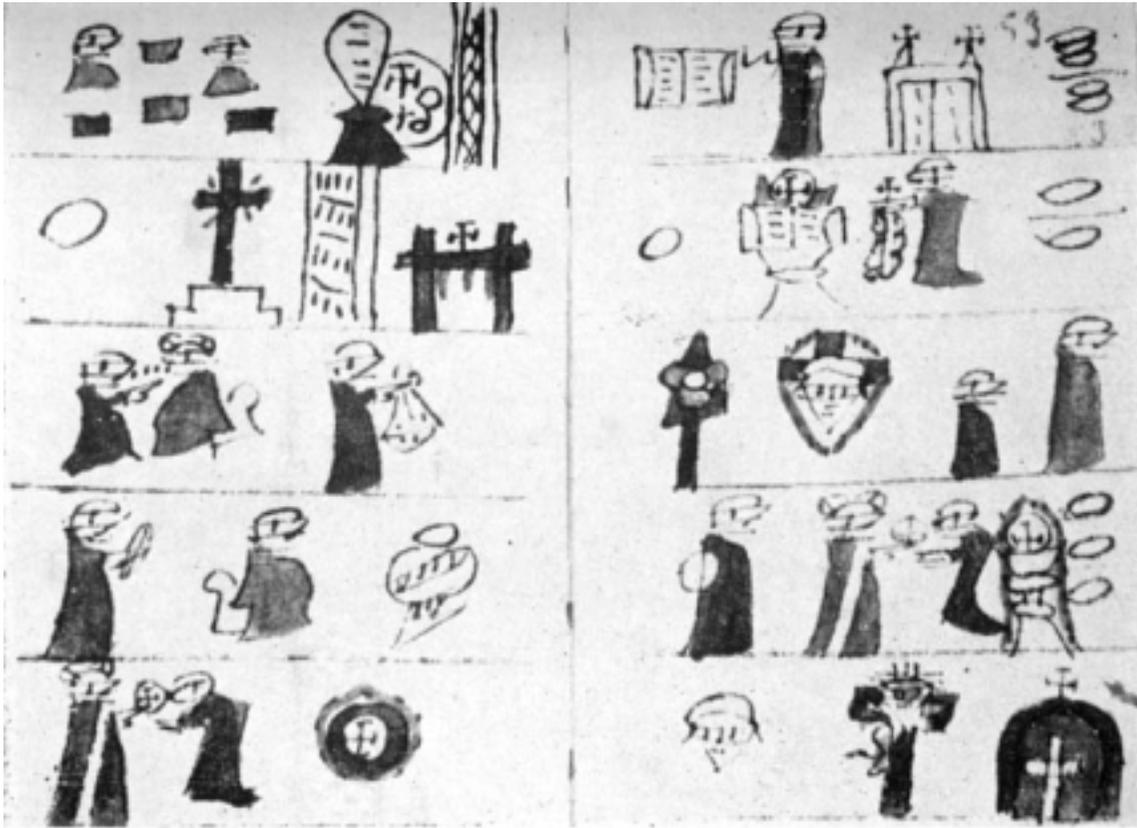
VIVES

gravure par J. J. Boissard

6. Juan Luis Vives. Humanista hispano.



7. Hernán Cortés.



9. Hoja del Catecismo de fray Pedro.



FRAY PEDRO DE GANTE.

Lego Franciscano.

El primer que enseñó a los indios a leer y escribir en el pueblo de Santa Fe de Bogotá.

10. Retrato de fray Pedro de Gante.



11. Retrato de fray Pedro.

fray Pedro
de gante

12. Firma de fray Pedro en el Catecismo.